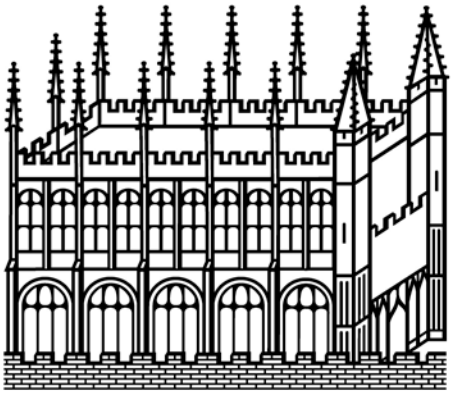


Bodleian Libraries

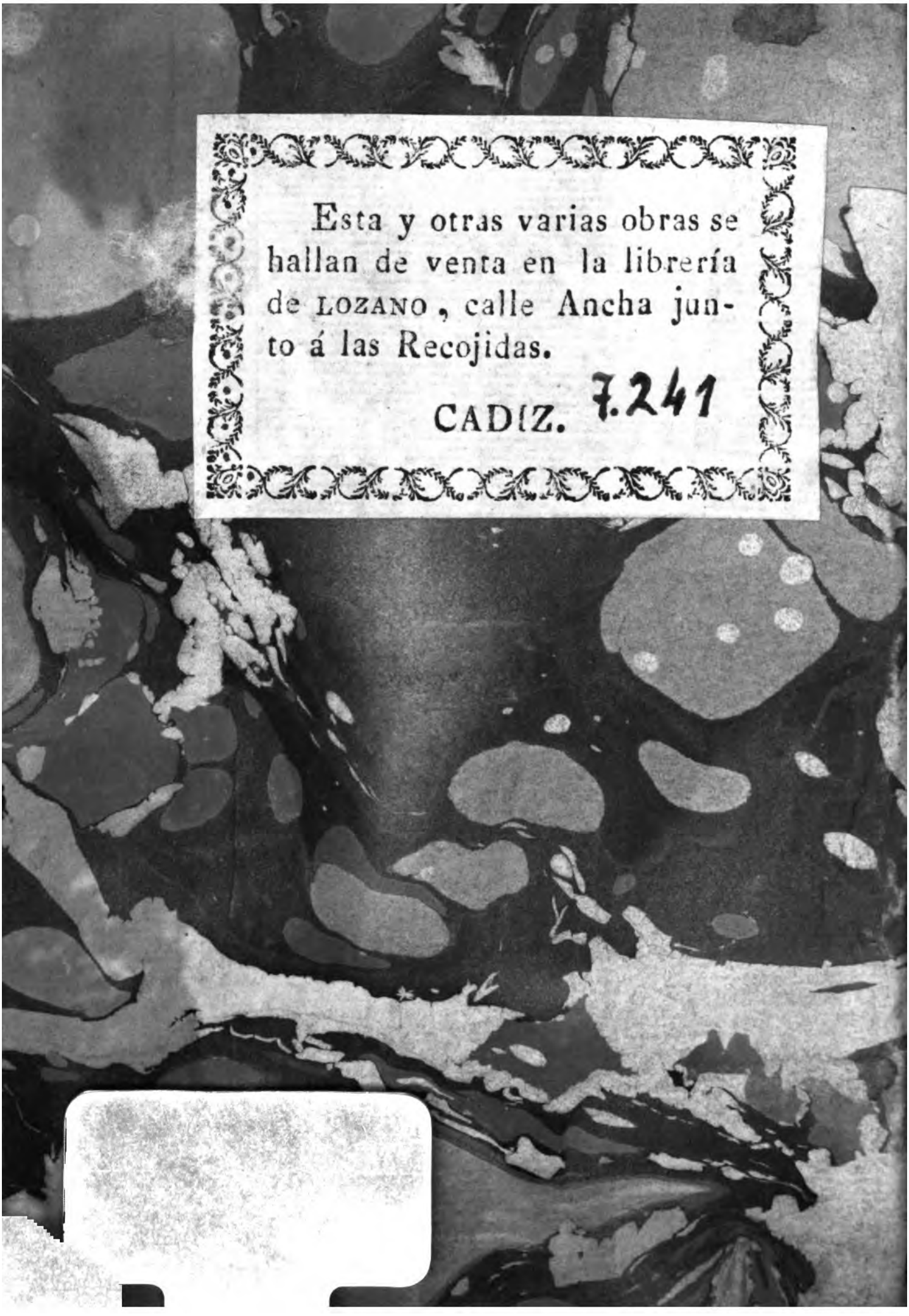
UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.


Esta y otras varias obras se hallan de venta en la librería de LOZANO, calle Ancha junto á las Recojidas.
CADIZ.
7.241

Vet. Span. II A. 76

EL HEROE ESPAÑOL,

HISTORIA DEL EMPERADOR

TEODOSIO

EL GRANDE,

SACADA DE LA QUE DIÓ Á LUZ
en lengua Francesa el Ilustrísimo
Flechier, Obispo de Nimes.

POR

EL PADRE JOSEF FRANCISCO
de Isla, de la Compañia de Jesus.

TOMO PRIMERO.

DEDICASE

AL MUI NOBLE, MUI LEAL,
y mui antiguo Ayuntamiento
de la Villa de Valderas.

Con Licencia en Madrid: Por MIGUEL ESCRIBANO.
Año de 1783.

TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
31 JUL 1962
OF OXFORD
LIBRARY

AL MUI NOBLE, MUI LEAL, y mui Antiguo Ayuntamiento de la ilustre Villa de Valderas.

SEÑOR, Y DUEÑO MIO.

LA Historia del Emperador Teodosio el Grande, practicada en Español, por el mismo gran Teodosio, referida en Francés, por un Prelado, y un Historiador tambien mui grande, y recientemente traída, mas de su contexto, que de sus expresiones, á las que todos entendemos por un Intérprete pequeño en todos sentidos, busca felíz defensa en el Escudo de V. S. (1) sombra triunfante en su Vandera, y estrella de buen aspecto en la que influye triunfos de luz, y de sangre en ese noble Estandarte, que hasta en la piedra está inquieto.

Ya está V. S. en antigua posesion de hacerse de parte de los Estrangeros, para no desamparar á los Príncipes na-

 tu-

(1) *Son las Armas de la Villa.*

turales, quando los desfavorecen los proprios, ó no los reconocen. Probaré á su tiempo la verdad de esta proposicion; por ahora baste suponerla para creer que no estrañará V. S. la dedicacion de una Historia, en la qual buelve à ser Español un Heroe augusto, imitado, mas que reconocido de los proprios, y justamente embidiado de los estraños (si yá son estraños los Franceses) que le hicieron suyo en la mejor forma que les fue posible.

Formó esta Historia el ilustrísimo estilo del señor Flechier, para que diese materia á otra Historia semejante á aquel Gran Delfin de Francia, digno Padre del Monarca que oy nos rige. De manera, que la culta Galia busca un Cesar Español, para formar un Príncipe Francés, y felizmente enlazadas, ó confundidas estas dos naciones grandes, mútuamente se comunican los Reyes, aunque con esta diferencia, que Francia dá á España la Persona, y España dá á Francia el Príncipe.

Teodosio, pues, restituído á su nacion patricia, entra hoy por las nobilísimas puertas de Valderas, ó (como se llamó V. S. quando las hazañas eran los pa-

padrinos que ponian nombres) de *Vanderas.* ¡Rara obstinacion en la militar estrella de este Príncipe Marcial! No saber apartarse de los Estandartes, y Pendones, aun despues de casi mil y quatrocientos años de sepulcro. Esta razon de congruencia debe bastar para que reconozcan los que quisieren, que un Príncipe de este carácter, en ninguna parte puede estár mejor que en una Villa, cuyas armas, á un mismo tiempo, son geroglíficos, y hazañas.

Las que executaron en todos tiempos los animosos hijos de V. S. fueron tales, que, ò, por demasiado grandes, no cupieron en la Historia, ó, lo que es mas verisimil, discretamente los Historiadores se resolvieron á callarlas, por no exponer su crédito à la mala opinion de los que, con disculpa, se habian de resistir á creerlas, porque yá es antigua pension de los hechos máximos, ser mas faciles de executarse, que de persuadirse, y hacerse mas accesibles á las manos, que á la creencia.

De Luis el Grande dixo un Académico de París, (1) que aspiraba á la inmortalidad por mal camino, porque sus

(1) *Manier de bien Pens. 2. Dial.*

acciones para ser más inmortales, habian de ser menos heroicas, pues la posteridad tendria escusa en no creer lo que aun los mismos testigos de vista apenas se atreverian á afirmar. Asi como hai fabulas que pasan por historias, asi hai historias que parecen fabulas; de manera, que no faltó Plinio á la verdad, quando dixo: (1) *Quæ tam Poætica, & quamquam in verissimis rebus, fabulosa narratio?* Ni tampoco exâgeró mucho el Poeta que cantó, hablando de un Gran Monarca:

Fingere cur libeat, dum te cano, (2)
Maxime Regum?
Fabula narrari creditur: Historia est.

Lo que V. S. fue en otro tiempo se ha de medir á punto fixo, por lo que ahora no es, y en sus mismas ruinas hemos de leer la Historia mas verídica de su grandeza. Dixe *en sus mismas ruinas*, y yá me arrepiento, porque aun estas perecieron.

——————*Jàm tota teguntur*
Pergama dumetis; etiam periere ruinæ. Luc. lib. 9.

Quántos habrá, que, no hallando á Val-

(1) *Lib. 8. Epistol. epist. 4.*
(2) *Ap. Auth. Man. de bien Pens. Dial. 2.*

Valderas en Valderas, repitan lo que dixo Floro de Sammio, tomandolo de Seneca, (1) y Seneca de Cicerón: *Ita ruinas ipsas urbium diruit, ut Samnium in ipsa Samnio requiratur, nec facilè appareat materia quatuor & viginti triumphorum*; y á la verdad, no debe estrañarse, que se arruinasen aun las mismas ruinas, antes bien, si permaneciesen, juzgaría yo que el tiempo, ni los siglos no eran tan destruidores, como los hacen, y aun me inclinaría á creer, que si no habia (fuera de Dios) cosas eternas, habia algunas como obstinadas en ser todo lo posible.

Dos mil, y mas de quatrocientos años há que era V. S. tan robusta, que pudo hacer resistencia al fogoso arrebatado impetu de aquel turbulento rayo, que empezó centella en Roma, y acabó estrago, y ceniza en España, y Africa, cuyas abrasadas ruinas le dieron nombre, y elogio, y él las pegó á ellas el fuego, que hasta ahora huméa.

Quando Scipion, por distintivo, *Africano* vino á España (2) buscando en los

(1) *Flor. cap.* 16.

(2) *Garcia de Tor. Chron. de el Rei Cath. fol.* 224. *n.* 4.

hermanos de Annibal nuevos triunfos, encontró en los vecinos de Valderas valientes desempeños. Venia acostumbrado el Romano á que las victorias siguiesen las marchas del Egercito, y á que se contasen las conquistas por los alojamientos. Con esta idéa iba á entrar en Valderas; pero se vió precisado á hacer espacioso alto delante de sus murallas, hasta que abrió una generosa puerta en el pecho de cada vecino, y dexó en sus Legiones muchas brechas. Entró finalmente, venciendo montes de cadáveres, y colérico de ver sus triunfos, si no cortados, á lo menos detenidos, vengó en los edificios, y en los muros el ardimiento de los habitadores. Peleó contra las paredes, que se dexaron arrasar sin resistencia, porque cada piedra baxaba á ser una lápida, en que sin leer, se reconocía gravado el mas expresivo *Aqui yace*, del valor, de la honra, y de la fidelidad.

No sé quien dixo, que era mayor gloria de Darío haber resistido á Alejandro, que de Alejandro haber vencido á Darío; pero bien sé, que el que acomete lleva muchas ventajas, y siempre se reputa superior: (1) *Neque credi aggressurum qui non*

(1) *Extrad. de Bel. Belg. Dec. 2. 1. 2.*

non sit superior, escribió aquel que casi nos dexó en duda, si debemos llorar, ó agradecer las turbaciones de Flandes, pues nos grangearon su Historia. Sea lo que fuere, es cierto que hai triunfos en que todos vencen, ó por lo menos no se sabe si es mas gloria ser vencedor, que vencido. Insinuólo, aunque á otro asunto, Pacato en el Panegirico que consagró al Heroe de nuestra Historia: (1) *Fecisti, ut nemo victus, te victore, videretur.* Bien pudo triunfar de V. S. Scipion; mas tambien quedó triunfante el valor de V. S.

Omito de estudio la reflexa, de que no podia tener pocos años una poblacion, que se halló con bastantes fuerzas, para que la oposicion á Egercito tan numeroso pareciese valor, y no temeridad; y si esto há tantos siglos, ¿quántos tendria la cuna de V. S? Con menos fundamento se adelantarían otros á darla toda la antigüedad imaginable; pero yo me contentaré con asegurar, que no puede menos de ser antiquísima, sin resolverme á determinar el año de su origen, porque no le encuentro apoyado; y por ahora quiero hacer del Historiador, y no del Adivino.

Pu-

(1) *Pac. Paneg. ad Theod.*

Pudiera, tambien (siguiendo el uso comun en semejantes averiguaciones, y suponiendo lo que es inconcusa, que V. S. en lo antiguo se llamó *Alta-Fria*) pudiera, digo, aplicarla sin violencia todo quanto heroico, y grande executaron los Pueblos, que en sus primeras denominaciones tenian alguna alusion ácia este nombre. Sin salir de las *grandezas de la Ciudad de Astorga*, que dió á luz el Canonigo Junco, y teniendo presentes los juiciosos, discretos, y erudítos *Reparos Históricos* del racional Archivo, donde se encierran los mejores papeles de la erudicion genealógica, cultura, y pureza de lenguage, por cuyo nombre entiendo al incomparable Don Luis de Salazar, encontraría buenas memorias de Pueblos, facilmente adaptables al nombre de *Alta-Fria*, mirando al romance antiguo, á alguna variacion, ó inflexîon del vocablo, ó finalmente, á la corrupcion de la voz, con cuyo pasaporte suelen entrar tantos Contra-vandos Históricos; pero no quiero incurrir en lo que siempre he reprobado, y en una Dedicatoria donde todo se lo lleva lo preciso, no se há de hacer lugar á lo arbitrario.

Historias de piedra (1) llamó un moderno discreto á los escudos de armas. segun esta vivísima metafora, dudo yo que otro algun Pueblo pueda blasonar de Historia mas expresiva.

Al primer folio del Escudo de V. S. se lee en caractéres de luz un resplandeciente Astro con ocho rasgos, ó rayos de color de sangre. Nota de letra colorada, que llama ácia sí la atencion, para despedirla despues acompañada del asombro. Mucho dice una estrella ensangrentada, si se saben construír sus expresiones, acia una dicha obtenida con el socorro de la animosidad. Aclara su significacion una Vandera, que tremola, en vez de borlas, siete puntas aceradas. Quando mereció V. S. esta divisa, que fue ácia los principios de la Monarquía Goda, mas acá del tercer siglo despues que nació Jesu-Cristo; no debia de haber en Valderas mas tiendas que fraguas: y es que al uniforme de Marte solo le saben hacer la dragona correspondiente los Oficiales de Vulcano: (2) *Nil Mavortis habitui accommodatum, nisi Bron-*

(1) *P. Issole Sirm. de lla Protect. di S. Luigi Gonz.*

(2) *Conde Man. Tes.*

Bronte, *Sterope*, *& Pyracmone Sartoribus*, dixo el tesoro de la discrecion Saboyana en la parentacion de aquel *victor Amadéo*, que fue glorioso abuelo del que hoi está haciendo mas dichosamente suyo el nombre de *victor*, en el retiro de Chamberí, que le hizo antes en las sangrientas Campañas, y turbaciones del siglo.

Para arrancar V. S. esta Vandera trepó por multitud de picas enemigas, que á otros servirían de estorvo, y á V. S. fueron impulso, y arrimo. Empuña el hasta del Perdón un brazo armado, y dá remate al Escudo una hoguera de llamas, que en ademán de quien sube á consumir las glorias de V. S. las halla tan elevadas, que no pudiendo arribar tan allá, se queda en la distancia que basta para alumbrarlas. Al resplandor de su luz se lee esta letra, que infunde alma sagrada en aquel cuerpo de marmol: *Confriget arma*, *& scuta comburet igne.* (1) Estas son, señor, las armas de V. S. de cuya grandeza por ellas solas formarán digno concepto aquellos pocos, que entienden bien el estilo lapidario, en que hablan los Escudos. Con

(1) *Ps.* 45. 10.

Con mas claridad hablan á todos las (1) Historias en las breves lineas que consagran á la mencion de V. S. La que llevo citada al pie asegura, que á la mañosa actividad de una noble Matrona de Valderas, fió la Divina Providencia gran parte de la restauracion de nuestra España. Fue el caso que el infelíz Rei Don Rodrigo, ciegamente engañado de la barbara venganza del impío Conde Don Julian, expidió un Decreto, por el qual, mandó so graves penas, que todos sus Vasallos deshiciesen dentro de tanto tiempo todas las armas ofensivas, y defensivas, que parasen en su poder, protestando ser nocivo su manejo en tiempo de tanta paz, pues las manos que inutilmente se ensayaban en el juego de la pica, estarian mas provechosamente atareadas en el cultivo de la tierra.

Esto sonaba el Decreto de aquel Príncipe que pegó al entendimiento, el humo, ó las tinieblas que primero habian inflamado, y obscurecido á su pobre voluntad. El fin del artificioso valído era encontrar desarmados á los Pueblos para el feróz desagravio que yá premeditaba. Penetróle la sa-

(1) *Torres ubi supra.*

sagacidad de nuestra valerosa Heroína; y haciendo esta vez meritoria la inobediencia, resolvió eludir el orden del Rey, para conservar el decadente aliento de la Patria.

Poseía cantidad numerosa de ganado que llaman mayor; vendió mucha porcion de él, como para facilitar el cumplimiento de los órdenes Reales; su producto le empleó en comprar todo genero de armas, trocando tambien por ellas otras cabezas menores. Quemó gran parte de las mas inútiles, haciendo brillante obstentacion de su rendimiento; pero reservó en lugares subterráneos tanta copia de las mas aceradas, y lustrosas, que quando el animoso Don Pelayo llegó á las orillas del Cea, con su ceñido Esquadron, retirando á la Morisma, estando yá el valor para ceder á la carestía de armas, se reforzó de manera con las que tenia reservadas aquella ilustre Matrona, que pudo adelantar el curso de sus victorias, llegando hasta aquel supremo grado, que le mereció el nombre de restaurador.

Protinus invadunt Numidæ sine
vindice Regnum,
Et potitur capta Gotus jarba domu. (1)

Ca-

(1) *Ap. Lips. Polit. l.* 1.

Callaron las Historias el nombre de esta noble muger, y solo nos dixeron la hazaña: quizá porque todo nombre sería mucho menor que la empresa. Para la gloria de V. S. basta la noticia de que tambien sabe producir almas tales, aun en la flaqueza del débil sexô, y que no faltan á Valderas mugeres verdaderàmente fuertes, que dexen muy atrás la decantada fama de las Lunevilles, Gualtieres, Strozzis, Leonas, Guzmanas, Valcaceres, y Picas.

Irritó tanto al Arzobispo Don Oppas, rubor del sagrado palio, este hazañoso leal atrevimiento de la Villa de Valderas, que rebolviendo contra ella, seguido del Exercito Africano, que infamemente acaudillaba, la puso cerco, entró, saqueó, y arrasó, coligandose con su furor la lealtad de las paredes, que por sí mismas se arruinarían, ó por no poder sufrir, ó para sepultar entre sus ruinas aquel infame sonrojo de la Religion, y de la Patria. Esta fue la segunda vez que la noble Villa de Valderas quiso antes dexar de ser, que dexar de ser leal, y siempre á manos del Africano furor.

Ignorase quién fue el que la reedificó, y solo se sabe, que en su nueva erección dexó el antiguo nombre de *Vanderas*; tim-

timbre con qué se apellidaba aun antes que los Godos las lebantasen en ella, y, ó por corrupcion, ó por mala inteligencia, se comenzó á llamar *Valderas*. Corta variacion, que á un mismo tiempo favorece á su antigüedad, y á su gloria, pues en lo poco que dista de la verdad del nombre antiguo, descubre lo que basta para conocer su noble origen, y la retirada antigüedad de su cuna.

Padeció tercera borrasca esta Poblacion ilustre, en aquella tempestad belica, que levantó el ardor militar de Alonso IX. Rey de Castilla, contra su primo Don Alonso Rey de Leon, por los años 1183. porque entrando el Castellano, socorrido del Aragonés Don Pedro, por los Dominios de Leon, halló á Valderas sin mas guarnicion, que la de su fidelidad. Esta Empeñó á los Vecinos á resistirse, todo el tiempo que la resistencia no pudo padecer desesperacion, y ella misma los empeñó en que se rindiesen, quando el esfuerzo inclinaba á irracionalidad; porque los intentos excesivamente osados, se desvian de la razon, todo aquello que se alejan de las fuerzas: (1) *Conatus suprà vires est su-*

(1) *Julius Cæs. Scalig. lib. 3. Poæt. c. 27.*

suprà rem, como pronunció Scaligero; y tambien es primor de la lealtad, no dexarse mandar del ardimiento, quando se interesa mas el servicio del Príncipe, en que se conserven vivos, aunque prisioneros, pocos Vasallos animosos, que en que mueran muchos desesperados. Antepusieron entonces los hijos de V. S. el obsequio del Monarca, á la mal entendida gloria de la Patria, y hubiera perecido en esta ocasion toda aquella fortísima gente, á no tener su reputacion tan esclava de la Magestad: (1) *Actum erat de fortissimà gente, si libera fuisset.*

No quedó esta vez enteramente arrasada la Villa de Valderas; pero quedó mui destruída, aunque sus valerosos hijos la reedificaron presto, porque, como en aquel tiempo marcial tenian mas de Soldados, que de Vecinos, tardaban pocos dias en lebantar unas habitaciones, que se parecian mas á tiendas de campaña, que á edificios, y no querian emplear en fortificarlos el tiempo, y el cuidado, que se reservaban para defenderlos.

Mas de doscientos años despues, el

(1) *Paneg. ad Trajan.*

Inglés Duque de Alencastro, auxîliado de Ferdinando Primero, Rey de Portugal, hizo guerra á Don Juan, Rey asimismo, primero de Castilla, cuya Corona pretendia el Inglés pertenecerle, por estár casado con hija de Don Pedro el Cruél. Entraron las Tropas enemigas, talando el Reino de Castilla; llegaron á las puertas de Valderas ácia el Septiembre del año de 1383. á tiempo que el esforzado Alvar Perez Osorio, Señor de las siete Villas de Campos, habia introducido en la Plaza algunos hombres de armas para su defensa.

Orgulloso el enemigo con sus fuerzas, y no ignorando las pocas que tenia la guarnicion, la hizo notificar que se rindiese. Inclinabanse á capitular los Soldados; pero pundonorosamente irritados los Vecinos, protestaron, que habiendo de entregar las personas, y las casas, estaban mas cerca las llamas, que el Inglés. Comenzóse el sitio, dióse principio á los ataques, y aunque para cada Soldado habia çien combatientes, pudo mas el valor, y la fidelidad, que el numero, y la injusticia.

Redobló su coraje el enemigo, altamente indignado de que detuviese sus con-

conquistas, y aun sus pasos, una poblacion que apenas se podia tratar como estorvo del camino. Renovó con mayor furia los ataques; pero solo sirvieron sus esfuerzos para dár mas bulto al desaire de sus armas, y de su reputacion. Con todo eso, viendo la guarnicion, que el sitio se obstinaba, los víveres se disminuían, y que, agotadas las armas, y los bastimentos, sin esperanza, ni aun posibilidad de socorro, se hacia casi necesaria la entrega, repitió sus instancias con los Vecinos, para persuadirles el rendimiento; pero ellos repitieron sus expresiones fidelísimas, protestando resueltamente, que primero abandonarian la Patria, las haciendas, y las vidas, que hacerlas del vencedor con ningunas condiciones. *Y que nunca Dios quisiese* (palabras son, que pronunciaron entonces los antepasados de V. S. como lo atestigua el Señor Rey Don Juan el Primero, en el insigne Privilegio, de que yá estoi para hablar) *que ellos, nin sus mugeres, nin sus fijos fuesen traidores á su Rey, nin los que de ellos viniesen, ni estuviesen só obediencia del Duque de Alencastre; antes querian guardar el pleito omenage que tenian fecho á su Rey, y Señor natural.*

No fuera corta hazaña del valor del

paisanage, no dexarse mandar del miedo, antes de verle introducido en la milicia; pero mantenerse animosos los Vecinos, quando estaba el desaliento dueño del corazon de los soldados, es de aquellos pocos exemplares, que, practicados en Numancia, y en Cartago, suenan en la fama, como el ultimo hipérbole de la animosidad.

Bien sé, que casi siempre andan juntas la jactancia, y la cobardia; y que ninguno tiene hecho mas camino para ser desleal, que el que presume de fiel con ostentacion orgullosa: (1) *Nulli jactantius fidem suam obligant, quàm qui maximè violant.* Mas este aforismo Político, tubo su excepcion en los hijos de V. S. cuyas manos anduvieron tan de acuerdo con la lengua, que habiendose obstinado la guarnicion en capitular, y entregarse, ellos se empeñaron en salirse de la Villa, con sus mugeres, y hijos, refugiandose á los Lugares que estaban en la obediencia del Rey. Pero antes de salir, para que el enemigo no se aprovechase de sus alhajas, y provisiones, se calentaron al fuego de ellas; y dando ellos mis-

(1) *Estrad. Bel. Belg. Dec. 1.*

hísmos principio felíz á las luminarias de su valor, las continuaron despues los enemigos estendiendolas á los edificios, por los quales iban trepando las llamas, y embuelta en sus resplandores, tambien se iba elevando hasta las nubes la brillante gloria de sus generosos dueños.

Aún estaban calientes las cenizas de Valderas, quando de ellas mismas renació esta poblacion. Troya segunda, mas dichosa que la primera en el motivo de consumirse, y en la pronta felicidad de repararse. Parecióle al Rey Don Juan, que no era razon estubiese despoblado aquel terreno noble, tan feróz de espíritus magnánimos, y al año siguiente de su asolacion honrada, dió orden preciso para que los Vecinos que estaban derramados por los Lugares de aquellas cercanías se reduxesen á su antiguo ilustre albergue.

Y membrandonos (dice el Real Privilegio con palabras que sería lastima echar á perder, reduciendolas á lenguage mas moderno, ó confundiendolas con nuestras voces) *y membrandonos de tan buena fazaña como los de la dicha Villa ficieron, y de mucho mal, y dapño que recibieron por nuestro servicio de los nues-*

tros enemigos: otro sí, parando mientes á la gran lealtad que nos ficieron, porque sea en exemplo para siempre jamás: NOS, por les fazer bien, è dár galardón de lo que por nuestro servicio fizieron, quitamos á todos aquellos que se acaescieron en la dicha Villa á tiempo que estubieron cercados, que fuesen francos, y quitos ellos, y sus mugeres, y fijos, y todos los que de ellos viniesen *** ASI MORANDO EN LA DICHA VILLA DE VALDERAS, COMO EN OTRA QUALQUIER CIUDAD, VILLA, O LUGAR DE LOS NUESTROS REYNOS *** *de* TODO *tributo, y de* TODOS *los otros qualesquier pechos, pedidos, è servicios, que los de los nuestros Reynos nos obiesen á dár, è fazer* DE QUALQUIERA MANERA DE AQUI ADELANTE.

Mucho Privilegio es este, y con razon se apellida en Valderas, con el nombre de *PRIVILEGIO GRANDE.* El es tan grande, que se hallarán pocos iguales en la Historia, y por excesivo, quizá no encontrará un solo voto que le apruebe entre todos los que pueden darle en materias políticas.

Tacito dice, que el Príncipe demasia-

siadamente franco en privilegios, (1) *veluti spontè videtur exire de Imperio*, parece que poco á poco quiere dexar de ser Príncipe, porque defrauda al dominio de su Corona, todo aquello que concede de inmunidad al Vasallo. Segun eso, aquel Monarca que liberta generosamente al súbdito de todas las cargas con que se suele explicar la subordinacion á la Corona, en cierta manera le exîme del vasallaje. Yo no me atreveré á establecer abiertamente una conseqüencia, que aunque bien inferida, ha de ser ingrata á la fidelísima lealtad de V. S. pero diré con animosa franqueza, pidiendo primero que se me disimule el juguete, que si V. S. no explica su rendimiento en la paga de pechos, y de tributos comunes, no se encontrará poblacion tan pechera en toda España, que haga ventajas á V. S. en tributar á sus Monarcas el pecho, y el corazon.

Dexo á otros que hagan reflexîon sobre la singularísima circunstancia que hace subir mui de punto este Privilegio Máxîmo; es á saber, que no solo gozan de él los hijos de V. S. habitando en esa

(1) *Lib. 3. Hist. ap. Lips. in Polit. 1. 4. c. 12.*

Villa, sino *morando en otra qualquier Ciudad, Villa, ó Lugar de estos Reinos*; circunstancia, digo, que no sé tenga semejante, en quantas concesiones han hecho los Reyes á Pueblos particulares, ó si la tiene se esconde á mi noticia, y no se ha dexado hallar de alguna mas que ordinaria averiguacion.

Pero no puedo omitir que este grande Privilegio, no es de aquellos muchos que se conceden, y no se cumplen. No subscribiré al dictámen de Salustio, quando aseguró que los Príncipes son tan fáciles en conceder exenciones, como instables en no cumplirlas: (1) *Regum voluntates ut vehementes, sic mobiles.* Pareceme esta una proposicion mui injuriosa por su generalidad; pero sin temeridad afirmaré que no siempre, como fuera razon,

Immutabile Regum
Pondus adest verbis, & vocem facta
sequuntur.

porque suele ser pension de algunos Príncipes (acaso apoyada en alguna de aquellas máxîmas torcidas que suelen resonar en los Gavinetes, como primores de la

(1) *Sallust. Bel. Jugurth.*

la Política) que sus palabras solo lleven el peso de la Magestad, quando se dicen, y se queden aire articulado como todas las demás, quando llega el caso de darlas cumplimiento.

No asi la que empeñó á V. S. el Rey Don Juan el Primero, en su Privilegio Grande, el qual ha sido cumplido, y confirmado por todos los Señores Reyes que le han succedido hasta el presente, si exceptuamos á nuestro malogrado, y cada dia con mayor razon mas ansiosamente gemido, Luis Unico, cuya breve duracion dexó á V. S. esto mas que desear, entre tantas otras cosas que nos dexó á todos que sentir.

Tengo en mi poder todas las Reales confirmaciones autenticadas en la mejor forma, por las quales constan las siguientes; es á saber, la del Señor Rey Don Enrique III. estando en las Cortes de Madrid á trece de Diciembre de 1393. la primera del Señor Rey Don Juan el II. en Alcalá á ocho de Marzo de 1408. otra del mismo Príncipe en Valladolid á quince de Marzo de 1420. la del Señor Don Enrique IV. en la Ciudad de Segovia á primero de Abril de 1455. la de los Señores Reyes Católicos Don Fernando, y

Do-

Doña Isabél, en Madrid á diez y nueve de Marzo de 1477. la del Señor Don Carlos V. en las Cortes que se celebraron en Valladolid, por los años de 1521. la de su hijo el Señor Don Felipe II. en Madrid á nueve de Abril de 1562. la del Señor Don Felipe III. primera en San Martin de la Vega á veinte y dos de Enero de 1592. y segunda en Madrid, el año de 1606. la del Señor Don Felipe IV. en la misma Corte á diez y ocho de Septiembre de 1629. la del Señor Don Carlos II. primera en Madrid á cinco de Abril de 1676. y segunda en la misma Corte año de 1680. finalmente, la del Señor Rey Don Felipe V. (guardele Dios) primera en el Buen-Retiro, á quatro de Mayo de 1701. y segunda á veinte y siete de Febrero de 1703.

Asi se le han observado á V. S. inviolablemente sus merecidas esenciones en todos tiempos, aun en estos últimos tan calamitosos, en que mas que nunca pudieron peligrar las inmunidades privadas en la resvaladiza situacion de la causa pública. Ni á V. S. se le han pedido hombres de armas para mantener las guerras, ni especie alguna de contribucion para sustentar á estos hombres de armas; pero V. S. con puntoso exemplo de lealtad, y

no-

nobleza, ha concedido uno, y otro, sin mas apremio que el de su innata fidelísima generosidad, para hacer totalmente suya la accion hasta en el impulso.

Muchos discretos trasladadores han dicho con el Estoico de Cordova, que dár al que pide, ó dár con la carga de pedir, tiene mas de obligacion que de dádiva: *Non tulit gratis qui, cum rogasset, accepit.* (1) Pero si el que pide es Rey, no logra la concesion aun el modesto nombre de obsequio, porque la desfigura, ó la confunde el inglorioso título de indispensable tributo. Nada piden á V. S. los Reyes, y V. S. concede todo quanto puede conceder á los Monarcas; no sé, si este es el mayor hipérbole de la bizarría, pero de cierto me consta que no puede subir mas de punto la ponderacion de la lealtad.

Mas al fin no cumplia V. S. con menos, y qualquiera otro procedimiento sería muy ageno de la mucha noble sangre que engastan esas breves, y yá caducas murallas. No se hará creíble á los que profesan la seca infelíz erudicion de los linages, quantos son los conocidamente

(1) *Sen. ap. Barthol. Geograf. Mor. cap.* 10.

te nobles, cuyos elevados troncos tienen su profunda, y de puro vieja, yá carcomida raíz en esa antigua Villa. Consta de la misma concesion del Privilegio, que por los años de 1383. se contaban vecinas de V. S. diez y siete cabezas de familias nobles, sin entrar en este número los brazos de estas cabezas, ó llamense yá ramas de estos troncos. Despues se han añadido, ó trasplantado á ese fecundo terreno las notoriamente ilustres familias de los Prados, Ortices, Salinas, Benaventes, Aguilares, Rojos, Alfonsos, Villagomez, Hidalgos, Cantones, Pedrosas, Barbas, Carrillos, y Pinachos, que con inmortal honor han dado á las Iglesias, á las Armas, á los Senados, á las Familias Religiosas, tres, y quatro veces ilustres Mitras, fortísimos Bastones, prudentísimas Togas, doctos, y venerables Prelados. No ignoro que en el Capidolio de la Nobleza, si no está colocada la imagen de la virtud, todas las demás estatuas son estatuas, y nada mas;

Tota licet veteres exornent undique Ceræ,
Atria: Nobilitas sola est, atque unica virtus. (1)

mas

(1) *Juven. Sati. 8.*

mas tambien sé, que esta es la primera imagen, de que con razon, blasona V. S.

Pero yá reconozco que abuso demasiado de la benignísima tolerancia de V. S. á quien con buena intencion haré un crecido agravio mal disimulado en trage de obsequio, si pretendo ceñir sus glorias al estrecho campo de una dedicacion. Y aunque ésta por lo prolija, vá declinando en Historia, no es mi intento que logre el nombre de tal, contentandome solamente con que sirva de breve texto para mas prolongado discurso, ó sea tambien historial entretenimiento.

Sirvase, pues, V. S. de enarbolar su glorioso Estandarte á favor del Máxîmo Emperador Teodosio, haciendo un liberal donativo de grato acogimiento á este Cesar Español: linage de reconocimiento que no derogará á sus Privilegios grandes. Y por lo que á mí toca, pido tambien á V. S. que pues debaxo del benéfico influxo de su dichosa Estrella, aprendí en mi edad pueríl la primera construccion, admita con buen aspecto esta segunda de otro idioma, siendo justo, que habiendome ensenado á hablar el terreno de V. S. buelva al proprio terreno, lo mismo que él me enseñó: feudo mui correspondiente

te á quien blasoná con muchísima razon de hijo de V. S. siendo, como es verdad, lo que dixo San Agustin, que los hombres no son originarios de donde comenzaron á ser, sino de donde comenzaron á ser hombres: (1) *Homines non trahunt originem à solo nativitatis, sed à formatione rationis.*

Guarde nuestro Señor á V. S. como se lo ruego. Segovia ultimo dia del año de 1730.

B. L. M. D. V. S.
su obsequioso hijo, y Capellán,

Josef Francisco de Isla.

EL

(1) *Ap. Tarter. in Not. ad Her.*

EL QUE TRADUCE,

AL QUE LEYERE.

SI se llama traducir con fidelidad, bolver puntualmente á nuestro Idioma, las frases, colocacion, aire, y carácter del lenguage que se copia, desde luego confesamos, que es infiel en casi todo el contexto esta nuestra traduccion; pero si basta para traducir bien, y con legal exâccion, exprimir el pensamiento del Autor que se construye, sin alterar el sentido, poniendo en orden las expresiones, y dexando á cada lengua el arranque de las clausulas, el aire de las transiciones, y la disposicion de los periodos, segun el peculiar dialecto de cada una, confesamos tambien, que este intento nos propusimos; si no acertamos á lograrle, culpa fue de nuestra insuficiencia, y puede bastar por castigo esta sincera confesion.

No pretendemos llamar á exâmen estas dos reglas, ni mucho menos graduarlas; contentámonos con decir, que seguimos la segunda, porque la vemos practicada por los Príncipes de la traduccion.

El

El Ilustrísimo Manero, en la de Tertuliano; Don Gomez de la Rocha, en la Moral del Cavallero Gran Cruz Manuel Tesauro; Don Francisco de Aragón, en la de Causino; en los Epigrammas de Ovven, Don Francisco de la Torre; Basilio de Barén, en la de Enrique Caterino; el Maestro Altamirano (por otro nombre) el Padre Gabriél Bermudez, en la del Retiro Espiritual; y finalmente, sin que sea adulacion, la de Felipe V quando Duque niño de Anjou, de las *costumbres de los Alemanes, y vida de Julio Agricola*, que traduxo á su Idioma Francés, del Latino, en que la escribió Cornelio Tacito; son pruebas experimentales de la verdad que adelantamos.

Estos Autores, á quienes no se les puede disputar sin hacerles injusticia el acierto en traducir, juzgaron que cumplian con su obligacion, si daban vivo equivalente en el Castellano, ú otro lenguage vulgar, á lo que otros explicaron con elegante significacion en el suyo; sin embarazarse en otras proligidades, que muchas veces solo sirven al desaire de la clausula, y no pocas á dexar dificultosa, y aun casi no inteligible la construccion; y nosotros creímos (siguiendo á Quintiliano) que se-

ría

ría honesto arrojo exponernos á errar con tan buenas guias.

Ni por eso dexamos de arreglarnos á la letra del texto, siempre que en hacerlo no se encuentra (á nuestro parecer) especial dureza, ó disonancia; lo que sucede en no pocos lugares, y aun parágrafos enteros. El Señor Flechier, benemérito de la nacion Española, puso su garvosa pluma en manos de la inclinacion: y como el afecto la gobernó siempre ácia España, apenas dexó en su estilo de Francés mas que las expresiones, dandola en lo demás un aire, ó mui parecido al nuestro, ó á lo menos, no tan semejante al modo de clausulas que estilan los Franceses, y suena con desabrimiento, y floxedad en nuestros oídos, con que en muchas partes pudimos acomodarnos sin violencia á la construccion literal.

Parecionos necesario hacer esta advertencia, para que el reparo, que harán naturalmente, los que censuran los libros por comision de su propia voluntad, antojo, ó capricho, se halle respondido antes que formado, y conste á todos la malicia de un error, que si lo es, fue con total advertencia.

Con todo eso, por acomodarnos con

mas propiedad al modo libre con que construímos esta Historia, no la damos el nombre de traduccion, y nos contentamos con decir, que la sacamos, en atencion á una, ú otra cosa que se omite, y á alguna otra que se añade, aunque todo es mas en los accidentes de las expresiones, que en la substancia de las sentencias.

Conocemos, que en este genero de traduccion poco ceñida, no se echarian menos, ni la advertencia, ni la dedicacion del Autor; pero con todo eso nos pareció conveniente no omitirlas, porque además de ser mui digno de la noticia pública qualquiera rasgo de tan culta pluma, hallamos la congruencia de que la primera, dá razon de los superiores motivos que tuvo para emprehender esta obra, y la segunda, es un epílogo doctrinal de todo su contenido, pudiendo conducir, lo uno para la estimacion, y lo otro para el documento.

AD-

ADVERTENCIA.

SI hubo en algun tiempo educacion digna de un Príncipe, fue la del Señor Delfin. Miróla el Rey como una de sus primeras obligaciones, y atendió á ella, como al mas importante de sus negocios. El cuidado de instruirle por sí mismo en las ocasiones que se iban ofreciendo, y la eleccion de sugetos aptos, y capaces de corresponder á todo el lleno de sus intenciones, son evidentes señales del alto designio que se propuso de formar un hijo, que algun dia fuese como él, tan amado por su prudencia, como temido por su poder.

El Señor Duque de Montausier á quien su Magestad fió este decoroso, pero dificil empleo, desempeñó su obligacion con aquel zelo, aquella constancia, y aquella exâcta fidelidad de que hizo profesion toda su vida.

Despues que imprimió en el animo del Señor Delfin todas las grandes máximas de honor, de bondad, y de Religion, quiso añadir el exemplo á los documentos, y le puso á la vista como modelos, á cuya imitacion debia aspirar, los Reyes que por sus grandes partidas, y heroicas virtudes, lograron superior lugar en el teatro de la Historia. Con este fin empeñó á varias personas de juicio, y capacidad acreditada en recoger las acciones de los hombres grandes, y reducirlas á obras particulares, donde este Príncipe pu-

diese ver sin fastidio una como imagen de las virtudes que debia imitar, y de las que copió despues en la práctica sin agravio del original.

Y yo, que de mi propio movimiento nunca me atreveria á emprehender un trabajo, que pide mucho cuidado, y no inferior discrecion, me hallé empeñado en él quando menos lo pensaba; mas no por eso dexo de esperar, que aunque yo no haya podido vestir á esta mi Historia de aquellos adornos, ni disponerla con aquellos atractivos que otros han dado á las suyas, sea por eso menos útil, ó no tan provechosa. La vida de Teodosio contiene muchos exemplos grandes, no superiores á las fuerzas de los otros Príncipes. De todas sus virtudes se puede sacar provecho, pues todas son imitables; y aun se puede tambien sacar fruto de sus defectos, porque supo corregirlos quando se los hicieron conocer, y repararlos, quando fue necesario con virtudes extraordinarias.

Solo he querido dar razon del superior motivo que me puso en este empeño; porque no se atribuya á temeridad, lo que tuvo principio en la obediencia. En lo demás dexo libre al Lector todo su juicio; queriendo que logre enteramente la satisfaccion de disimular mis defectos por sola su benignidad, y no por mis escusas. Ni me acomodo á prevenir su parecer con justificaciones arbitrarias, y que pretenden esconder aquellas mismas faltas que por abultadas, no pueden ocultarse aun á toda mi apasionada inadvertencia.

AL

AL SEÑOR
DELFIN.

SEÑOR.

EMprehendo escribir la vida del Emperador Teodosio el Grande, Príncipe, á quien los Autores Paganos elevaron sobre quantos le precedieron, y los Padres de la Iglesia propusieron por exemplo á todos los que habian de sucederles.

Esta Historia, Señor, contiene grandes sucesos; y se pueden sacar

de ellas instrucciones mui importantes. Vereis por una parte Barbaros, rechazados hasta sus antiguos límites; rebeldes, atraídos por la dulzura, ó puestos en orden por la violencia; Tiranos castigados de su crueldad, y perfidia, y el Imperio tres veces restablecido por el valor de Teodosio; y por la otra, la Heregía abatida, la Idolatría arruinada, corregidos los abusos, y la Iglesia despues de una larga opresion de muchos años, restituída á su antigua libertad por los Edictos de este prudente, y piadoso Emperador.

Advertireis, Señor, el espíritu, y caracter de un Príncipe que templa el poder con la bondad; que no acierta á separar los intereses de la

Re-

Religion, y del Estado; que sabe dar leyes á los hombres, y rendirse él mismo á las de Dios; que triunfa de los enemigos no menos con su Fé, y sus oraciones que con su valor, y con sus armas; y que junta en su persona sin tropezar, ni embarazarse la piedad con el valor, la grandeza del siglo con la moderacion Christiana.

Ni dudo, Señor, que no dexareis de admirar las diferentes virtudes que practicó, segun los diversos estados de vida que mantuvo. Sirvió á los Emperadores luego que se halló con edad, y hombros capaces de sostener el peso de las armas. Apenas comenzó á servir, quando le tuvieron por digno de mandar. Conjuróse contra él su misma repu-

tacion, y le ocasionó la desgracia de los mismos que debieran defenderle; pero sufrió el ceño de la mala fortuna sin desmayo, como gozó del semblante apacible de la buena sin orgullo. Ascendió al Imperio, en tiempo, y circunstancias, en que no solo era necesario gobernarle, sino restablecerle; y dió su primera atencion al alivio, y felicidad de sus Vasallos.

Amó la paz, y siempre temió menos sufrir una injusticia que cometerla. Dió fin á muchas guerras por su valor, mas á ninguna dió principio por ambicion. Fue siempre mas inclinado al perdon que al castigo; y en cierta ocasion que se dexó llevar con algun exceso de la cólera, dió satisfaccion

con

con pública penitencia de la falta cometida, mas á persuasion de sus Ministros, que por destemplanza del corazon.

Esta larga série de acciones ilustres, os podia, Señor, hacer creer que escribo su Panegírico, y no su Historia; pero vereis que no exâgero sus virtudes, como ni disimulo sus defectos; y sin romper los límites que se me prescriben, expongo los hechos que refiero, como verdades fundadas en el testimonio de los Autores antiguos, y no como idéas de perfeccion, concebidas en el campo de mi fantasía.

Gran cosa fuera, Señor, que los rasgos de la pluma correspondiesen á lo heroico del asunto; mas con-

confio que sin daros por entendido al desaliño de aquella, me alabareis la buena eleccion que hice de éste. Por mí no aspiro á otra gloria, que á la de haber aplicado en la execucion de este designio todo el cuidado, y toda la exâccion de que he sido capáz. Felíz mil veces yo, si pudiere lograr que crezcan en vos por emulacion, las mismas virtudes que ya plantó el buen natural, va cultivando una noble, y prudente educacion, y la edad con las ocasiones sacarán presto á luz en paz, y en guerra, siguiendo la conducta del mayor Rey, y mejor Padre del mundo.

TAYLOR INST. OXFORD

HIS-

HISTORIA

DE TEODOSIO EL GRANDE.

LIBRO PRIMERO.

COMENZABA el Imperio Romano á descaecer de aquel estado de poder, y de grandeza, á que le habia sublimado la piedad, y las victoriosas Armas del Grande Constantino. Sus dos hijos, Constancio, y Constante, gobernaban uno el Oriente, y otro el Occidente; pero destruídos de las grandes qualidades que habian acompañado á su Padre, ni les amaban sus Vasallos, ni les temian sus enemigos, y arrimados los dos hom-

hombros sostenian con suma dificultad el peso que Constantino habia llevado solo con tanta gloria.

Acia el noveno año de su Imperio nació Teodosio en Itálica, pequeña Ciudad de España, sobre las riberas del Bethis. Su casa fue nobilísima, y entroncada con la de Trajano, cuyas acciones se propuso por modélo. Su Padre se llamó Teodosio, y su Madre Termancia, dotados ambos de las prendas que se aprecian en su sexô. Desde luego dió señas de un natural nacido para todo lo bueno, y logró el cultivo de una cuidadosa educacion, fióse ésta á Anatolio baron Sábio, y Filósofo, que miraba con desprecio las riquezas; pero que aspiraba sin olvidar medio alguno, á los honores.

Este Filósofo le enseñó los primeros rudimentos de las letras humanas; y previendo que le quitarian presto á su Discípulo para llevarle á la guerra, se dió priesa á formarle la razon, y pulirle el entendimiento, y en poco tiempo le hizo capáz de discernir el mérito, y formar juicio de las obras de los Sábios. Aplicóse sobre todo á inspirarle máxîmas honestas, y generosas, apuntandole en la historia los exemplos que debian convidarle con

con su imitacion: y le infundió aquellas primeras impresiones de honra, y de bondad que acompañaron despues todas las acciones de su vida. Apenas salió Teodosio de la infancia, quando su Padre, cuyo valor, y prudencia le habian sublimado á los primeros cargos de la Milicia, resolvió llevarle consigo á la primera expedicion que se ofreciese contra los Bárbaros.

Entre tanto habia mudado el Imperio muchas veces de semblante. Constante habia perecido miserablemente por la traicion del Tirano Magencio. A Constancio su hermano, le habia quitado la vida la pesadumbre del infelíz suceso de la guerra contra los Persas. Juliano su succesor, empeñado inconsideradamente en la conquista de la Persia, habia perdido violentamente la vida en un combate. Y Joviano, Príncipe religioso, y esforzado, acababa de morir súbitamente en su cama, sofocado con los vapores del carbón que se habia encendido en su cámara para secarla.

Las tropas que á la sazon se aquartelaban en la Bitinia, se abanzaron hasta Nicéa, y sin dexar tiempo á los pretendientes para la manipulacion, se juntó el Egército para elegir un nuevo Emperador.

dor. Fue propuesto Valentiniano, y aunque se hallaba ausente, y la condicion de su humor austero, y duro se hacia digna de temer; sin embargo le eligieron Cesar con unánime consentimiento. Nació en Cibala, poblacion de la Panonia. Su Padre Graciano habia ascendido á General de los Egércitos, empezando desde Soldado raso por la reputacion de su valor, y virtud superior á su humilde nacimiento. Refierese de él que era tan fuerte, que cinco hombres juntos no podian arrancarle de la mano una cuerda que apretaba en ella. La fama de esta rara fortaleza le dió á conocer á los Emperadores. No obstante, cayó tan presto como subió: y el mismo Constancio que se habia empeñado en llenarle de honras, y de bienes, le despojó de todo irritado porque habia recibido en su casa al Tirano Magencio.

Valentiniano viendo arruinada la fortuna de su Padre, se vió obligado á trabajar en la suya por sí mismo. Pasó por todos los grados de la Milicia, y se portó en todos los empleos con tanto valor, y prudencia que los demás Soldados le veian adelantarse, y ascender sin envidia, y aún solian decir que siendo tan aventajados

dos sus ascensos, eran aún superiores sus méritos. Hizole Joviano Capitan de la segunda Compañia de sus Guardias, y Gobernador de la Ciudad de Angira, capital de la Galacia.

En esta Ciudad recibió los Diputados que se despacharon, para darle aviso de su eleccion. Partió sin detenerse, y llegó al Egército el dia veinte y quatro de Febrero. No quiso presentarse, ni dexarse ver en público el dia siguiente porque era bisiesto, y una inmemorial superstícion le hacia pasar por aciago entre los Romanos. El dia que siguió á éste, juntandose el Egército desde la mañana pasó al campo, y fue conducido en ceremonia al *Trono* que se le había aderezado. Vistieronle la Púrpura, ciñeronle la Corona, y le proclamaron Emperador en la forma acostumbrada. Quiso arengar á las Tropas; mas apenas desplegó los labios, quando se empezó á levantar entre los Soldados una especie de murmurio desapacible, que se parecia mucho á sedicion; ó ya fuese conspiracion de algunos Oficiales mal contentos, ó fuese solamente capricho de los Soldados, comenzaron á gritar de todas partes que era necesario añadirle algun Colega. Sonaba esto á arrepenti-

timiento de la eleccion que habian hecho, y ya querian imponer leyes al que acababan de elegir por Legislador.

Oyó Valentiniano este tumulto sin conmoverse; y mirando á todas partes con rostro severo, y con aire de amenaza, hizo señal con la mano de que queria hablar. Callaron todos, y bolviendose ácia los que se habian mostrado mas ardientes en el motin, despues de haberlos tratado de sediciosos, y alborotadores: Compañeros, les dixo, antes dependia de vuestro arbitrio darme, ó no darme el Imperio; mas despues que me habeis hecho Emperador yo soi quien he de gobernar el estado: á mí me toca mandar, á vosotros obedecer. Pronunció estas palabras con tanta entereza, y resolucion que en todos los Soldados se siguió un silencioso respeto. Entonces suavizandose algun tanto dió las gracias al Egército por la honra que acababa de hacerle; y ofreció que buscaría un Colega quando lo juzgase conveniente, que por entonces, no habiendo especial urgencia, no se debia precipitar un negocio de semejante importancia. Descendió del Trono rodeado de Aguilas, y de Estandartes, y atravesó el Campo marchando con despejo, y mages-

gestad entre una tropa de Oficiales que le cercaban para hacerle corte.

Algunos dias despues, sea que quisiese condescender con el Egército, acomodandose á la presente constitucion de los negocios, ó sea que pretendiese con destreza hacer que las Tropas aprobasen el designio que tenia de asociar á su hermano Valente en el Imperio, convocó á todos los Cabos, y les pidió su parecer sobre el sugeto á quien habia de elegir. Degalaifo General de la Caballería, dixo con libertad: Señor, si vuestra Magestad quiere atender á su familia, ahí tiene un hermano; si ha de mirar por el Imperio, ponga los ojos en una persona que sea capáz de gobernarle. Picóse el Emperador de esta respuesta, mas disimuló por entonces su disgusto, y se resolvió á hacer por autoridad lo que dificultosamente executarian los Soldados por eleccion, y complacencia.

Partió, pues, sin detenerse de Nicéa á Nicomedia en donde hizo á su hermano Gran Escudero, y Capitan General de los Egércitos del Imperio. Elevabale á estas dignidades inferiores para colocarle insensiblemente en la suprema; pero llegando á Constantinopla no guardó mas

medidas. Llevó á Valente á un arrabal de la Ciudad, y sin pararse mucho en ceremonias, ni atender al beneplácito, ó repulsa del Egército, le hizo proclamar Augusto antes de haberle declarado Cesar, lo que hasta entonces era sin exemplo. Condúxole despues como en triunfo en su misma carroza por toda la Ciudad. Valente se hallaba destituído de quantas prendas le podian introducir á la acepcion de los Pueblos. Sobre una tez negra, unos ojos bárbaramente rasgados, y un aire personal rústico, y enfadoso tenia un espíritu desreglado, que juntaba con una grande ignorancia, una extrema presuncion. Aún el mismo Valentiniano no le disimulaba sus defectos, y le mantenia en tanta dependencia, que se podia decir le habia hecho su Lugar-Teniente, mas que su Colega.

Hallabase á la sazon el Imperio en un estado deplorable. Parecia que todas las Naciones bárbaras se habian coligado para arrasar las Provincias que confinaban con sus tierras. Los Alemanes desolaban la Francia. Los Sarmatas, y los Quadas habian entrado en la Panónia. Los Pictos, y los Saxones turbaban el reposo de Inglaterra. Los Moros infestaban con correrias

la Mauritania. Los Godos, robada toda la Tracia, se iban arrimando á las cercanías de Constantinopla. El Rey de Persia hacia revivir sus antiguas pretensiones sobre la Armenia, y amenazaba romper la paz que acababa de concluir con los Romanos. Dexabase temer la continuacion de estos desórdenes baxo el gobierno de dos Príncipes, de los quales, al uno faltaba la dulzura, y suavidad necesaria para el atractivo, y manejo de los Pueblos; y al otro, ni acompañaba la suficiente habilidad, ni seguia la necesaria resolucion para hacerse temer de sus enemigos.

La Religion se hallaba no menos turbada que el Estado. Todo el Imperio de Constancio fue tambien Imperio de persecucion contra la Iglesia. Este Príncipe no perdonó á medio alguno para sepultar la Fé del Concilio de Nicéa, y erigir sobre sus ruínas la abominacion del Arrianismo. A Juliano le habia parecido poco el perseguir la Iglesia solamente; emprehendió con todo el esfuerzo de su poder aniquilarla, y despues de abjurar solemnemente la Fé de Jesu-Christo en que habia vivido casi por veinte años, tomó á su cargo resucitar el ya olvidado culto de los falsos Dioses renovando

las supersticiones del Paganismo. Joviano que le succedió, queriendo remediar estos desórdenes al tiempo de elegirle Emperador, protestó á los Soldados que le proclamaban, que no podia aceptar el Imperio, sino con la expresa condicion de que todos sus Vasallos habian de seguir la Fé de Christo que él seguia; y gritaron todos á una voz que ya la seguian, ó á lo menos tenian designio de seguirla. Poco tiempo despues hizo bolver de sus destierros á los Obispos, favoreció á los Católicos, y abominó de los que no lo eran; pero abandonólos al tribunal de su propia conciencia, sin querer embarazarse en punto de Religion.

Creíase que Valentiniano llevaría mas adelante el zelo de su piedad, asi por su natural fogoso, como porque se detenia poco en condescendencias, y en políticas quando se trataba de dár cumplimiento á sus resoluciones. Fomentaba esta persuasion la memoria del ardor con que en otro tiempo habia dado público testimonio de su Fé. El caso sucedió de esta manera. Juliano despues de su apostasía iba en cierta ocasion al Templo de la Fortuna, para rendirla adoracion, y ofrecerla sacrificio como acostumbraba.

Seguiale por cortejo la lisonja, y la ambicion de muchos cortesanos, cuya política acomodaba su creencia á la religion del Príncipe. Marchaba detrás de él Valentiniano como Capitan de sus Guardias. Llegaron á las puertas del Templo, y uno de los Ministros del Sacrificio que estaba esperando en ellas, les roció como para purificarles con agua consagrada al culto de los Idolos. El Emperador, y los de su comitiva recibieron con afectada veneracion esta ceremonia; pero Valentiniano sintiendo que algunas gotas de aquella agua habian alcanzado á su mano izquierda, y al vestido, en presencia del mismo Emperador ultrajó de palabra, y de obra al Sacerdote que le habia rociado, sacó el pañuelo, y se limpió la mano: desembainó la espada, y cortó del manto el trozo que estaba salpicado. Ofendido Juliano de tamaña injuria hecha á sus Dioses, y á su persona, degradandole al punto de todos los honores, le desterró de su Corte, mandandole que se retirase á Melitina en la Armenia. Siguióle su hermano Valente, queriendo mas verse sin grado en la Milicia, y sin gracia en la fortuna, que sin honra en la religion.

La memoria de una confesion tan animosa hacia esperar á muchos, que los dos hermanos restituirían la Fé de Jesu-Christo á su antiguo explendor, y lustre; pero les engañó su esperanza, porque Valentiniano se portó en este punto con mas indiferencia de la que se presumia: protegió á los Católicos: pero sin inquietar á los Arrianos; y Valente de tal suerte se declaró por los Arrianos, que persiguió con tiranía á los Católicos.

Tal era la constitucion del Imperio, quando le dividieron entre sí los dos Emperadores. Valentiniano se reservó el Gobierno del Occidente con toda la Tracia, y dexó á su hermano los Reynos, y Provincias del Oriente. Llegaron juntos hasta Naisa en donde se hizo la division de los Egércitos, y de los principales Cabos que los comandaban; y en fin se separaron en Sirmio: uno para ir á Milán, y otro para restituirse á Constantinopla.

Desde luego se aplicó Valentiniano á hacerse capáz del estado en que se hallaban las Provincias, cuya vecindad las exponía mas inmediatamente á los insultos de las Naciones bárbaras. Pasó á la Francia, y combatió con los Alemanes que

que se habian arrojado sobre ella con un poderoso Egército. Derrotólos, y pasó desde Amiens á Treveris. Esperaba gozar aqui en pacífico reposo del fruto de su ultima victoria, quando recibió varios avisos de partes diferentes que toda la Inglaterra servia de infelíz presa á la ambicion de los enemigos; que los Franceses, y los Saxones habian penetrado por el lado de las Gaulas; que los Pictos, y los Escoceses introducian la desolacion hasta el corazon del País; que habian quitado la vida al Gobernador, y cogido por sorpresa al General del Egército; y que si no atajaba el mal con remedio pronto, y eficáz estaba el cuerpo del Imperio para perder uno de sus mejores miembros en una de sus mas floridas Provincias.

Causó esta noticia igual inquietud, que asombró en el animo del Emperador. Mandó á Teodosio, padre de aquel cuya historia ahora escribimos, que pasase á aquella Isla con las Tropas que se habian abanzado ácia esta parte: juzgando que solo él era capáz de reducir á mejor estado un negocio, cuyas apariencias hacian su restauracion superior á toda esperanza. Partió con diligencia Teo-

dosio, y llevó consigo á su hijo para enseñarle los rudimentos de la Milicia. Hizo en Bolonia reseña del Egército que le habian destinado, y pasando el mar con una confianza que sonaba á profecía del suceso, se abanzó ácia Londres, y buscó á los enemigos para pelear con ellos. Deshizo muchas de sus partidas que encontró errantes por la campaña; quitóles la gente, los ganados, y todo el botin que llevaban, y mandó publicar en todos los lugares del contorno que cada uno viniese á reconocer, y recobrar lo que le pertenecia, reservando solo una pequeña parte para los Soldados que mas se habian señalado en las fatigas. Siempre fue su principal cuidado el alivio de los Pueblos, y las primeras instrucciones que dió á su hijo las acompañó con exemplos de humanidad, y de justicia: virtudes á la verdad mui necesarias; pero mal acogidas, y peor practicadas en las tiendas, y pavellones. Despues de estos primeros felices sucesos entró en Londres, y aseguró la Ciudad, que ya le rendia aclamaciones como á su libertador.

Como chocaba con un genero de enemigos que á cada momento se separaban, y se rehacian para sorprehenderle: re-

resolvió sorprehenderlos á ellos mismos, y debilitarlos con ligeros reencuentros, ya que se resistian al riesgo de una batalla campal. Pusose, pues, en campaña, apoderóse de los puestos mas ventajosos, dividió su Egército en muchos cuerpos, y echandose ya sobre unos, ya sobre otros, de aquellos Bárbaros que atendiendo cada uno á sus intereses particulares, y distintos, habian venido mas á pillar que á combatir: los deshizo enteramente, y restableció la seguridad en los Pueblos, y en la campaña. En todos estos reencuentros se dexaron igualmente reconocer, y admirar su valor, y su prudencia: y se dice de él, que nunca mandó cosa á sus Soldados que no se hallase primero obedecida, y practicada con su exemplo.

Teodosio se mostró digno hijo de tal padre, y en todas estas ocasiones dió señas de lo que habia de ser. A un mismo tiempo, y en un mismo Egército servia Máxîmo, Inglés de nacion, y á quien (segun él se alababa) ennoblecia la sangre Imperial de Constantino. Estos dos Jóvenes que algun dia habian de disputar entre sí el Imperio de todo el mundo, se conocieron, y señalaron con emula-

lacion en esta jornada. Contaban casi una misma edad; animabales igual espíritu, igual valor, y una generosa ambicion de abrirse con las armas decoroso camino á los primeros empleos; pero con esta uniformidad de inclinaciones juntaban una discordante diferencia de costumbres. Teodosio era liberal, honesto, franco, y generoso; Máximo avariento, brutal, artificioso, y ardientemente embidioso de la gloria, y reputacion agena. El uno era valiente por virtud; el otro por ferocidad: aquel solo aspiraba á la gloria de servir á los Emperadores, éste no disgustaría de ocupar su mismo Trono.

No bien se acabó esta guerra quando se descubrió una conjuracion igualmente peligrosa. Arrestaronse algunos Oficiales, que pagaron con la vida este delito; mas no pareció conveniente aplicarlos á qüestion de tormento, temiendo que de su confesion resultasen tantos cómplices, que en su multitud fuese riesgo el castigo, y mal exemplo la indulgencia, ó que renaciesen de su desesperacion las mismas turbaciones que acababan de ahogarse. Hecho esto bolvió Teodosio á la Corte, llevando en su compañia á su hijo, que presentó al Emperador, como fiel

fiel compañero en sus trabajos. Y esta fue la primera ocasion en que este Joven, Señor, se dió á conocer al Príncipe Graciano; cuya inclinacion aunque entre las niñeces de la infancia, se dexaba ya arrastrar naturalmente del merito, y de la virtud.

Pero la alegría que inundó la Corte con el felíz progreso de los negocios de Inglaterra, bien presto se vió enlutada con la noticia que llegó de la sublevacion de una parte de la Africa. Tenia por cabeza á Firmo uno de los principales Señores del País. Acusado de Fratricidio Romano, Gobernador de la Provincia, quiso asegurar su persona para executar el castigo, que segun las leyes correspondia á su delito. El se defendia autorizado con su credito, y á la sombra de sus aficionados. Uno, y otro escribieron á la Corte, aquel sus quexas, y éste sus descargos. Valentiniano, aunque de humor poco accesible, tenia sin embargo algunos interválos en que lograba facil entrada á su animo la prevencion. Entre la faena de los negocios de mayor importancia, daba su lugar al cuidado del alivio de los Pueblos; pero era mui remisa la vigilancia sobre los que go-

gobernaban las Provincias; y aunque en otros asuntos le hallaban siempre inexôrable las menores quexas, no queria, ni aun dar oídos á las que le daban contra sus Ministros; ya fuese por parecerle que el disminuir la autoridad del subalterno (aun quando lo clamaba la justicia) era degradar la del Soberano; ó ya le pareciese, siguiendo el dictamen de su política, que se gobernaba mejor el Pueblo quando el rigor tiraba de la rienda.

Y este fue el motivo que dió mas cuerpo á la rebelion de Firmo. Avisaronle sus Agentes que se habian suprimido sus Cartas en la Corte, que prevalecían las de su contrario, que los Ministros estaban sobornados, y el Príncipe prevenido. Vió su ruína inevitable, y apeló á otro Tribunal encomendando á las armas la interpretacion de su justicia. Sublevó los Pueblos, cansados de sufrir violencias, y tolerar latrocinios del Gobernador, ciñóse la Diadema, y se hizo proclamar Rey. Salió luego á campaña, asoló quanto le hizo resistencia, tomó por sorpresa la Ciudad de Cesaréa que abandonó á la furia de sus Tropas, para que la entrasen á sangre, y fuego, y engrosó su Egército con un crecí-

cido numero de Moros que venian en tropel á seguir sus Estandartes. Tuvo orden Teodosio de partir sin detenerse con su hijo, y marchar á resistir á estos rebeldes. Embarcóse con las Tropas que se le habian destinado, y aportó á la costa de Africa. Aqui le salió á recibir el Gobernador, por cuya relacion se enteró del estado de las cosas; y despues de haberle acordado entre la dulzura, y la reprehension, las turbaciones que habia excitado el menos prudente manejo de su conducta, le embió delante para que atendiese á la seguridad de las plazas visitando las guarniciones. Entre tanto se abanzó él hasta la Ciudad de Sitifi, desde donde despachó un Oficial á Firmo para que en su nombre le intimase, que ó depusiese las armas, y no se olvidase de sus obligaciones, ó se previniese á probar los rigores de la guerra. Mientras bolvia la resolucion pensaba en los medios de conservar sus Tropas, no acostumbradas á los excesivos calores de aquel clima abrasado, y de prevenir al tirano que igualmente se hacia temer por sus ocultos artificios, que por sus fuerzas.

Hallóse Firmo embarazado con la duda del partido que habia de elegir. Poco des-

despues envió Diputados á Teodosio para que le representasen que la necesidad, y no la ambicion le habia puesto las armas en las manos: que no se habia armado contra el Imperio, sino contra un enemigo particular que profanaba la Magestad del Emperador autorizando con ella sus violencias: que nunca habia sido su intento amotinarse, sino defenderse, que solo esperaba que le hiciesen justicia, y le dexasen vivir para olvidar sus sentimientos, y despedir la gente. Teodosio le ofreció toda su gracia, con tal que se rindiese de buena Fé, y entregase los rehenes que afianzasen su palabra. Entre tanto visitó la costa, juntó todas sus Legiones, lebantó algunas Milicias del paisanage, y ordenó á todos los Oficiales que hiciesen observar una exâcta disciplina, diciendo: que los Soldados Romanos no debian vivir sino á costa de los enemigos; y que no habia diferencia entre ellos, y los rebeldes quando afligian con vexaciones á los Ciudadanos. Máxîma por cuya práctica se introduxo al amor, y benevolencia de los Pueblos.

Era Firmo de una familia dilatada, y poderosa, tanto por los vastos dominios

nios que poseía, como por las alianzas que conservaba con los principales Señores de los Moros. Mascizel, y Mazuca sus hermanos, marchaban con dos gruesos cuerpos de Tropas: y Ciria su hermana, dama de superior aliento, los asistia con hombres, y dinero, y sublevaba con sus negociaciones, y artificios toda la Mauritania.

Previendo Teodosio que sería dificil la resistencia á tan crecido número de Tropas si les dexaba tiempo para unirse, se abanzó á largas jornadas hasta dar vista á Mascizel, y le presentó la batalla. Aceptaronla los Moros, y recibieron vigorosamente la primera carga de las Legiones; mas al fin fueron rotos, y hecha piezas la vanguardia, se salvó lo restante con desorden. Hizose Teodosio dueño de la campaña, y tomó algunas Plazas importantes para su seguridad mandando hacer en ellas quantiosas provisiones de víveres. Iba penetrando á lo interior del País, quando recibió aviso de que Mascizel le venia siguiendo con los Moros que se habian rehecho, y Tropas frescas que habia reclutado. Esperóle, avistaronse dentro de pocos dias, peleó con él, desbarató todo su Egército, y le apretó tan vivamente que aún la liber-

bertad de su persona, y vida anduvo bien apurada.

Aterró á los rebeldes la pérdida de estas dos batallas; y Firmo no sabiendo á quien bolverse, recurrió á algunos Obispos, suplicandoles que interpusiesen su autoridad, para obtener de Teodosio el perdon de sus delitos á qualquiera costa, y sin reparar en condiciones. Fueron recibidos estos Diputados con el honor debido á su carácter, y con la respuesta favorable que lograron, partió Firmo seguido de poca escolta, y entró en el campo de Teodosio, que le estaba aguardando fuera de su tienda. Las Legiones estaban sobre las armas con las vanderas desplegadas, y cada Soldado al oír que se acercaba la cabeza de los rebeldes, habia redoblado su ferocidad.

Saltó Firmo del cavallo luego que reconoció á Teodosio, y postrado á sus pies, llevando la inclinacion hasta la tierra, inundados en agua los ojos le pidió humildemente perdon de su delito, acusando ya su temeridad, ya su desgracia, y dando al semblante, y á las palabras quantas señas podian desearse, para calificar la sinceridad de su arrepentimiento. Recibió Teodosio estas sumisiones con un

un genero de tibieza, que se acercaba mucho á frialdad, y despues de una larga conferencia se ajustaron las paces. Fueron las condiciones: que Firmo concurriría con abundancia de víveres para el Egército, que entregaría por prendas de seguridad á algunos de sus parientes, que daria libertad á todos los prisioneros que habia hecho durante las turbaciones, que restituíria, y depositaría en la Ciudad de Icosio asi las Vanderas Imperiales, como todo lo perteneciente á los súbditos del Imperio, que despediría sus Tropas, y bolveria con esto á la gracia del Emperador.

Restituyóse Firmo á su campo lleno de satisfaccion, y en pocos dias dió cumplimiento á la mayor parte del tratado. Viendo Teodosio tan felices disposiciones para el lógro de la paz, se fue acercando ácia la Ciudad de Cesaréa con animo de repararla, porque era una de aquellas poblaciones en quienes se habia cebado el fuego al principio de la guerra. En el camino le salió á recibir una Diputacion de los Maziques, Pueblo Africano, que inconsideradamente habia hecho liga con los rebeldes, pidiendole con sumision la indulgencia de su yerro; pe-

ro Teodosio solo les dió por respuestá, que sabia perdonar enemigos, mas no acertaba á tolerar traidores: y los despidió con la amenaza de que presto verian sobre su mala fé el castigo de sus armas. Apenas habia salido de Cesaréa, donde habia dexado dos Regimientos para que trabajasen en las fortificaciones de aquella plaza, quando recibió aviso de que Firmo solo habia usado de la sumision para capa de la perfidia, que sus promesas, y el soborno de su dinero habian pegado el contagio, y la corrupcion á las mismas Tropas del Imperio, que un esquadron de Archeros se habia arrimado á su partido, y que la insolencia de un Capitan habia subido tan de punto, que habia osado ceñir la cabeza del rebelde con su collar en forma de Diadema.

Irritado Teodosio con esta noticia, resolvió arrojarse sobre los traidores empleando en ellos todo el rigor sangriento de la guerra. Marchó á Tagavia con increíble presteza. Echóse de repente sobre una parte de los Archeros, á quienes su propia ruina dió la primera noticia de su estrago: abandonólos á la venganza de los Soldados, para que la misma cruel-

crueldad que era en los otros castigo fuese en ellos escarmiento. Mandó que al Tribuno, despues de cortada la mano delinqüente se le quitase la vida con la atrocidad correspondiente á su osadía, que fuesen degollados los Oficiales que mancharon la tesera con la sedicion, y que en todos los culpados se executase el rigor de las penas que merecian. Y aun no desahogada con esto su justa irritacion, pocos dias despues puso sitio á una fortaleza en que se habian encastillado algunos de los Moros mas señalados en el alboroto. Entróla por asalto, pasó á cuchillo toda la Guarnicion, y arrasó las murallas hasta los fundamentos. Hecho esto rebolvió prontamente contra Tanger, donde se habian incorporado los Mazicas, y habiendolos vencido muchas veces les concedió el perdon que otra vez les habia negado.

En fin, empeñado con el ardor de la guerra dentro del País enemigo, mas de lo que pensaba: Ciria hermana de Firmo, sublevó de repente toda la Provincia. Todos los Pueblos salieron á campaña, y como si se hubiera dado señal de lebantamiento, todos tomaron las armas contra los Romanos. Hallabase á la sazon

Teodosio con poca infantería, y con solo un cuerpo de tres mil y quinientos cavallos : y al ver aquella inundacion de enemigos dudó por algun tiempo, si expondria la reputacion de sus armas al riesgo de una batalla, ó si esperaria una coyuntura menos arriesgada, retirandose con orden, y con honra. La vergüenza de ceder á unos enemigos cuyas victorias contaba por las batallas, y el temor de echar un borron al crédito de las armas Imperiales le determinaban á pelear; pero haciendo reflexîon al estado de los negocios, le parecia que era mas acertado dexar de vencer una vez, que perder el fruto de haver vencido tantas. Retiróse, pues, ocupando siempre los puestos ventajosos para prevenir las sorpresas; pero los enemigos le siguieron con obstinacion, cortaronle todos los pasos, y le reduxeron á la necesidad de exponerse á un combate desigual para salvarse.

Sacóle de este embarazo una rara contingencia. Los Mazicas á quienes acababa de conceder el perdon, se habian obligado á socorrerle con tropas. Marchaban éstas al socorro, y salieronlas á recibir algunos Batallones Romanos para con-

conducirlas al campo de Teodosio. Los Corredores Moros advirtieron desde lexos este socorro, y sin mas exâmen, bolvieron á toda brida, y tocaron al arma en su campo, publicando que acudian á la defensa de este General Egércitos auxîliares. Los que guardaban los pasos los desampararon: y Teodosio aprovechandose de la ocasion, ganó los desfiladeros, y fue á acampar debaxo de la Ciudad de Tabes, donde atrincheró, y cubrió su Egército ácia los principios de Febrero. Desde aqui observó á los enemigos, y procuró desunirlos con secretas negociaciones, hasta que pudiese desbaratarlos con fuerzas declaradas.

Entre tanto despachó á su hijo al Emperador Valentiniano, par informarle del estado en que se hallaban las turbaciones de la Africa, y pedirle nuevos socorros para arruinar enteramente á los rebeldes. Fue recibido en la Corte el Jóven Teodosio con toda la consideracion que merecian los servicios de su padre, y los suyos propios El Príncipe Graciano dió al semblante muchas señas de la alegria que ocupaba su corazon, al ver segunda vez á éste su favorecido, y desde entonces le acabó de admitir á aquel

linage de afecto que en adelante tuvo por testigo al mundo todo.

Entraba este Príncipe en el decimo tercio año de su edad, y yá entonces lograba una discrecion que parecia intempestiva por lo adelantada; tan asíduo en el estudio de las buenas letras, que las trataba á todas como familiares, debiendo estos progresos á la disciplina de su Preceptor Ausonio, uno de los mas felices ingenios de su siglo. Su natural que respiraba dulzura, y atractivo, le habia hecho dueño de tantos corazones quantos vasallos contaba; y ya desde aquel tiempo se creía comunmente que habia heredado de su padre las generosas partidas sin el contrapeso de los defectos. Poco tiempo antes habia sido proclamado Augusto, por una de aquellas ocasiones que hacen adelantar apresuradamente los aciertos.

Habia caído Valentiniano en una enfermedad tan peligrosa, que no se esperaba pudiese convalecer. Cada uno le destinaba succesor, consultando la eleccion con el voto de su capricho, como si ya hubiera vacado el Trono del Imperio. Los Oficiales de las Gaulas, á quienes seguia el primer crédito del Egér-

cito ponian los ojos en Juliano, primer Secretario de Estado, hombre cruél, y arrebatado. Otros disponian la manipulacion á favor de Severo, Coronél de Infantería, cuyo espíritu inmoderado se parecia mucho al de Juliano. Recobróse el Emperador, y reconociendo el riesgo que habia corrido la succesion de la Diadema, determinó dexar desairadas, y desvanecidas estas negociaciones anticipadas, y madurar quanto antes la resolucion de asociar á su hijo en el Imperio. Sondó primero la disposicion de los Soldados, y asegurado de lo favorable de sus intenciones, mandó juntar el Exército en un espacioso campo, á donde pasó él mismo con toda su Corte. Subió al Trono conduciendo por la mano á su hijo, á quien habia hecho venir para este efecto: y despues de haverle mostrado á las Legiones, las suplicó que tuviesen por bien aprobar la resolucion que habia tomado de partir con él la Magestad del Imperio.

Representólas, que no era su animo usar del derecho que le pertenecia, sino en quanto le asegurase del buen uso el consentimiento, y aprobacion de las Tropas; porque nunca habia repartido la

atencion que debia por entero á los intereses del Estado en procurar lustre, y explendor á su familia. Que les presentaba un hijo criado á la moda de sus costumbres, y dispuesto, mas que á mandar como Emperador, á defender como Soldado su mismo Imperio: que á la verdad se hallaba entonces, por su edad tierna, en un estado poco avenido con la experiencia, y con el valor; pero que se podia esperar de las señales que ya despuntaban, y del generoso nacimiento que habia logrado, que en su proceder no hallarian motivo para avergonzarse de obedecerle: que era notoria la ambiciosa aplicacion que ya le merecia el estudio de las ciencias, y el exercicio de aquellas habilidades que dán nuevo distintivo á la nobleza, no solo para abrirse camino á la aceptacion de todos, sino para hacerse capáz de discernir, sin necesitar de luz agena, el fondo de los beneméritos: que en breve tiempo le pondria en estado de seguir con ellos los Estandartes del Imperio, sin que le acobardasen, ni los rigores de la estacion, ni los riesgos, é incomodidades que siguen inseparables á la guerra: que su máxîmo, y principal documento, sería

en-

encomendarle el cuidado del bien público, sobre el suyo propio, y el amor del estado sobre el de su familia.

Iba á proseguir; pero le atajó un alegre estrépito de los Soldados, que transportados de excesivo gozo llenaron el aire de aclamaciones, proclamando Augusto al Príncipe Graciano, entre el ruído de las armas, y el apacible' eco de los Clarines, y Timbales. Animado Valentiniano con esta regocijada conmocion de las Tropas, revistió á su hijo con las insignias Imperiales, besóle dulcemente, mostróle al Egército, y con una gravedad en que se traslucia, no mui disimulado el gozo, y la ternura, le habló de esta manera: „Hijo, vés aqui „que ya te ilustra la Púrpura del Im„perio. Esta gracia la debes en todo á „Dios, parte á mí, algo á tí, y mu„cho al consentimiento de nuestros Com„pañeros, y Comilitones que miras aqui „presentes. Hazte capáz de aliviar en „algo á tu padre, y á tu tio, de quie„nes ya eres Colega. Disponte á vivir ar„rimado á las armas, como el Soldado „mas infimo, y á pasar á pie el Danu„bio, y el Rin helados á la frente de „la Infantería. Derrama, si fuere me-

„nes-

„ nester, la sangre toda para que cor-
„ ran, sin echar menos una gota, las
„ venas de los Pueblos que te obedecen.
„ No hai cosa de quantas pueden con-
„ tribuir á la salud del Imperio, que sea
„ inferior á tí, ni indigna de tu cuida-
„ do. Estos son los principales avisos que
„ se me ofrecen, y puedo darte de pron-
„ to. En adelante, la primera ocupacion
„ de mi Reino, será enseñarte á reinar.
Y buelto despues á las Tropas. „ Vosotros
„ (dixo) mantened con el brillante valero-
„ so explendor de vuestras armas el lustre
„ del Imperio. Continuadnos vuestra asis-
„ tencia en nuestras guerras, mantened
„ á este Emperador niño que dexo en ma-
„ nos de vuestro cuidado, y de vuestra
„ lei, una fidelidad digna de vuestro pun-
„ donor.

Recibióse esta breve arenga con otra nueva salva de aclamaciones. Resonaba entre todas la voz de Eupraxio Secretario de Estado, que esforzando el grito, elevaba los meritos de Valentiniano sobre todos los honores. El Egército repitió el estruendo de los vítores, y vivas que en su misma confusion llevaba vinculada la mas acorde armonía. Atropellabanse todos para lograr mas de cerca

la vista de aquel Infante Augusto, cuyos ojos vivos, y brillantes, el rostro derramando agrado, el aire respirando dulzura, y nobleza, y un linage de Magestad poco usada, en que lo modesto no se hacia despreciable por lo humilde, ni lo soberano desabrido por lo orgulloso; le atraían naturalmente el amor, y la admiracion de quantos le miraban. Desde este tiempo fue este Príncipe las delicias de los Pueblos; y sus virtudes entroncadas con los años, iban creciendo al paso de la edad.

Estaba á la sazon Valentiniano para entrar en la Alemania, con el fin de poner freno á la ferocidad, é inquietud de aquellas Naciones bárbaras que tenian siempre en egercicio las fronteras del Imperio, sin darlas lugar á que dexasen las armas de las manos. Llevó consigo á su hijo, y le conduxo á la otra parte del Rin para acostumbrarle con tiempo, no solo á las fatigas, sino tambien á los riesgos de la guerra. Era esta expedicion de la primera importancia: emprehendiala el mismo Emperador, y la iba á comandar en persona. Escogió para promoverla los Cabos de la mayor reputacion, y mandó á Teodosio que le siguiese. Dió

en esta jornada tan ilustres pruebas de un valor nada vulgar, y de una prudencia consumada, que Valentiniano juzgandole capáz de gobernar Egércitos, resolvió fiarselos en la primera ocasion que se ofreciese. Presentósela, y bien presto la subitanea irrupcion de los Quadas, no sin gran contento del Príncipe Graciano, que ya se interesaba en los adelantamientos de su favorecido.

El Emperador Valentiniano, Príncipe que traía siempre ocupada la atencion en meditar alguno de aquellos designios grandes, que dando nuevo lustre á su fama la hiciese al mismo tiempo benemerita del estado en la utilidad del público; pensaba entonces en hacer una calzada desde el origen del Rin, hasta su sepulcro en el mar. El mismo habia trazado los planos de las fortalezas que se habian de edificar de una, y otra parte de la ribera; y habiendo entendido, que penetrandose las aguas, iban insensiblemente desmoronando un fuerte que habia mandado lebantar sobre la orilla del Nançre, dividió por medio de una canal el curso de este rio caudaloso ácia otra parte, con el fin de asegurar la fortaleza. Quiso tambien fortificar los bordes

del

del Danubio, como lo habia hecho con los del Rin, para burlar con estas dos como barreras de agua, y fuego el ímpetu de las Naciones bárbaras, y disminuir el sobresalto de las fronteras del Imperio. Para este efecto ordenó á Equicio, que á la sazon se hallaba comandando un cuerpo de Tropas en la Iliria, que pasando sin detencion al País de los Quadas, lebantase en él una Ciudadela, poniendo en ella la guarnicion que bastase á abatir el animo, sin molestar la paciencia de aquellos bárbaros.

Vivian entonces los Quadas gozando de un pacífico sosiego debaxo del gobierno de su Rei en la Moravia, y como no les inquietaba la ambicion de usurpar tierras agenas, juzgaban cuidado inútil el velar sobre las propias. Esta en otros tiempos nacion dominante, y belicosa, habia degenerado ya de su valor primitivo, dexandose apoderar de una ociosidad cobarde, que le hacia poco menos que contemptible a los Pueblos estrangeros. Ibase disponiendo Equicio para cumplir puntualmente las ordenes del Emperador, quando los Quadas le representaron dulcemente el agravio que se les hacia, despachando al mismo tiempo Diputados

dos á la Corte, para que en ella manifestasen sus quejas. Equicio, esperando la respuesta que se daria á los Diputados, mandó suspender las obras, temiendo que en su continuacion podia peligrar el sufrimiento de aquella gente, y excitarse algun tumulto; pero Maximino, hombre de ánimo cruél, y de espíritu alborotado, acusando su negligencia, y perezosa actividad, tomó á su cargo aquella comision. Fue á los lugares donde se habian comenzado á levantar las fortificaciones; acaloró á los Soldados destinados para trabajar en ellas, mandólos proseguir con todo fervor en las obras, sin pedir á los Bárbaros su consentimiento, que sin duda hubieran dado antes que llamar ácia sí la guerra. Llegó la noticia de este proceder violento á los oídos de Gavinio, Rey de aquella tierra: salió á buscar á Maximino, y avistandose con él, le representó con los terminos mas detenidos, y modestos; que era ageno de toda razon aquel insulto con que se les agraviaba; que no era conforme á justicia inquietar á una gente que dexaba á todos vivir en paz; que ellos no tenian ambicion de conquistar Reinos estraños; pero que deseaban gobernar sin dependencia el suyo; que dexando la gloria de sujetar el mun-

mundo á los que se picaban de ella, no aspiraban al pomposo titulo de Conquistadores; pero pretendian justamente la honesta realidad de libres, que en fin, no pedian, por falta de meritos, que se les otorgase alguna gracia, pero deseaban con sobra de razon, que no se les hiciese esta injusticia.

Fingió Maxîmino que le habian hecho fuerza las razones de este Príncipe, y le convidó por prendas de la amistad á él, y algunos de los que le hacian corte, á un magnífico festin, en el qual, con traicion execrable, le hizo dar una muerte cruél. Lloraron aquellos Pueblos con lágrimas de fidelidad, y de sangre la pérdida de su Monarca, y revistiendoles de corage la misma desesperacion, tomaron las armas para vengar su afrenta en tan lastimosa tragedia. Unieronseles los Sarmatas, y pasando juntos el Danubio, pillaron los lugares, y arrasaron quanto se les puso delante. La Princesa Constancia, hija del Emperador Constancio, destinada para Esposa de Graciano, que venia entonces de la Corte de Oriente á la de Occidente, respiraba un poco de la fatiga del camino en una casa de campaña. Apoderaronse los Bárbaros de su equipage, y aun hicieron prisione-

neros algunos de sus criados. Hubiera sin duda alguna venido tambien á su poder la misma Constancia, si Mesala, que habia salido á recibirla por orden de Valentiniano, metiendola prontamente en uno de los coches del recibimiento, no la hubiera puesto á rienda suelta en la Ciudad de Sirmio. Próbo, Prefecto del Pretorio, hombre tímido, y poco acostumbrado al estruendo de la guerra, estaba dentro de la Ciudad, y ya tenia prevenidos algunos caballos de retén para huir secretamente aquella noche. Procuraron persuadirle que era menor el peligro de lo que le abultaba su temor, que con su ausencia se acobardaria el ánimo de los Ciudadanos y que daria cuenta en la Corte de los accidentes que sobreviniesen á la Princesa. En fin, se recobró algun tanto de su miedo, y dió orden para que se reparasen prontamente las fortificaciones, y se hiciesen venir algunas Compañias de Archeros de las Guarniciones vecinas, para defender la Plaza en caso de sitio.

Pero los enemigos se contentaron con tener por suya la campaña. Embiaronse contra ellos dos Regimientos de los mas escogidos entre todas las Tropas del Imperio, que sin oposicion los hubieran desba-

ra-

rátado, si, dando entrada en su vanidad á disputas de preferencia, no hubieran debilitado la fuerza con la division. Llegó la noticia de ésta al Campo de los Sarmatas, que no inutilizando tan favorable coyuntura, forzaron á cada Legion en su quartél, y una tras de otra las hicieron piezas. Fue destinado el joven Teodosio para remediar estos desordenes, y para que asegurase mas sujeto el rendimiento de los Soldados, con la fuerza de mayor autoridad, se le dió el Gobierno de la Mésia, con la Capitanía General de las Tropas que se aquartelaban en aquella Provincia.

Partió, pues, sin detenerse, y despues de haberse hecho instruir perfectamente del estado en que se hallaban los negocios, juntó un cuerpo de Egército, no de vulgar número. Dió su primera atencion al cuidado de que observasen las Tropas una exâcta disciplina, y despues se aplicó á desahogar el País de una multitud de bárbaros errantes, y desmandados, que le robaban impunemente. Hizo morir á muchos, y se contentó con rechazar á los otros, hasta que desalojaron de los límites del Imperio. Despues de esto, habiendo entendido que los Sarmatas, engrosados con una multitud de Pueblos que se les ha-

bian arrimado, se dexaban ver ácia las fronteras; resolvió; no solo disputarles con la oposicion el paso, sino tambien empeñarlos en alguna batalla. Los enemigos, afianzando el vencimiento en la muchedumbre, se dividieron en muchos cuerpos, para arrojarse con impetuosas irrupciones sobre diferentes partes; pero Teodosio abatió, y castigó su orgullo en todos los reencuentros; y obligandolos á reunirse para hacerle resistencia, les fue á forzar hasta sus mismas trincheras. Logrólo sin embargo de su desesperada oposicion, haciendo en ellos tan cruel carniceria, que se vieron obligados á clamar por la paz, dexando al arbitrio del vencedor las condiciones que observaron con fidelidad inviolable, temerosa todo el tiempo que residió Teodosio en la Provincia.

Mientras que el hijo rendia al Imperio tan gloriosos, y utiles servicios en la Mésia, aplicaba el padre, con no inferior gloria, su cuidado á la reduccion de los Moros amotinados en la Africa. Hallabase considerablemente disminuido el séquito de Firmo, reducidos al de Teodosio sus interesados, algunos por amenazas, muchos por promesas, y los mas por el dinero, vendiendo su traicion. Receloso Firmo de

al-

alguna mudanza, temiendo por una parte ser abandonado de los suyos, y cansado por otra de mantener á costa de su bolsillo tan crecido numero de Tropas, á la sombra de la noche desamparó su campo, y busco la seguridad de su vida al arrimo de las fieras, abrigandose con la inculta aspereza de los montes; luego que supo Teodosio, que aquel Egército destituido de cabeza, y lleno de sobresalto, se retiraba con desorden, tropezando en su misma turbacion, siguió el alcance, y destrozando á muchos, y aprisionando a otros, obligó á los demás á rendir las armas. Disipada tan felizmente aquella nube espesa de enemigos, asegurando las Plazas con Gobernadores de fidelidad acreditada en las menos falibles experiencias, determinó perseguir á Firmo, hasta las mas retiradas entrañas de las peñas.

Mas no bien empezaba á vencer la obstinada resistencia de los riscos, quando recibió aviso cierto, de que refugiada la cabeza de los rebeldes en el País de los Isaflienos, se habian estos interesado en su defensa, empeñados en continuarle á todo riesgo su proteccion. Teodosio, despues de haber permitido algun desahogo á sus Tropas fatigadas, bolvió la brida

ácia esta parte, y despachó luego una embajada á aquellos Pueblos, pidiendoles que le entregasen á Firmo, á su hermano Mazuca, y á los principales Oficiales que le seguian. Negaronse á esta demanda, y al punto les declaró la guerra, que se rompió con un sangriento combate en que fueron derrotados, Mazuca herido de muerte, y las Tropas que restaban puestas en vergonzosa huída. Entonces fue quando Igmazen, Rey de los Isaflienos, encendiendose en corage, y dandose por sentido su pundonor en la rota de los suyos, juntando en un poderoso Egército todas las fuerzas de su Reino, marchó contra los Romanos, que ya habian penetrado mui á lo interior de sus dominios. El mismo en persona salió á buscar á Teodosio, seguido de tan poca escolta, que parecia mas cortejo que seguridad, como que afianzaba ésta solo en su propio valor: y acercandose á él, le preguntó con un desden, que, sonando á desprecio, daba bien á entender, que estaba colérica la soberanía, quién era, y cómo osaba inquietar el reposo de un Rey, que, no reconociendo superior en el mundo, desconocia en todo él á quien debiese dar cuenta de sus acciones. Respondió Teodosio, que era Lugar-Teniente

de

de Valentiniano, Emperador, y dueño del Universo, que venia á castigar los insultos de un rebelde, y que si no se le entregaba, tenia orden de arruinar, no solo á los Pueblos, sino tambien á los Reyes, cuya sinrazon, ó cuya injusticia los hiciese declararse protectores de la sedicion.

Retiróse Igmazen picado de esta respuesta, y al amanecer del dia siguiente se presentó en batalla á la frente de veinte mil hombres. Habia dexado á las espaldas un cuerpo de reserva, y cubiertas con los Batallones algunas Tropas auxîliares, con orden de que se fuesen destacando por pelotones, hasta dexar encerrados á los Romanos. Teodosio por su parte puso su gente en orden de batalla, trajola á la memoria las victorias que habia conseguido por su valor, y infundió á todos tanto ánimo, que combatieron vigorosamente un dia entero, sin que el ímpetu con que se desgajaba aquella multitud de enemigos, pudiese jamás abrir brecha en los Esquadrones cerrados. Acia la tarde se dexó ver Firmo sobre la eminencia de una colina, adornado con un precioso vestido de grana, y gritando á las Legiones Romanas, que, ó entregasen á su General al Rey Igmazen, ó se dispusiesen á rendir la vida

ahogados de la multitud, sin esperanza de lograr quartél. Este discurso produxo efectos diferentes, y aun opuestos. Los que tenian sana la honra, y el punto de buen temple, irritados con el agravio que se hacia á su pundonor, cobraron en la saña mas esfuerzo para la peléa; pero los que adolecian de cobardes, ó tenian achacosa la fidelidad, entregados á la turbacion, abandonaron las armas.

Sobrevino la noche, que tocó á retirar á uno, y otro campo: y Teodosio, reconociendo no considerable pérdida de los suyos, hizo castigar con todo el rigor de la Milicia á los que habian titubeado con las amenazas de Firmo. Poco tiempo despues, habiendo reforzado el Egército, renovó la guerra, y en repetidas funciones desbarató las mas escogidas Tropas de los Isaflienos. Corrido, y aun cansado Igmazen de ser vencido tantas veces, reconociendo en fin que peleaba con un Capitan, cuya vigilancia se empleaba como si tuviera contraria la fortuna, y cuya fortuna le seguia como si quisiera suplir la falta de vigilancia, temiendo que en la continuacion de la guerra exponia á evidente riesgo su persona, y sus Estados; ya no pensaba sino en los medios de conseguir una paz honesta, y

de-

decorosa. Hizo, pues, entender secretamente á Teodosio, que él no queria embarazarse con el Emperador, ni con el Imperio, y que sin contradiccion le entregaria á Firmo, y á todos los rebeldes; pero que esto no pendia ya de la jurisdiccion de su arbitrio, sino de la voluntad de los Pueblos, cuyo alvedrio no podia regir en esta parte, porque se hallaba ya dominado del interés, por el soborno de los sediciosos; mas que le ofrecia un medio el mas eficáz para sujetarlos: éste era, el no dexarlos respirar un punto, estrechandolos tanto con las armas, que los obligase á pensar en la seguridad propia, antes que atender á la agena. Para esto juzgaba necesario, que las calamidades con que los afligiesen los Romanos, excediesen á las conveniencias con que los entretenian los rebeldes; y que Teodosio procurase hacerse temer, mas que Firmo se habia hecho amar.

Aprovechóse Teodosio de este aviso, y no perdió ocasion de afligir á los Isaflienos, deshaciendo sus partidas, forzando sus quarteles, abrasando sus poblaciones, sus casas de campaña, y arrasando todo el País. Igmacen las abandonaba en manos de sus perniciosos consejos, abultan-

doles los daños que padecian, y exâgerandoles sus pérdidas, mas de lo que en realidad eran. En fin, se vieron tan abatidos, y enfadados, que comenzaron á no quererse mal, pensando en su salud. Reconoció Firmo alguna novedad, y entrando en desconfianza del Rey, por algunas conferencias que habia tenido con Masilla, Príncipe de los Mazicas, deseó refugiarse, y huir segunda vez á los montes. Entendió Igmazen este designio, y declarandose entonces, le mandó asegurar en una torre. Viendose el rebelde encerrado, y observado con vigilante centinela de muchas guardias, resolvió prevenir el suplicio con una muerte violenta. Embriagó una noche á los que le guardaban, y viendoles apoderados de un sueño profundo, se levantó de la cama, yponiendole la contingencia, ó la desgracia una cuerda en la mano, mui á proposito para egecutar su designio, él mismo se ahorcó en un rincón de la quadra.

Igmazen, que tenia dispuesto hacerle conducir el dia siguiente al Campo de Teodosio, recibió sensible pesar con la noticia de este accidente. Protestó la fé pública, puso á Masilla por testigo de su desgracia, y arrojando sobre un camello aquel

aquel miserable cadaver, él mismo fue á presentarsele á Teodosio como prenda de su amistad, y afectuosa correspondencia que deseaba mantener con el Imperio. Teodosio hizo reconocer el cuerpo muerto por algunos paisanos, y prisioneros, que contestaron, y juraron todos uniformemente ser el propio de Firmo. Entonces agasajó al Rey con excesivas caricias, y pocos dias despues, tomando la ruta de Sitifi, fue recibido como en triunfo de todos los Lugares por donde pasaba. Creyó, y aun esperó, que despues de una expedicion tan dilatada, y penosa, le bolverian á llamar á la Corte, para que se desahogase algo de tan continuadas fatigas; pero le dieron orden de que se mantuviese aún en el Africa, para reparar enteramente los negocios de aquella Provincia, poco menos que arruinada por la avaricia de los Gobernadores, y crueldad de los rebeldes.

Entretanto el Emperador Valentiniano hacia grandes preparativos de guerra, y al principio de la Primavera habia salido de Tréveris para caminar á largas jornadas á la Iliria. Todas las naciones vecinas estaban sobresaltadas, y temiendo sobre sí el golpe de aquel amago, le embia-

ban Diputados que le saliesen al camino, para pedirle con humilde sumision la paz; pero él no les daba otra respuesta mas, de que iba á castigarlos si hallaba en sus culpas meritos para el castigo; y que el juzgar de esta causa lo reservaba para quando se hallase ya sobre los Lugares á donde caminaba. Persuadianse todos que venia con resolucion de castigar la muerte del Rey de los Quadas, y los desordenes que habia ocasionado en las Provincias la mala conducta de sus Gobernadores, los quales, dando lugar en sus pechos á esta comun persuasion, le esperaban con turbacion, y susto. Sin embargo usó con ellos de su ordinaria política, disimulando sus injusticias, sin darse por entendido, ni aun con una ligera reprehension. Casi todo el Verano le pasó en Carnunto Ciudad de la Panonia, ocupandole en juntar sus Tropas, y proveer con abundancia sus almacenes; y de repente, mandando arrojar un puente sobre el Danubio, entró en el Pais de los Quadas, resuelto á exterminarlos por su ultima irrupcion.

Aunque esta Nacion por su miseria, y cobardía no se hallaba en estado de pensar en defenderse con la resistencia; se entró no obstante á sangre, y fuego quanto

to se halló en los poblados, y en la campaña, sin respetar, ni á lo sagrado del sexô, ni á lo tierno de la edad. La mayor parte de los Bárbaros se refugió á los montes, atónitos, y asombrados, no tanto de ver volar sobre sus cabezas las Aguilas Imperiales, quanto de ver en su País un Emperador en persona. Miraban desde las eminencias humear sus Pueblos, y reducidas á polvo sus habitaciones, y hacian con su triste llanto las exequias á sus parientes, y á la desolacion de su País. Pocos dias despues bolvió sobre sí Valentiniano: y sea porque empezase á sentir la carestia de víveres, ó porque se avergonzó su valor de emplear las armas en un Pueblo, que sobre ser mas infeliz que culpado, se dexaba vencer sin gloria del vencedor; repasó el Danubio, y abrigó su Egército en los quarteles de nvierno.

Recobrados los Quadas de su primer sobresalto, y tímido pabor, escogieron algunos de los mas senalados entre los suyos, para que arrojandose á los pies de Valentiniano en nombre de toda la Nacion, le pidiesen ser admitido á su gracia, imponiendoles á su arbitrio las condiciones de la paz. Llegaron los Diputados á Bergicion, desconocido Castillo de la Panonia, adonde el Em-

Emperador se habia retirado. Obtuvieron en fin una Audiencia introducidos á ella por Equicio, y arrojandose á los pies de Valentiniano, permanecieron por algun tiempo sin levantarse en un profundo silencio, embargandoles el uso de la lengua la Magestad, el respeto, y el temor. Poco despues, dandoles licencia aquella primera turbacion, pidieron á Valentiniano con las palabras mas humildes, y respetuosas, que se dignase, si no de admitir á su amistad, á lo menos de excluir de su indignacion á ellos, y á toda su pobre Nacion. Ofendido el Emperador de la miseria, desaliño inculto, y semblante rustico de los Embajadores, empezó á exclamar contra su desgracia, que le precisaba á tratar con una gente de aquel aspecto, y barbarie. Ellos, que no penetraban bien el asunto de las voces, cuyo significado llegaba mui confuso á su inteligencia, por la escasa noticia que tenian de la lengua Romana; creyendo que aquellos gritos eran reprehensiones impetuosas de su alboroto, comenzaron á amontonar escusas odiosas, y tan frívolas como importunas. Irritóse con sobrada cólera Valentiniano, y queriendo persuadirles su insolencia, y perfidia, les habló con tan violenta emocion, que, reben-

bentando una vena, cayó medio muerto entre los brazos de sus Oficiales, arrojando avenidas de sangre por la boca. Pocas horas despues, ahogado de las convulsiones, espiró el dia diez y siete de Noviembre, á los cincuenta y cinco años de edad, y el duodecimo de su Imperio.

Cada uno empezó á filosofar sobre esta muerte, siguiendo el temple, y humor de su capricho. Algunos observaban, que pocos dias antes se habia aparecido un cometa con señas de fatal; que una tempestad habia fulminado un rayo sobre el Palacio; que parando un vuho sobre el techo de los baños Imperiales, no se le pudo espantar de él con quantas diligencias se hicieron para este efecto; que la noche antecedente se le habia representado al Emperador en sueños á la Emperatríz con trage fúnebre, arrastrando lúgubres vayetas; y que saliendo aquella mañana con semblante mas melancólico de lo que solia, queriendo montar á caballo, se alborotó, y empinó el bruto contra su costumbre. Los mas juiciosos, en lugar de estas observaciones vanas, y ridículas, haciendo reflexîon á la vida de Valentiniano, advertian, que habia salido fiel éco la muerte, muriendo como vivio entre la cólera, y la agitacion.

Acor-

Acordabanse de que habia sido, no tanto dueño benigno, quanto Juez severo; que entre todos los Emperadores, él solo habia pasado el Imperio sin firmar una sola gracia; que parecia castigaba á los delinqüentes, mas por cumplir con su cólera, que por ajustarse á la justicia; que esta severidad no era tan pura, que no admitiese mucha mezcla de avaricia, siguiendo siempre las confiscaciones á las sentencias de los reos; que hacia la guerra, mas como furioso, que como ofendido, no acertando jamás á pelear con los enemigos, sin designio de exterminarlos; y que en fin, por justo juicio del Cielo, aquella arrebatada cólera que á tantos habia dado la muerte, acababa de quitar al mismo Emperador la vida.

Muchos por el contrario, alegaban en su favor, que habia hecho quantos esfuerzos caben en el vencimiento para domesticar su genio, mas que no habia podido conseguirlo; que si esta severidad excesiva habia sido poco decorosa al Emperador, habia salido mui util al Imperio; que haciendo quemar vivo al primer Eunuco de Palacio por haber agraviado á una pobre viuda, habia libertado del susto, y del sobresalto á todas las viudas, y huer-

fa-

fanos; que en lo demás el número de sus virtudes habia sido superior al de sus defectos; que siempre habia atendido al bien público, disminuyendo los tributos, arreglando las Tropas, proveyendolas de buenos Oficiales, y ganando batallas por sus Generales, y por sí mismo; que al tenor de su vida irreprehensible no se habia atrevido vicio alguno, desterrando de su Corte la corruptela, y los desórdenes, no menos por sus exemplos, que por sus edictos, mostrando en toda su conducta entendimiento, valor, política, y grandeza.

Los mas zelosos de la Religion, desaprobaban en él que hubiese contraído matrimonio con Justina, Dama inficionada del Arrianismo, y que por su nimia facilidad se hubiese dexado sorprender de las sofisticas Profesiones con que adulteraba la Fé Augencio Arzobispo de Milán, mal enmascarado con las apariencias de Católico; pero sobre todo blasfemaban de aquella condescendencia con que en puntos de Religion habia permitido á cada uno seguir el dictamen de su conciencia, sin querer embarazarse, pretextando su estado laico en diferencias Eclesiásticas. Otros por el contrario, salian

lian á defenderle en esta parte, asegurando que habian hecho necesaria esta política las presentes circunstancias del gobierno; que antes de él la habia usado Joviano, siendo mas conveniente atraer los hombres á la verdad por la dulzura, que arrastrarlos ácia ella por la violencia; pero todos convenian en que éste Príncipe habia siempre conservado la Fé en toda su pureza, y tanto, que por solo este motivo rompió con su hermano Valente, hasta negarle el socorro contra los Barbaros, como á enemigo declarado de Dios, á quien debia abandonar en manos de la venganza. Y en fin, alababan la humilde docilidad con que rogó á San Ambrosio le fuese á la mano, sin perdonar á las reprehensiones mas acres, siempre que pecase contra la piedad, ó contra la doctrina.

No será digresion mal avenida con nuestro asunto, referir aqui la parte que tuvo Valentiniano en la eleccion de este Arzobispo santo, cuyo nombre habrá de repetir no pocas veces nuestra historia. Habiendo muerto Augencio Arriano, despues de haber profanado por muchos años la Silla de Milán; suplicó Valentiniano á los Obispos que se juntasen á elegir

gir nuevo Pastor. „Pidióles un hombre, „cuya vida irreprehensible, y sabiduría „profunda, le hiciese capaz de santificar „con su doctrina, y exemplos la Cor„te Imperial, y los Emperadores, que por „ser dueños del mundo, no dexan de „ser esclavos de sus pasiones, pudiesen „recibir sus avisos con entera confianza, „y sus correcciones con reverente respe„to." Suplicaronle los Obispos, que su Magestad señalase aquel, en quien le pareciese concurrian mejor todas aquellas señas; pero él les respondió, que este negocio estaba mucho mas allá de su jurisdiccion, de su virtud, y de su prudencia; que á ellos, como mejor informados de las Leyes Eclesiásticas, y mas favorecidos de superior luz, pertenecia la eleccion, y en su mano estaban menos arriesgados los aciertos.

Juntaronse los Obispos con el resto de la Clerecía, para proceder á la eleccion, asistiendo tambien el pueblo, cuyo consentimiento era entonces indispensable. Los Arrianos señalaban á uno de su Secta, y los Católicos querian otro de su Comunion. Calentaronse los dos partidos, y la disputa iba degenerando en sedicion manifiesta, apelando todos de la

razon á las manos. Advertido de este desorden Ambrosio, Gobernador de la Provincia, y de la Ciudad, hombre de entendimiento, y bondad experimentada, vino á la Iglesia para sosegarle. Con su presencia cesaron las discordias, y reuniendose de repente como por Divina inspiracion toda la asambléa empezó á gritar, que se le diese por Pastor á Ambrosio. Oyó al principio con desprecio este pensamiento, teniendole por un ímpetu fantástico, y menos considerado; pero viendo que persistian con toda seriedad en pedirle para Arzobispo, les representó su ineptitud para este cargo. Dixo, que sobre haber pasado toda su vida en empleos Seculares, se hallaba aún Catecúmeno, sin haber recibido las aguas del Bautismo; que las leyes del Imperio prohibían expresamente á los que exercian cargos públicos, pasar al Estado Eclesiástico, sin consentimiento del Emperador. Y que en fin, las elecciones de los Obispos debian hacerse por movimiento interior del Espíritu Divino, y no por capricho popular. Por mas razones que alegó, y por mas resistencia que hizo, el pueblo quiso elevarle al Trono á que Dios le habia destinado. Asegura-

ron-

ronle con guardas para prevenir su fuga, y se presentó un memorial á Valentiniano, suplicandole se sirviese dar su Imperial aprobacion, y consentimiento á aquella eleccion.

Dióla el Emperador lleno de un sensible gozo, y ordenó que le hiciesen baptizar prontamente, y le consagrasen ocho dias despues. Dicese. que el mismo Principe quiso hallarse presente á la Consagracion, y que al acabarse la ceremonia, lebantando los ojos, y las manos al Cielo, exclamó transportado de alegría: Dios mio, yo os rindo humildes gracias, porque os dignasteis confirmar mi eleccion con la vuestra, entregando el cuidado de nuestras almas, al que yo habia encargado el gobierno de esta Provincia. El Santo Arzobispo se aplicó enteramente al estudio de las Sagradas letras, á la restauracion de la Fé casi arruinada, y á la reforma de la Diócesis. Avisado de algunos desórdenes que cometian los Magistrados á la sombra de la autoridad Imperial, fue á buscar al Emperador en su Palacio, y le advirtió del vigilante cuidado con que debia celar el servicio de Dios, y la justicia.

Respondióle este Príncipe con prudente,

te, y rendida cordura, que recibia con todo aprecio, y veneracion sus advertencias; que muchos dias ha le tenia conocido, pasando en su estimacion por hombre recto, mal avenido con la disimulacion, y declarado enemigo de la lisonja; que aceptandole por su Obispo, tuvo mui presente, que se echaba sobre su vida un Juez incorruptible; que no por eso se habia negado á confirmar su eleccion, juzgando que por mucha autoridad que se diese á un hombre como él, nunca sería demasiada; que en esta suposicion, podia usar de su acostumbrada libertad; que reprimiese con santa severidad los desórdenes de la Corte, ni recelase tampoco advertirle á él mismo sus defectos, aplicando los remedios que le dictáse su prudencia, y aprehendiese en las reglas de la Lei de Dios.

Autorizado el Santo Arzobispo con el favor del Príncipe, trabajó con todo empeño en arrancar los errores que su Predecesor Augencio habia sembrado en la Corte Imperial. Toda la Iglesia habia concebido grandes, y bien fundadas esperanzas de esta proteccion; pero atajólas la muerte del Emperador, que sucedió poco despues como queda referido. Su cuerpo

po fue conducido á Constantinopla, y enterrado en el Sepulcro del Grande Constantino, con las ceremonias acostumbradas.

Graciano, hijo Primogenito de Valentiniano, y de Severa su primera muger, á quien cerca de siete años antes habia asociado en el Imperio, se hallaba á la sazon en Treveris, donde le habia dexado su padre. Valentiniano el mozo, nacido de segundas nupcias, y de edad entonces de ocho á nueve años, se habia adelantado con su madre la Emperatríz Justina, y hallandose no mui distante del Egército, se juntaron los principales Cabos para crearle Emperador. Su tio Cerealis era el que gobernaba con destreza este negocio, habiendo ganado mui con tiempo á Merobaudo General de la Infantería. Hicieron cortar los puentes, y pusieron guardas en todos los pasos que guiaban al quartél de las Gaulas, echando mano para este efecto de la gente mas inclinada al motin, y de intencion mas achacosa. Todos los que con su fidelidad, ó cordura les podian hacer resistencia, recibieron orden de marchar antes que llegase á su noticia la muerte del Emperador. Sobre todo alejaron de alli al

Conde Sebastian, hombre de lealtad conocida, y de afabilidad tan notoria, que el excesivo amor con que le miraban los Soldados le hacia mui sospechoso en una ocasion como ésta. Dispuestas asi las cosas, fue Cerealis á buscar á su sobrino, y seis dias despues de la muerte de su padre le hizo declarar Augusto.

Los que habian manipulado esta eleccion tumultuaria, reconociendo su yerro, para prevenir con tiempo los cargos, adelantaron la justificacion. Escribieron á Graciano, que habiendose advertido en los ánimos de los Bárbaros enemigos desconocida osadía despues de la muerte de su padre; habia necesitado el Egército que le infundiese aliento la presencia de un Emperador, que ellos se habian visto precisados á elegir á Valentiniano, antes que los espíritus inquietos, y sediciosos tuviesen lugar de tomar otras medidas; que suplicaban á su Magestad les perdonase el no haber esperado su Imperial consentimiento, disimulandoles una falta en que les habia precipitado el bien del Imperio, y el leal reverente amor á su familia. Irritóse al principio Graciano, penetrando la mala fé de este proceder precipitado, y aun estuvo para castigar

se-

severamente á algunos de los mas activos en la eleccion; pero sosegandose luego, y conociendo que en aquellas circunstancias, sobre ser irreparable, la osadía, ni el castigo, ni la indignacion podian producir buenas conseqüencias; no solo aprobó la eleccion de este Príncipe niño, sino que aceptandole por Colega, quiso tambien adoptarle por hijo en la direccion. Y contentandose él con las Provincias que están de esta parte de los Alpes, dexó á cargo de su gobierno la Italia, la Africa, y la Iliria.

Por este tiempo, y casi en un mismo punto sobrevinieron dos calamidades á los dos Teodosios: la muerte al padre, y la desgracia al hijo. Una, y otra tuvo su principio en la emulacion de los Ministros del Imperio, y en las indignas artes del Emperador Valente, que no podia sufrir á los que juzgaba capaces de succederle. Fundabase este odio en ciertas predicciones, y horoscopos, que en su imaginacion pasaban por inevitables, y él queria probar si podia hacerlas falibles.

Era Valente un Príncipe tan lleno de defectos, que si querian despuntar en él algunas buenas qualidades, al punto eran como ahogadas por las malas. For-

maba alguna vez resoluciones bastantemente generosas; pero casi siempre se desvanecian sin efecto, echando menos el valor, ó la luz para promoverlas. Ponia freno al orgullo, á la insolencia, y á la ambicion de los Grandes; mas no acertaba á hacerlo sin oprimirlos. Acaso hubiera merecido el título de buen amigo, si hubiera tenido acierto en la eleccion de las amistades. No cargaba de subsidios las Provincias; pero arruinaba las mas opulentas casas del Imperio, y queria ganar multiplicando las confiscaciones de los particulares, lo que perdia disminuyendo los tributos del comun. Si alguno era acusado en su Tribunal, bastabale ser rico para ser delinqüente: y sin darsele mucho por discernir la verdad de la mentira, jamás dexaba de castigar, como pudiese hacerlo con útil. Las delaciones siempre le hallaban de buen temple, y pronto para dar largas audiencias; pero los descargos nunca supieron encontrarle de buen aire; bastaba que el acusado empezase á justificarse, para que el Emperador comenzase á enfurecerse: con que las opresiones, y las injusticias lograron la edad de oro en el tiempo de su reinado.

Ha-

Habianse armado desde el principio de su Imperio varias traïciones contra su vida; y la noticia de ellas, que no se le ocultó, le habian hecho suspicáz, tímido. Algunos Cortesanos corrompidos se aprovechaban de esta flaqueza del Príncipe, y á cada momento le persuadian, que le amenazaba alguna fatalidad grande; unos queriendo por este camino abrirse puerta al valimiento, haciendose personas necesarias, y otros deseando deshacerse impunemente de sus enemigos, como que lo eran tambien de la Magestad. Todos los negocios de la Corte se fundaban en falsas relaciones, y en atentados imaginarios. Este delirio habia llegado á tal exceso, que ya era punto crítico, materia delicada, y aun delito de lesa Magestad el desembolver un presagio, ó tomar en la boca cosa que sonase á succesor de Valente. Esta nimia facilidad en creerlo todo, y en recelarlo todo, ocasionó la ruina de muchos hombres grandes, y entre ellos alcanzó la fatalidad á Teodosio el padre.

Paladio, hombre de nacimiento plebeyo, y mui dado á los delirios de la Mágia, fue preso por cómplice, y encubridor de ciertos Señores de la Corte, á quie-

quienes se acusaba de haber robado el Tesoro Imperial. Pendia la causa ante Modesto, Prefecto del Pretorio, que haciendole diferentes preguntas, no pudo sacarle confesion de importancia. Mandóle aplicar á question de tormento, y él le sufrió al principio con una especie de constancia, que degeneraba en intensibilidad; mas al fin, apurado el sufrimiento con la fuerza de los dolores, empezó á clamar que le dexasen, ofreciendo declarar algunos puntos de mayor consequencia que los que le preguntaban, y materias que importaban mucho á la persona del Príncipe. Dexaronle recobrar el aliento, y animandole á que dixese algo, declaró, que poco tiempo antes se habia celebrado cierto conventículo, ó junta reservada, en que por medio de sortilegios, y presagios detestables, se habia alcanzado noticia infalible del destino que esperaba al Emperador, y del nombre de quien le habia de succeder en el Imperio. Descubrió á todos los que habian intervenido en la asambléa, y siendo todos aprisionados no tuvieron valor para negar un delito, con cuyas mas menudas circunstancias se les reconvenia.

Era ésta una manipulacion de algu-

nas

nas personas de calidad, y de no despreciable número de Filósofos Paganos, que se habian juntado para saber con anticipacion lo que habia de acaecer despues de la muerte de Valente. Inspirabales esta curiosidad la aversion que profesaban á la Religion Christiana, y el deseo de bolver á mirar entronizada la Idolatría. Esperaban que el oráculo les señalase en profecía algun Emperador de su Partido. Y ya ellos se habian adelantado á poner los ojos en Teodoro, uno de los Secretarios de Valente, sugeto de calidad nobilísima en las Gaulas, estimado por su bondad, por su inteligencia, por su valor, que en todo se portaba como Principe; y en una Corte donde tenia tanto lugar el tumulto, y la emulacion, se dexaba, y aun hacia amar de todos, sin embargo, de conservar siempre en todas sus acciones una generosa libertad. Estas grandes partidas, le hacian pasar por un hombre capáz de restituir su antigua veneracion á los Dioses, de cuyo culto era religiosísimo celador.

Con este pensamiento se juntaron en una de sus casas. Fabricaron un Tripode, ó mesilla de tres pies, cuya materia era de laurél, remedando al que estaba en Del-

Delfos, y le consagraron con imprecaciones, y ceremonias extraordinarias. Sobre el Tripode pusieron una fuente, ó palangana, compuesta de diferentes metales, en el circulo de su orla distribuyeron con igual distancia las veinte y quatro letras del Alfabeto. El Mago de mas reverendas ceñido con un pañuelo, y llevando en la mano alguna cantidad de berbena, comenzó las invocaciones, meneando la cabeza á todos lados, acompañando este gesto con ridículos enfáticos visages. Paróse en fin sobre la fuente, pendiendo sobre ella un anillo que colgaba de un hilo ténue. Asegurase, que al acabar de murmurar sus palabras mágicas, se vió de repente, y á un mismo tiempo moverse el Tripode, menearse el anillo, agitarse insensiblemente, y caer en fin aqui, y alli sobre las letras que parece habia escogido. Las letras que tocaba, saltando de sus lugares, se iban colocando en orden sobre la mesa: de manera, que parecia las juntaba mano invisible. Las dicciones que formaban, contenian las respuestas en verso heroico, que todos leían con igual veneracion, que asombro.

El primer presagio con que les saludó la suerte, fue el de su ruina, previnien-

niendoles que su curiosidad costaria á todos la vida, y que poco tiempo despues, en la Ciudad de Mimas cederia el Emperador la suya á un espantoso genero de muerte. Quisieron saber el nombre del que habia de succederle en el Imperio, y el anillo encantado, comenzando á saltar sobre las letras, juntó estas dos sílabas, The-o; y luego se unió á ellas la letra D. Al ver esto, sin esperar á mas, uno de los circunstantes interrumpió la suerte, y empezó á gritar, que ya estaba entendido el misterio del destino, explicado con tanta claridad á favor de Teodoro, á quien señalaba por succesor de Valente. Aplaudieron todos la exposicion, y sin aguardar á que las letras perfeccionasen la diccion comenzada, se lebantaron repitiendose con recíproca correspondencia mil parabienes. El sumo gozo de lo que esperaban, se hizo señor de todos sus afectos, y borrandoles de la memoria su propia fatalidad, como el deseo anda tan poco camino para representarse la execucion de lo que se finge, todos aguardaban entre el alborozo, y la impaciencia, el cumplimiento del feliz hado con que honraban á Teodoro.

Descubierto asi el negocio en Antioquia,

quia, sabiendo Valente que Teodoro se hallaba entonces en Constantinopla, donde le detenian algunos cuidados domésticos, envió algunas Guardas con orden de prenderle, y conducirle á la Corte con seguridad, lo que se executó sin resistencia. Exâminaronle, y respondió que no habia tenido parte en semejante negociacion; que luego que llegó á sus oídos, habia resuelto pasar su noticia á los del Emperador; mas que lo habia suspendido, porque le aseguraron que todo paraba en una curiosidad innocua, agena de malicia; que á la verdad, el pretender usurpar el Imperio era un delito incapáz de hallar abrigo, ni en su honra, ni en su genio; pero que el esperarle de los hados, cuyas providencias son inevitables, no lo tenia por ilicito, ni por ageno de un corazon leal, y noble; mas que aun con todo eso, no le habia merecido la vanidad de esta esperanza el mas leve pensamiento. Produxeronle algunas cartas, por las quales fue convencido de que no habia admitido la profecía, ó pronostico con tanta indiferencia como ponderaba; pues habia pasado á consultar con sus amigos el tiempo, y los medios de adelantar el cumplimiento de la prediccion.

Hi-

Hizo el Emperador que le cortasen la cabeza, y mandando castigar á todos los cómplices, ordenó que se exterminasen quantos Filósofos hacian decalarada profesion de la Mágia, desde el Imperio de Juliano. Representósele que estaban llenas las prisiones de reos sospechosos, ó convencidos: y que el número daba lugar á la indulgencia; pero recibió con desabrimiento esta representacion, y dió orden de que se hiciese morir á todos indiferentemente, sin formarles causa, ni proceso. Executóse esta cruel sentencia; los inocentes se confundian con los culpados: unos perecian con hierro, otros con fuego, á muchos despedazaban los tormentos; pero sobre todo, los Magos ardian en el fuego de sus propios libros, y no habia en toda la Asia quien osase parecer en la calle con habitos largos, temiendo que el trage les hiciese pasar por Filósofos. No se veía en Antioquia sino sangre, ruínas, y humo, crueldad que hizo tan odioso el nombre del Emperador, que en toda la Ciudad resonaba contra su vida esta imprecacion: Quiera Dios que el mismo Valente se vea algun dia quemado vivo.

Pero lo que se hacia mas deplorable en

en esta calamidad, era que para pronunciar un arresto soberano, sobraba por prueba convincente una sospecha, negandose los Jueces á todo exâmen de causas. Una Dama fue condenada á muerte porque tenia la gracia de curar fiebres malignas, repitiendo ciertas palabras. A otro Señor de la primera grandeza se le confiscaron los bienes porque quiso saber el oroscopo de un hijo suyo. Un Ciudadano rico fue executado, porque entre sus papeles se halló el retrato de un hermano suyo que se llamaba Valente. Quitóse la vida á un mozo, porque experimentando alguna destemplanza en los baños, juzgo que sería buen remedio el aplicarse los dedos succesivamente al estomago, pronunciando otras tantas veces las letras vocales.

Como las pasiones grandes, no solamente son perniciosas, sino ridículas, Valentiniano se persuadió, que podria arruinar á aquel fatal Emperador, pronosticado á medias por el sortilegio, ignorando, ó no creyendo que hai una Providencia superior, y Divina, que se burla de todas las disposiciones humanas, y que un Tirano jamás mató á su succesor. Resolvió, pues, acabar con todos los

los hombres grandes, cuyo nombre comenzaba por las dos sílabas sospechosas; y los hizo buscar con tan solícito desvelo, que muchos se vieron obligados á desamparar su propio nombre, y tomar prestado otro, en que no les saludase el peligro con la invocacion.

Era grande la reputacion de los Teodosios, para poder ocultarse á la suspicacidad de un Príncipe tan cruél, y tan desconfiado. Teodosio el padre se hallaba aun en Africa, donde el Emperador Valentiniano habia juzgado necesaria su presencia para la quietud de la Provincia. Despues de haber apagado el fuego de la rebelion, informó á la Corte de la miseria de aquellos Pueblos, quexandose altamente del Conde Romano, cuya avaricia, é inhumanidad los habia desolado. Hizo castigar á muchos de sus cómplices, y aun pasó á publicar sin recelo las inteligencias de este Gobernador con algunos Ministros interesados, que no negandose á sus liberalidades, disimulaban, ó escondian sus delitos al Emperador. Esta entereza de Teodosio tocó al arma á la aversion de las personas poderosas que estaban al lado del Príncipe, y habian trastornado su política. Ya que ellos se tomaban la libertad

de hacer injusticias, no podian sufrir que otros se la tomasen para remediarlas, ó descubrirlas.

Mientras que vivió Valentiniano, se contentó Valente con fomentar, y entretener por debaxo de cuerda estas desazones; mas apenas murió quando sin pararse en medidas, ni reparos, procuró dominar á sus sobrinos con aquel genero de autoridad con que en otro tiempo le habia dominado á él su mismo hermano. Hizo liga con la Emperatríz Justina, de corazon Arriano, y de genio tan precipitado como el suyo; y supo utilizar tan felizmente la favorable coyuntura de los dos nuevos Reinados, que mezclando los intereses del Estado con los de la Religion, y uniendo las pasiones agenas á las suyas, logró en fin que se hiciese el proceso á Teodosio el padre. Aprisionaronle en Cártago, ó ya le acusasen de haber querido hacerse dueño de la Africa, ó ya le fingiesen otros capitulos, el hecho es que le condenaron á morir en aquellos mismos lugares en que acababa de triunfar.

Viendose Teodosio oprimido por la emulacion, empleó aquellos ultimos pedazos de su gloriosa vida en abrirse camino á otro linage de felicidad, á que no alcan-

zan

zan los malignos esfuerzos de la envidia.

Recibió el Bautismo, que segun el uso reprehensible de aquellos tiempos habia dilatado, y murió inocente delante de Dios, como habia vivido justo, y con gloria delante de los hombres. Hallabase su hijo aún en la Mesia mandando el Egército, amado de los Pueblos, estimado de los Soldados, y temido de los enemigos del Imperio. Juzgó, y no se engañó, que si su padre habia muerto por sus virtudes, su vida no estaba mui segura entre tanta estimacion, y prendas, y despidiendose de los empléos de la Milicia, buscó en España el abrigo de aquella persecucion de Valentiniano, cuya desconfianza no se hallaba en estado de dexar imperfecta alguna crueldad. Aunque el Emperador Graciano se hallaba ya en años que no desdecian del manejo de los negocios, y tuvo noticia de la desgracia de Teodosio, cuyo merito tenia bien conocido; sin embargo no quiso embarazarse en el empeño de su restitucion, y le dexó continuar en su destierro: y ya fuese por no desazonar á su tio, ó porque le faltaba el valor, y animo para reprimir la insolencia de los Ministros, ó porque estos le previnieron con siniestros informes, pintandole al aire de su pasion el es-

tado de las cosas; él en fin abandonó los dos mayores Capitanes del Imperio á la violencia, y á la opresion de sus enemigos. Asi sucede no pocas veces que los mejores Príncipes, por una política cobarde, ó una facilidad, y pereza delinqüente, son de tanto perjuicio al Estado como los mas perversos.

Pasó Teodosio algunos años en España, mirando su retiro como diversion, y desahogo, entregado felízmente al comercio de sus deudos, y amigos, hasta que se rebolvieron de tal suerte los negocios del Imperio, que se vieron obligados á recurrir á él por ultima apelacion, como á quien solo era capáz de restituirles en la posesion de su explendor antiguo. Juzgamonos obligados á referir con alguna extension estas turbaciones, asi para dár una idéa del Imperio de Oriente, y hacer mas inteligible la série de esta historia, como para mostrar los extraordinarios caminos por donde conduxo la providencia el castigo á Valente, y el Imperio á Teodosio.

Entre aquella como inundacion de Pueblos bárbaros, que brotaban del fondo del Septentrion, y se impelían los unos á los otros, hasta los bordes del Danubio, y del Rin, ninguno hubo, ni mas atrevi-

do, ni mas formidable al Imperio Romano que el de los Godos. Habitaban estos en su origen una porcion de aquellas tierras estériles, y salvages, que se estienden entre el Oceano Septentrional, y el mar Báltico. Mal hallados con la habitacion de un País tan inculto, y agitados de su natural fiereza, descendieron hasta las cercanías del Vistula, mas de trescientos años antes del nacimiento de Jesu-Christo. Desde aqui, engrosados con una multitud de Vandalos, á quienes habian vencido, pareciendoles que estaban como encerrados entre tantas estrecheces, entraron en los estados vecinos, y se adelantaron despues hasta la Laguna Meotis, baxo la conducta del Rey Filimer, forzando quanto hallaban en el camino. La resistencia con que se les recibió en este País los obligó á declinar ácia otra parte, y despues de muchos rodeos pararon finalmente en las tierras de los Dacas, y de los Getas, en donde hicieron alguna mansion con reposo, y quietud. El comercio que tubieron aqui con Pueblos mas humanos, y de mas cultura los hizo perder mucha parte de su natural barbárie, y se dividieron en dos naciones con Cabos diferentes, y dignos de gobernarlas. Los que ocuparon las tier-

ras mas Orientales se llamaron Ostrogodos, ó Godos del Oriente, y reconocieron por sus Reyes á los Príncipes de la Casa Real de los Amalas. Los que habitaron ácia el Occidente tomaron el nombre de Visogodos, ó Godos Occidentales, y siguieron á los Príncipes de la antigua Familia de los Baltas.

Estos Bárbaros, entonces separados de los límites del Imperio solo por el Danubio, se arrojaban muchas veces en la Tracia, en la Iliria, y en la Panonia; pero como hacian la guerra con desórden, eran siempre desbaratados, sin que jamás pudiesen hacer algun progreso; mas despues de haber vivido mucho tiempo, ó aliados, ó amigos de los Emperadores, se acostumbraron á la disciplina de los Romanos, y en el egercicio de servirlos aprendieron á vencerlos.

En tiempo de Valente se introduxo entre ellos la division, que vino á parar en una guerra declarada. Dióse una batalla sangrienta, en que Atanarico, Rei de los Ostrogodos, quedó vencedor, y Fritigernes, Rey de los Visigodos, fue vencido. Recurrió éste á la proteccion del Emperador que le envió un socorro mui considerable. Venció con él mútuamente á

Ata-

Atanarico, y en reconocimiento al Emperador, y atencion á tantos Christianos como habian acudido á socorrerle, abrazó la Religion Christiana, y quiso que todos sus Vasallos la siguiesen. No malogró Valente esta ocasion de adelantar la Secta Arriana, segun el voto que habia hecho en su bautismo. Envió á Fritigernes algunas personas obstinadas en la ciega pasion de esta doctrina, que la inspiraron en el Príncipe, y en los súbditos, por la traicion infiel de su Obispo Ulfilas, primer inventor de las letras Goticas, y traductor de la Sagrada Escritura en su lengua, á quien habian ganado los Arrianos en tiempo de sus embaxadas en Constantinopla.

Comenzaban á reunirse estos dos Reyes, y ya no aspiraban mas que á una paz estable, despues de tan crueles, y porfiadas guerras domésticas, y estrañas; quando de repente fueron arruinados el uno, y el otro, viendose obligados á desamparar aquellas tierras, en cuya conquista habian sudado tanta sangre. Un Pueblo ignorado, y escondido hasta entonces entre el rio Tanais, y el mar Helado, salió de su País, y á guisa de un torrente impetuoso inundó todas las Provincias vecinas.

Eran estos los Hunos, gente sin ho-

nestidad, sin justicia, sin Religion, endurecidos en el trabajo desde su niñéz, criados con raíces silvestres, y carne humana, siempre acampados, siempre fugitivos, huyendo de las casas como de sepulcros, errantes por el dia, y durmiendo á cavallo por la noche; acostumbrados á reñir entre sí cada momento, y á reconciliarse cada instante, sin mas razon que la de su natural ligereza, é inconstancia. Su cavallería innumerable, y la quantidad prodigiosa de carros que les seguian cargados con sus mugeres, é hijos; su modo de pelear por pelotones, y aquella suma facilidad en hallarse rehechos, aun sin tener tiempo para pensarse desunidos, la misma figura de estos hombres, de estatura breve; pero membruda, y sólidamente amasada; los semblantes abollados, los ojos pequeños, y las cabezas abultadas; todos estos accidentes se hacian temer de los Pueblos en quienes no habia hecho tanta impresion el barbarismo, y la incultura.

Acometieron primero á los Alanos, y los obligaron á pretender con instancias su amistad. Llevaron sus conquistas hasta mas allá del rio Boristenes, matando, ó destruyendo quanto quiso hacerles resistencia, y se estendieron por las cercanías

de

de la Dacia. Al eco de esta marcha horrible todos los Godos corrieron á las armas. Atanarico, que era á quien amenazaba el riesgo mas de cerca, juntando sus Tropas, se abanzó hasta las riberas del Danubio, para disputar el paso á los enemigos. Entretanto destacó muchas partidas hasta veinte leguas mas allá, para reconocerlos, y traerle noticia de sus fuerzas. Mas sin embargo de estas precauciones, los Hunos se anticiparon á las partidas, y favorecidos de la noche pasaron el rio, parte á nado, y parte vadeandole. Y aunque apenas dexaron tiempo á Atanarico para disponer su gente en orden de batalla, recibió con todo eso con esforzado valor la primera carga; pero viendose casi ahogado con la multitud, se retiró con las pocas Tropas que pudo salvar, y ganando la montaña se atrincheró en ella mientras que los enemigos hacian el gasto de su furor en tierra llana.

Entretanto los Godos, poseídos del temor, y del espanto, se abanzaron todos ácia la ribera del Danubio. Viderico, Rey de los Grotungas, que se hallaba aun en su menor edad, vino á incorporarse con ellos, conducido de Alatéo, y de Safrax, dos excelentes Capitanes. Eran muchos pa-

para mantenerse en un País tan pequeño, y eran pocos para resistir á un enemigo tan grande. En este apuro, enviaron una solemne Embaxada al Emperador Valente, suplicandole con rendimiento se sirviese concederles algunas de sus tierras en la Tracia, donde pudiesen vivir con pacífico sosiego, asegurados en su proteccion, prometiendo servirle con fidelidad, y esfuerzo en las guerras que se le ofreciesen, y aun de guardar ellos mismos las fronteras del Imperio. Exâminóse esta pretension en el Consejo. Los que solo atendian al bien público, fueron de dictamen que no se admitiese la propuesta, y representaron al Emperador, que no se debia confiar de un Pueblo, cuya fidelidad era tan facil, ó tan nimiamente docil, como lo acreditaba en repetidas ocasiones la experiencia, pudiendose recelar, no sin grave fundamento, que empezaria á ser insolente luego que dexase de ser miserable.

Los que deseaban llevar el aire al humor del Príncipe, le representaron que si amaba la gloria, y le merecia algun cuidado el pundonor, debia no negar el abrigo á unos infelices que buscaban asilo en su sagrado: y mas quando admitiendolos á su servicio añadia al cuerpo de sus Tro-

pas

pas. un miembro de tanto bulto; que de esta suerte podia desahogar á las Provincias de las reclutas á que las obligaba por la escaséz de gente: y hacerlas que en recompensa le rindiesen cada año considerables sumas, lo que tendria mas cuenta á sus arcas, y seria menos ingrato á las mismas Provincias. Chocaron estas razones al Emperador, y concediendo á los Godos lo que pretendian, despachó orden á Lupicino, Gobernador de la Tracia, para que los socorriese con viveres, y los admitiese en su Provincia; pero con la condicion de que al entrar habian de arrimar las armas, y nunca traspasarian los límites que se les señalase, enviando tambien á Oriente sus hijos varones para que se criasen en los exercicios de la Milicia Romana.

Salió Lupicino hasta los bordes del Danubio acompañado de Maximo, General de la Infantería. Llegó el Rey Fritigernes con sus Vasallos, y los dos Generales hicieron que se les distribuyesen viveres con abundancia, señalandoles algunas tierras en que exercitasen el cultivo. El rio estaba á la sazon hinchado con una impetuosa creciente, y para vencerla emplearon aquellos Bárbaros muchos dias, y muchas noches. Valente por su parte, como si hubie-

biera echado un candado eterno á la seguridad del Imperio, descuidó enteramente de las Tropas, ni hacia caso de la Milicia Veterana, ni pensaba en levantar otra nueva, y despreciando las reclutas, las conmutó en que se le pagase á razon de ochenta escudos de oro por cada Soldado. Desfallecieron los Exércitos, y se descontentaron los Oficiales.

En el quartel de los Godos empezaban ya á repartirse los viveres con escaséz, reduciendolos la avaricia del Gobernador á comprar el pan, no solo con sus bienes, sino con sus hijos. Toleraron estas extremidades, hasta que abriendoles la boca el hambre, y la desesperacion, comenzaron á murmurar. Aunque Lupicino receló alguna novedad, no por eso la hizo él en su avara conducta, ni cedió un punto de su tirana codicia; contentóse con estár sobre aviso, y para asegurarse en todo lance, mandó que se arrimase ácia esta parte el Exército de la Tracia. Costeaban entonces el Danubio Alatéo, y Safrax, á quienes el Emperador habia excluído del refugio, y viendo que algunos pasos se guardaban con descuido, hicieron pasar tumultuariamente su Caballería. Atanarico, no atreviendose á pedir alguna gracia á

Va-

Valente, de quien sabía que tiempo há le miraba con especial aversion, se arrojó sobre un quartel de los Sarmatas, y se estableció en él á viva fuerza.

Entretanto, el Rey Fritigernes detenia el furor de los Godos, y manejaba con destreza el animo de los Romanos, esperando favorable coyuntura para dár menos arriesgada salida al ímpetu de sus sentimientos. Avisado por sus espias de que Alatéo, y Safrax habian pasado el rio, previendo que podria hacerle al caso su Caballería, se adelantó ácia ellos á pequeñas jornadas, y por caminos escusados para no avivar en la suspicacidad de los Romanos el recelo de alguna inteligencia. En fin, acampó junto á Marcianopolis, donde Lupicino le hospedó en su casa, regalandole con magnificencia. Mientras que estaban á la mesa, entrando algunos Godos por las puertas de la Ciudad para hacer sus provisiones, les negaron el paso los Soldados de la guarnicion: acaloraronse de una, y otra parte, vinieron á las manos, los vecinos tomaron las armas, y todo el Campo de los Godos se amotinó.

Advertido el Gobernador de este desorden, no se movió de su asiento, y como ya el vino le habia hecho de mucha parte

te de la cabeza, dificultandole la expedicion de la lengua, con voz baxa, y con palabras de construccion no mui facil, ordenó que degollasen á toda la comitiva del Rey que le estaba aguardando en una antesala proxima. Este orden no pudo executarse con tanto secreto que Fritigernes no entrase en algun recelo, desengañandose, en fin, quando oyó los alaridos de los que eran degollados. Levantóse al punto de la mesa, y sin dar tiempo á que el Gobernador tomase alguna providencia, salió de la Ciudad con pretexto de sosegar el tumulto, y castigar á los sediciosos. Apenas se vió fuera del peligro quando montó á caballo, y corriendo por todas partes animó los Pueblos á la venganza. En poco tiempo se sublevó toda la nacion, y Valente vió armados contra sí como enemigos los que antes hospedaba como aliados.

Arrasaron la campaña, y entraron á sangre, y fuego muchas Ciudades. Dexóles Fritigernes desahogar aquella primera rabia: y ordenandolos despues lo mejor que le fue posible, los reduxo á que siguiesen los Estandartes marchando con disciplina. Lupicino de su parte convocó las Tropas, y pareciendole que era desper-

di-

diciar el cuidado emplearle en aquel tumulto, se persuadió, que solo con dexarse ver se disiparia la tempestad, pero mintióle su vana imaginacion: porque arrojandose sobre él, y sobre su Exército aquella muchedumbre de Bárbaros sin orden, y aun sin armas, le obligaron á desamparar el campo con afrenta huyendo á toda brida. Los Godos, negandose á dár quartel sino á mui pocos, habiendo despedazado á la mayor parte de los Soldados, y Oficiales, apoderandose de sus armas, y vestidos, pillaron impunemente toda la Tracia. Los Esclavos, que habian sacrificado al hambre, vendiendolos á precio de pan, rompieron las cadenas, y acudieron de todas partes. Incorporóseles tambien una tropa de mal contentos, que les dieron noticia de los lugares en que podia cebarse la codicia, y guarecerse con seguridad. Por este mismo tiempo, los vecinos de Andrinopoli arrojaron de la Ciudad con ignominia á un Regimiento de Godos que alojaban en ella, sin embargo de no haber intervenido en la sedicion, ni violada la fé jurada al Imperio.

Indignados los Bárbaros de semejante tratamiento, pidieron socorro á sus compañeros, y sitiaron á Andrinopoli. Dieron-

ronla muchos asaltos, pero siempre fueron rechazados. Viendo Fritigernes que se consumian con poco util en este sitio, les dió á entender que se debia pelear con hombres, y no con murallas, que importaba poco tomar una Ciudad quando se podian ganar muchas Provincias, especialmente siendo la gloria mayor, el butin mas, y el riesgo menos. Siguieron las Tropas el consejo del Rey, levantaron el sitio, y se estendieron por la Tracia, la Mesia, y la Panonia.

El Emperador Valente estaba entonces en Antioquia, empeñando toda su atencion, por sugestion de algunos Obispos Arrianos, y de la Emperatriz Justina en perseguir, y exterminar á los Católicos. A unos arrancaban la vida los tormentos, y otros consagraban con sus cuerpos las aguas del Oronte. Los Prelados mas Santos eran desterrados de sus Iglesias, y como si á la sangrienta voracidad del hierro, y fuego le faltase materia en los poblados, buscaba cebo en los desiertos, penetrando hasta los mas obscuros senos de la Lybia. Esta impiedad disonó á la impiedad misma, y excitó la compasion de los Paganos. El Filosofo Temistio fue á ver al Emperador, y con des-

em-

embarazada entereza le acriminó su crueldad, diciendole; que no tenia razon para perseguir á la inocencia; que no era delito el pensar á otro aire diferente del que él pensaba; que no debia estrañar esta variedad de opiniones; que entre los Gentiles habia sin comparacion mas diferencia de opiniones que entre los Christianos; que todos daban en la verdad por alguna parte, y que Dios habia querido confundir el orgullo humano, haciendo el conocimiento de su sér mas respetable, quanto le recateaba menos accesible. Hizo eco en el pecho del Emperador este discurso, y dandose por convencida la razon, disminuyó en parte aquel falso zelo, que le ocupaba enteramente. Casi al mismo tiempo recibió la noticia de la sublevacion de Fritigernes, la rota de Lupicino, y la desolacion de las Provincias. Reconoció entonces los yerros que habia cometido, y arrepintiendose, aunque con dolor ingrato, resolvió vengar la desconocida infidelidad de los Godos, echandose sobre ellos con todas las fuerzas del Imperio.

Llenóle de inquietud este negocio pórque le halló con muchos enemigos en los brazos. Los que le daban mas cuidado eran los Sarracenos. Habian estos perdido á su

Rey poco tiempo antes, y su muger la Reyna Mauviasa se habia encargado de la Regencia. Sin embargo de la alianza que tenia con los Romanos, empezaron estos á inquietar sus dominios, pareciendoles que donde gobernaba una muger podian correr sin sobresalto los insultos; quexóse la Reyna de este proceder, y no pudo lograr la menor satisfaccion. Hizo su oficio la cólera justamente irritada: rompió la alianza que su marido habia formado con el Imperio, salió en campaña con un poderoso Exército, y arrasó la Palestina, la Fenicia, y aquella porcion de Egypto que se estiende entre el Nilo, y el mar Bermejo. Varias veces la salió al encuentro el Gobernador de Fenicia para disputarla el paso con la resistencia; pero siempre quedó vencido con pérdida de la mejor parte de sus Tropas. Viòse precisado á recurrir al Conde Victor, General de los Exércitos de Oriente. Avanzóse éste con un grueso cuerpo de Caballería, y de Infantería, y haciendo burla del Gobernador, que acababa de juntarsele, motejando su cobardía, le mandó que se detubiese sin pasar mas adelante, dexandole á él enteramente el honor de una victoria que no habia sabido conseguir. Con esta orgullosa confian-

fianza, dió vista al campo enemigo, presentó la batalla, fue acetada, dióse, y la perdió: desbaratado todo su Exército, él mismo pereceria si el Gobernador no hubiera volado á socorrerle favoreciendo su huida. Con esta victoria se vió la Reyna en estado de adelantar quanto quisiera sus conquistas sin que hubiese enemigo capáz de hacerla oposicion.

Al mismo tiempo pretendian los Persas que el Emperador abandonase la Armenia, siendo el derecho á su dominio un eterno poderoso cebo con que se alimentaba el incendio de la guerra entre las dos naciones. El Emperador defendia sus derechos, y alegandose varias interpretaciones de los ultimos tratados, despues de muchas Embaxadas de una, y otra parte, se resolvió que decidiesen las armas, lo que no podia sentenciar sin quexa el Tribunal de la negociacion. Mandó el Rey Sapor á su General que se apoderase de algunas Plazas mientras se disponia él mismo para salir en persona, á la frente de un formidable Exército, luego que el tiempo se empezase á desahogar por la Primavera.

No alteraban menos al cuerpo del Imperio los humores de adentro que los accidentes de afuera. Cansadas las Provin-

cias de la tiranía de los Gobernadores, y de la persecucion que padecian los Católicos, tenian ya casi las armas en las manos para sublevarse. Temió Valente ser ahogado en tanta inundacion, y despachó repetidas postas á Graciano, pidiendole socorro á toda priesa. Procuró satisfacer á los Persas, y desagraviar á los Sarracenos para no tener mas enemigos que los Godos, y no debilitar las fuerzas con la division.

Con este pensamiento, ordenó al Conde Victor que se presentase á la Reyna Mauviasa, y concluyese la paz remitiendo á su arbitrio todas las condiciones. La negociacion fue mas felíz que la guerra, porque la Reyna, tan circunspecta en la prudencia, como esforzada en el valor, detubo el curso de sus victorias, y juzgó que bastaba para la reputacion de sus armas el haber puesto al Emperador en parage de temerlas. Victor por su lado supo manejar con tanta destreza el animo de esta Princesa, yá ensalzando con discretos elogios sus grandes qualidades, yá gloriandose de que le hubiese vencido, que en pocos dias logró, no solo la conclusion de la paz, sino tambien que la Reyna le honrase con el matrimonio de su hija. Con to-

todo eso, como poseía un ardiente fervoroso zelo por la Religion Christiana, que pocos dias antes habia sinceramente abrazado, no quiso formar las capitulaciones hasta que el Emperador se obligase á darla para Obispo á un Vasallo suyo que se llamaba Moysés, Varon de vida notoriamente exemplar, que santificaba las soledades de Egypto. Pareció mui justificada la condicion, y casi al mismo tiempo se concluyó, y se executó el tratado.

Fenecido con tanta felicidad este negocio, se dió orden á Victor para que pasase á Persia, y terminase en la mejor forma las diferencias de las dos Coronas, conduciendo de buelta las Legiones que acampaban en Armenia. El Emperador cedió mucho de sus pretensiones, y consintió en un acuerdo ignominioso si la necesidad no le hiciera tolerable. Parecióle que el tiempo abriria camino á la infraccion del tratado, y que por entonces debia no reparar mucho en lo que apuraba menos. Solo restaba la satisfaccion de los Pueblos: logróla ésta con facilidad, haciendo bolver de sus destierros á los Obispos, y dexando que cada uno viviese libremente en el exercicio de su Religion sin inquietar á nadie sobre este particular.

Hecho esto, juzgó Valente que ya respiraban feliz aura sus negocios. Disponiase para salir de Antioquia, quando supo, que Trajano, General del Exército de Armenia, habia combatido con los Godos en la Tracia que los habia roto, y rechazado hasta las fauces del monte Hemo, donde ganandoles los desfiladeros, los habia tenido como encerrados; pero que animandoles el hambre, y la desesperacion á esfuerzos extraordinarios, se habia visto precisado á retirarse con orden dexandoles libre el paso. Poco tiempo despues tubo noticia cierta, de que Ricomer, Príncipe Francés, enviado de Occidente con Tropas auxiliares, se habia unido á Trajano; que los dos Capitanes se habian arrimado al campo de los Godos con resolucion de forzarles, si fuese posible, en sus mismas trincheras, ó con animo de dár sobre la retaguardia si decampaban con la confusion, y el desorden que solian; que despues de haberse observado mútuamente los dos campos por mucho tiempo, habian, en fin, venido á las manos; que el combate habia empezado con el Sol, y acabado con el dia; pero que Trajano, reconociendo excedido el valor de los Romanos por el numero de los

los Godos, se habia retirado con honra, y reputacion: y Ricomer habia buelto á Occidente para traer un socorro mas considerable.

Desazonó esta noticia al Emperador, y mas quando supo que la expedicion habia costado la vida á muchos Oficiales, y que los Godos corrian sin oposicion hasta los arrabales de Constantinopla. Envió un cuerpo de Caballería á Trajano para que pudiese mantener la campaña á menos costa lo restante del Otoño.

Entretanto, con la generosa impaciencia que tenia Graciano de volar en socorro de su tio, mandó pasar la mayor parte de su Exército á la Iliria, previniendose *él* mismo á marchar en lo mas duro del Invierno para hallarse en Oriente al abrirse la proxima campaña. Dexaba el Gobierno, y custodia de las Gaulas á Merobaudo, Rey de los Franceses: y reconociendo que las suertes de los Príncipes obedecen el arbitrio del que solo sabe ser, y es Monarca supremo, y que las victorias deben esperarse, no tanto del esfuerzo de las armas, quanto de la eficacia de la piedad, habia suplicado á San Ambrosio, que le compusiese un breve tratado de la verdadera Fé, con cuya leccion pudiese di-

vertir sin sobresalto, ni del gusto, ni de la razon los desabrimientos del camino.

Pero estando ya á punto de montar á caballo, noticiosos los Alemanes de su partida, queriendo aprovecharse de su ausencia, vencieron el Rin, favorecidos del hielo, ácia la mitad de Febrero, y empezaron á molestar con correrias las tierras del Imperio. No se acobardó este Joven Emperador aunque vió sobre si, y en semejantes circunstancias un enemigo, en cuyos Estandartes se alistaban mas de quarenta mil hombres.

Hizo marchar las Tropas que habia retenido en las Gaulas, y mandó que diesen la buelta con diligencia, las que, por su orden, caminaban á la Panonia. Pusose á la frente de todas ellas, y encontrando á los enemigos en las vecindades de Straburgo, los cargó con tanta felicidad que los deshizo enteramente. Treinta y cinco mil quedaron en el campo, y todos los Cabos hicieron con su muerte las exequias al cadaver de su Rey, que tambien dexó la vida. Persiguió á los fugitivos hasta la maleza de los bosques, y la fragosa dificultad de las montañas, poniendo à la nacion en tal estrecho, que la obligó á pedirle la paz humildemente, entregandole como

en

en rehenes toda su juventud, con la qual reforzó su Exército Graciano. Concluida esta expedicion, dando las ordenes que le parecieron necesarias: marchó á largas jornadas á la Panonia, sin embargo de sentir actualmente los rigores de una quartana, cuya sobra de molestia recompensaba la falta de malignidad.

Valente, por su parte, caminaba con perezosa lentitud á Constantinopla, cargando de ordenes, é instrucciones á sus Oficiales Generales, que, ó encontraba, ó le salian al camino. Entre estos ultimos, le salió á recibir Trajano, para informarle del estado en que se hallaban las Tropas, cuyo gobierno, y conducta estaba á cargo de su cuidado. Indignóse el Emperador luego que le vió delante, y culpandole la pérdida de la ultima batalla, cargó esta desgracia á la falta de su prudencia, ó á la sobra de su cobardía. Oyó Trajano este desaire de su valor, y entendimiento, con una serenidad que pudiera parecer insensible en otro que deseára mas entendimiento, y mas valor: y como su gran piedad era siempre el alma de sus acciones, siendolo en esta ocasion de sus palabras, le respondió con christiano desembarazo: Señor, si nosotros no vencemos, es porque

que Vos nos arrancais de las manos las victorias; Vos haceis la guerra al mismo Dios, y Dios asiste á los Bárbaros que os la hacen á Vos; su Magestad es el que dá la victoria á los que combaten en su nombre, y el que la quita á los que se declaran enemigos suyos; facilmente reconocereis que os habeis declarado tal, si haceis reflexion, á quiénes son los Obispos que habeis arrojado violentamente de sus Iglesias, y quiénes son los que habeis substituído en su lugar. Ofendido el Emperador de este discurso iba á arrebatarse; pero Arintéo, y Victor, Generales de su Exército, le sosegaron, haciendole vér que habia herido mui sensiblemente á un hombre de corazon, y de honra; que el zelo de la Religion le habia puesto en la lengua las palabras sin dexar libre la discrecion para corregirlas; que debia disimular una representacion, en que si habia algun exceso, era el de la verdad. Serenóse algo Valente, y se contentó con desposeer á Trajano del cargo de Coronél de Infantería, que habia exercido con mucha reputacion.

Entró, en fin, el Emperador en Constantinopla ácia los fines de Mayo con una parte de su Exército. Los Godos nada desalentados; proseguian sin novedad en arri-

rimarse hasta las puertas de la Corte destruyendo, y asolando como antes la campaña. El se contentaba con mantenerse encerrado sin hacer algun esfuerzo; yá fuese porque no osaba emprehender cosa de conseqüencia hasta recibir noticia de Graciano, yá porque queria castigar aquella Ciudad, á quien miraba con ódio desde que se arrimó contra él al partido de Procopio: y agradecido á la ocasion se complacía, viendo que sin envidia de su fama contribuían á su indignacion los Soldados que la consumian por adentro, y los Bárbaros que la desolaban por afuera. Comenzabase ya á murmurar de esta conducta, y se decia francamente, que el Emperador por oculta inteligencia iba á una con los Bárbaros, á cuyo furor abandonaba sus Vasallos. Tomó esta voz tanto cuerpo, que un dia asistiendo Valente al curso de los caballos, empezó el Pueblo á tumultuar de todas partes, y con una sediciosa mofa, y gritería clamaban todos: Ea vengan las armas, que nosotros saldrémos á campaña mientras Valente goza las diversiones del circo. Y él irritado con estas voces, salió de la Ciudad vomitando saña, y fulminando amenazas de que despues de la guerra bolveria á arrasarla hasta los fundamentos. Re-

Retiróse á Melantias, casa de placer de los Emperadores, distante algunas millas de Constantinopla. Aqui hacia reseña de su gente quando recibió cartas de Graciano, en que le daba aviso de la rota de los Alemanes, y le aseguraba que mui en breve se juntaria á él con su Exército, y armas victoriosas. Y con efecto, estaba ya en marcha con su Caballería, viniendo á esperar en Sirmio la Infantería, y el bagaje. Por otro lado el Conde Sebastian, que con dos mil hombres escogidos mantenia la campaña, despues de haber sorprehendido diferentes partidas de los enemigos habia hecho una gran carnicería de Godos en las cercanías de Andrinópoli.

Entretanto el Rey Fritigernes, pareciendole que toda aquella tempestad se habia de resolver en una sangrienta batalla, hizo cesar el pillage, y mandó á su gente derramada por la campaña, que viniese á incorporarse con el grueso del Exército, asi para cubrirla contra las emboscadas de los Romanos, como para acostumbrarla á la disciplina del campo. Despachó varios correos á Alatéo, y á Safrax, suplicandoles, que sin perder tiempo, viniesen á juntarsele con su Caballería. No acampaba ya sino en campiñas dilatadas,

y

y vecinas á poblaciones de cuerpo para evitar las sorpresas, y prevenirse contra la carestía de víveres. Luego que entendió que el Emperador se acercaba toçó á retirar como quien miraba con respeto las Aguilas Imperiales, y huía el cuerpo al combate, y supo cubrir su marcha con tanta destreza, y disimulo, dividiendo su Exército en muchos cuerpos diferentes, que los Corredores enemigos solo pudieron reconocer una parte. Habia destacado algunos batallones para ocupar los puestos ventajosos, y faltó poco para cortar las vituallas á los Romanos. En fin, él se portaba en todo con tan advertida prudencia, y madura circunspeccion, que se podia decir que Fritigernes era el Emperador Romano, y Valente el Príncipe bárbaro.

Luego que el Emperador llegó á Andrinópoli, los Corredores que se habian adelantado á reconocer el campo enemigo, le aseguraron que los Godos no pasaban de diez mil hombres, que se habian retirado con un desorden, en que andaba bien descubierto su miedo, y cobardía, y que no osaban parecer fuera de sus trincheras. Juzgó entonces que ya era agraviarle el dudar de la victoria. Al mismo tiem-

tiempo llegó de Sirmio Ricomer para avisarle que ya marchaba Graciano, y llegaría dentro de pocos dias. Escribía este Príncipe á su tio, y con las expresiones mas significativas ácia el respeto, y el cuidado, le suplicaba que se sirviese esperarle, y se dignase permitirle dividir con él, si no la gloria, á lo menos las fatigas, y los riesgos de esta guerra.

Valente juntó su Consejo, y puso el negocio en deliberacion. Victor, General de la Caballería, fue de dictamen que no se precipitasen las cosas, y representó: que las fuerzas del enemigo eran de mas robustéz de lo que se presumía; que aun quando fuesen tan débiles como se pensaba, podia sin dificultad añadirselas mucho vigor, con la union de una infinidad de Bárbaros que inundaban la campaña; que tenian un Cabo que no acertaba á dormirse, y no necesitaba de quien le enseñase á tomar bien su partido; que era empeño desmedido para las fuerzas solas del Oriente el forzarlos en sus trincheras, ó vencerlos en batalla campal; pero que si se esperaba el socorro de las Gaulas era seguro el vencimiento, é inevitable su rota. Añadió, que no podia menos de darse por agraviada la Magestad de un Empe-

ra-

rador que venia en persona á socorrerlos, de que se diese la batalla sin su asistencia, quando sobre no tocar al arma especial apuro casi se dexaban ya ver sus Estandartes. Estubieron á este sentir los primeros Oficiales del Exército.

El Conde Sebastian defendia por el contrario, que cortando plazos, y evitando dilaciones, se debia dar prontamente la batalla. Era este un gran Capitan que poco antes habia llegado de las Cortes de Occidente, donde no habia podido acomodarse al humor de los Ministros. Habia succedido á Trajano en el mando de la Infantería desde que su desgracia le habia desposeído de este empleo; y deseaba mostrar que no era inferior al cargo, acreditando su valor, é introduciendo su aprecio en el animo del Príncipe. Mientras que reconoció en Valente declarada la irresolucion, y dominante la cobardía, le aconsejó, que retirado en Constantinopla, se defendiese de los enemigos con el Exército, y con las murallas; pero apenas descubrió en su animo algun asomo de valentía, dexandose conocer unos floxos deseos de pelear, quando esforzó su inclinacion, y le animó al combate, representandole á los Bárbaros, segun los colores

que

que le prestaba su idéa, desmayados con tan repetidas pérdidas, acometidos del miedo, y de la turbacion, enemigos que divertian ácia sí no pequeña parte de su esfuerzo; y en fin, incapaces de acometer con todo el vigor unido, porque era poco menos que imposible recoger el derramado. Todos los Señores de edad, y de experiencia moza asi de la Corte, como del Exército se arrimaron á este sentir, y todos se movieron por lisonjear, unos al Emperador, y otros á su gloria. Ni faltaron algunos, que haciendo lugar á una especie de pundonor mui parecida á la envidia, comenzaron á clamar, que nunca sufrirían que otros viniesen á sustituirles, ni en el riesgo de pelear, ni en la gloria de vencer. Valente, que por una parte miraba como segura la victoria, y por otra reprimía mal los celos con que veía crecer hasta lo sumo la reputacion de su sobrino, siguió el consejo que se acomodaba mas á su pasion, y resolvió acometer á los Godos sin esperar á Graciano.

Fritigernes por su parte mui persuadido á que habia de disputar con todo el esfuerzo de dos Emperadores si no apresuraba la conclusion del negocio, determinó adelantar ésta, ó precipitar á Valente. Con

es-

este pensamiento, despachó Embaxadores que le pidiesen la paz, proponiendole condiciones que no desdixesen de la razon, sin olvidarse de los términos que mas se acomodasen á la humildad, y al respeto. Tenia esta instruccion mucha parte de artificio, pues añadiendo con ella, ó mas color, ó mas justicia á su causa, lograba que Valente achacase aquel exceso de sumision á falta de fuerzas, creyendo que rogaba con la paz porque no podia mantener la guerra; y fingiendose un enemigo desmayado, le diese por vencido, y él mismo pereciese en su misma confianza. Fióse el secreto de la Embaxada al Obispo Ulfilas, que pasó con diligencia al campo de Andrinópolis, y recibido con los honores debidos á su caracter, fue luego introducido á la primera audiencia. Entregó en público unas cartas, en las quales el Rey su amo, en nombre de todos sus Vasallos, suplicaba al Emperador que le dexase vivir en paz, sin alterar el sosiego de una nacion infelíz, errante por todo el mundo, y desterrada de todas partes, á quien habia puesto las armas en las manos la desesperacion de una injusta extremidad, que estaba dispuesta á arrojarlas de sí con igual

violencia en el impulso á la que habia padecido en la voluntad al tomarlas, que en adelante solo pensaría en vivir sirviendo al Emperador, y cultivando las tierras de la Tracia, cuya poblacion debia á su magnificencia.

Tenia orden este Prelado de pedir una Audiencia secreta, y entregar al Emperador en mano propia otra segunda carta, en caso que el despacho de la primera saliese menos airoso. Escribía Fritigernes á Valente, que él estaba resuelto á ser su amigo, y aliado, y que para este efecto procuraba desmontar la incultura de los Godos reduciendolos á razon; pero que su barbárie, ó su presuncion, ó todo junto les hacia mirar como imposible un valor que tuviese osadía para irritarlos con la provocacion, que no tenia mas que hacerles palpable esta osadía dexandose ver con su Egército ordenado, y vería todo su orgullo abatido, postrada la presuncion, y mal equivocado el temor con el respeto á la presencia de un Emperador.

Estos Embaxadores fueron despachados sin darseles respuesta positiva, y Valente concibió tanta impaciencia de dar la batalla, quanta era el ansia con que (segun él imaginaba) pretendian los Godos evi-

evitarla. Apresuró las disposiciones, y al despuntar el dia siguiente nueve de Agosto salió de Andrinópolis, dexando en ella todo el equipage, porque no tropezase en este embarazo la diligencia de la marcha. Acia el mediodia dió vista á los enemigos, y dispuso en batalla su Egército, sin reparar que estaban mal convalecidas sus fuerzas, acabando de vencer en la jornada doce millas, en el camino muchas dificultades, y un torrente de calor en la estacion abrasada que respiraba fuego.

El Rey de los Godos despachó al punto segundos Diputados al Emperador, convidandole con nuevas proposiciones de paz. Era prudente, y circunspecto, y mirando con susto las contingencias de una batalla, queria disminuir la casualidad del buen suceso, ganando tiempo á todo trance, para que añadiese considerable robustéz á sus fuerzas la Caballería que esperaba. Entretanto visitó su campo, dió las ordenes que le parecieron necesarias á los Capitanes, y defendió su Egército con una trinchera que hizo formar de los carros del bagaje. Mandó encender por todo el campo hogueras mui crecidas, para que los Romanos encendidos, y aun sofocados con la agitacion del camino, y ardor

del tiempo, hallasen el desmayo en la misma respiracion. Al mismo tiempo recibió aviso de que el Emperador habia despedido con desprecio á sus Diputados, no queriendo tratar sino con los principales personages de la nacion. Envióle á decir, que él mismo iría á buscarle, con tal que quisiese afianzar su seguridad con la entrega de algunos Señores de su Corte. Esta negociacion hizo una especie de tregua que duró dos horas, tiempo que bastó para que Alatéo, y Safrax llegasen con su Caballería, y formasen menos accesible, ó mas formidable la frente de los Godos con el grueso de dos corpulentos Esquadrones.

Aceptóse en el Consejo del Emperador la proposicion de Fritigernes, y ya se deliberaba sobre la eleccion de rehenes, quando un improviso accidente empeñó sin pensar á los dos campos en el riesgo de la batalla. Bacurio, General de los Iberianos, que cerraba por la punta el ala derecha, reconociendo en el campo de los enemigos un grueso de Caballería compuesta de Hunos, y de Alanos, se destacó sin esperar orden, y fue á cargarla con todo el ímpetu de su gente. Recibieronle los Bárbaros sin señas de sobresalto, y

con

con valerosa animosidad le rechazaron con gran pérdida de los suyos. Tocóse al arma de una, y otra parte. Abanzaronse algunos Esquadrones para cubrir á los Iberianos; pero Alatéo dió sobre ellos tan oportunamente, que haciendo piezas quanto le hizo resistencia, pasó á lo restante, y cargo con tan desesperada resolucion, que desbarató Caballería, é Infantería, y desordenó toda el ala derecha sin que pudiese bolver á rehacerse.

Entretanto Fritigernes salió á batalla con una parte de sus Tropas, y arremetió furiosamente al cuerpo izquierdo, donde peleaban las Legiones que encendia el corage mas que gobernaba la prudencia del Conde Sebastian, y animaba la presencia del Emperador. Unos, y otros combatieron con la mayor valentía; pero en fin flaquearon los Godos; y yá fuese porque realmente desmayaron sus fuerzas con el ímpetu de los enemigos, ó porque artificiosa su sagacidad, quiso arrimarlos ácia su campo, para alejarles de la seguridad, dificultando la huída, retrocedieron hasta las trincheras de los carros. Aqui bolvieron á hacer frente, como que revivía mas valeroso el aliento con el aumento de nuevas fuerzas. Socorrieronse

los Romanos de todo su corage, empeñando quantos esfuerzos cupieron en el valor para mantener las ventajas que habian conseguido ; pero acometiendoles por una parte varias Compañias de Archeros que guardaban el campo, cargandoles por otra la gente de Alatéo, que acababa de dar alcance, y desbaratar la Caballería, y cercandoles por todas una casi inmensa avenida de Bárbaros ensangrentados, obrando en ellos la desesperacion, solo pensaron en no envilecer el precio de su sangre, vendiendo sus vidas con estimacion, y á mucho coste.

Despues de haber peleado por algun tiempo á distancia proporcionada, y á tiro de flecha hasta que se agotaron los dardos, vinieron á las hachas, y á las espadas. Conforme iba ganando terreno el enemigo se iban cerrando los Esquadrones Romanos, hasta que desangrada toda la fuerza, y ahogados con el numero fue destrozada la mayor parte. El Conde Sebastian, Coronél de la Infantería, Valeriano Escudero mayor del Imperio, Equicio deudo mui cercano del Emperador, y primer Mayordomo de su Palacio, mas de treinta y cinco Tribunos, y una infinidad de otros Oficiales quedaron en el campo. Viendo el

el Emperador este desorden, peleaba igualmente desordenado, y confuso con su resolucion. Dos Compañias de sus Guardias le cubrian con sus Rodelas. Trajano con la mayor parte de los voluntarios habia venido á combatir cerca de su persona, y esforzando la voz gritaba por socorro; pero el asombro, y la turbacion se habian hecho dueños de todas las atenciones. Los Batavos, de que se componia el cuerpo de reserva, habian dado las espaldas al peligro, y la frente á la cobardía. Victor, y Ricomer desperdiciaron su fatiga en juntar las Tropas que comandaban, pudiendo mas el miedo para desordenarlas que su autoridad, y su exemplo para unirlas. En esta confusion, sobreviniendo la noche, aconsejó Trajano al Emperador que se salvase al abrigo de su obscuridad, y sosteniendo él solo todo el ímpetu de los enemigos, recibió muchas heridas, y dió generosamente la vida por su Patria, por un Príncipe, que poco antes se habia anticipado á hacer mas noble esta fidelidad, quando le desautorizó llenandole de ultrages.

Mezclóse Valente para encubrir mas su fuga entre los Soldados que le enseñaban á huir, ó aprendian de su exemplo. Ade-

lantaba poco, porque el horror de las tinieblas, la segunda noche de su turbacion, y los crecidos montes de cadáveres que anegaban, y oprimian la campaña, le hacian tropezar muchos sustos en cada paso. Para infausta corona de su infelicidad, recibió un flechazo por algunos Bárbaros errantes que á golpes perdidos infestaban el terreno, disparando ácia todas partes donde el movimiento, ó el ruido llamaba la crueldad. Cayó derribado del caballo, y algunos de sus domésticos le conduxeron á una casa de campo que hallaron en el camino. Apenas se habia recogido la sangre, y aplicado las pinzas al reconocimiento de la herida, quando una Tropa de Godos desmandados cercó la casa con designio de pillarla. Procuraron forzar las puertas; pero hallando oposicion, renunciaron una empresa en que podia quedar desairado su empeño, sin esperanza de que lograse especial util la codicia. Sin embargo, por no dexar sin castigo la resistencia de los que la defendian, la aplicaron fuego á todos quatro cantones, y haciendo escolta á las llamas, hasta que ellas mismas asegurasen su cebo con la propia voracidad, caminaron adelante.

Aqui

Aqui fue donde Valente, entre las angustias de un dolor desesperado, y los latidos de una conciencia infelíz, murió en manos del incendio el dia nueve de Agosto el año catorce de su reinado, y el cincuenta de su edad. Supieron los Bárbaros su muerte por uno de sus domésticos, á quien habian perdonado las llamas, y lamentaron su desgracia, que habia dexado consumir en estas la ocasion de hacer prisionero á un Emperador, y de saciar su avaricia en sus despojos. Tal fue el fin deplorable de Valente. siguióle la desgracia de los malos Príncipes, vivió aborrecido, y murió sin ser llorado.

Refiere la historia, que despues de la batalla de Canas, esta fue la mayor pérdida que hicieron los Romanos. Quedaron en el campo mas de dos tercios del Egército, lo restante esparcido; y derramado se refugió en las poblaciones vecinas. El Conde Victor, y Ricomer corrieron, ó volaron al quartel del Emperador Graciano para llevarle la funesta noticia de esta rota, y embarazar que se avecindase mas á otro riesgo semejante. Entretanto los Godos no pensaban mas que en recoger, ó amontonar tumultuariamente el fruto de su victoria; destruyendo, y aso-

asolando las Provincias que ya juzgaban obedientes al yugo de su crueldad. Penetrado Graciano de la pérdida de la batalla, y de la muerte de su tio que supo á un mismo tiempo, dudó si continuaría la marcha, ó bolvería ácia atrás aguardando mejor ocasion para el desagravio. Los Godos eran muchos, y poderosos, añadiendoles nueva fortaleza el orgullo: sus Tropas pocas, y abatidas con el rumor de la desgracia, entrando el susto á la parte de la cobardía; si perdia la victoria perdia el Imperio. Estas razones le retiraron á Sirmio hasta unir mas fuerzas al cuerpo de su gente, ó ver debilitadas las de los Bárbaros, quando con el ardor del pillage comenzasen á pelear entre sí mismos.

Reposaba mientras tanto, retirado á solas con su imaginacion, y su memoria, las circunstancias de esta guerra, la ceguedad de la Corte, que habia dado al estado por defensores los que tenian mal curadas las heridas que habian recibido por enemigos, la imprudencia del Emperador, que reñida con los consejos medios, siempre los habia, ó temido, ó despreciado con exceso, la funesta desdicha de este Príncipe, que acababa de experimentar, la infiel crueldad de aquellos, á quie-

quienes habia enseñado a ser crueles, y á corromper la mas Sacrosanta Fé. Hacía reflexîon á lo que poco antes le habia escrito San Ambrosio. Que la sangre de tantos Mártires, y el destierro de tantos Obispos perseguídos eran la verdadera causa de las turbaciones del Imperio; que los Príncipes no podian asegurarse de la fidelidad de los hombres mientras ellos mismos se declaraban infieles á Dios; que el sublevarse una nacion Arriana contra un Emperador Arriano, era efecto de la Divina Justicia, que para castigar la impiedad echaba mano de la impiedad misma.

Para curar estos desordenes, y hacer que el Cielo se declarase en su favor, publicó un Edicto en que mandaba se restituyesen á sus Iglesias los Obispos desterrados por la Religion; ordenó á Sapór, uno de sus Generales, que pasase á Oriente á dar en todo él pronta execucion á este Decreto, arrojando á los falsos Obispos de las Sillas que habian profanado, y no sufriendo en ellas sino á los que hiciesen pública profesion de la Fé del Papa Dámaso. Sin embargo, pareciendole que debia por algun tiempo acomodarse al humor del Pueblo, y fiar las riendas de la piedad al arbitrio de la dulzura, dexó libre á ca-

cada uno el exercicio de su Religion, y solo interdixo las juntas públicas de ciertas Sectas ridículas, ó escandalosas que por lo uno, y por lo otro merecian esta excepcion.

Desahogada asi la Iglesia, y puesta en parage de respirar algo de la opresion en que gemía, llamaban juntamente ácia á sí toda la atencion los medios con que se habia de procurar que convaleciese el Estado. Habia muerto Valente sin dexar succesion, y Valentiniano, Joven de edad mui tierna, aunque poseía el título, y qualidad de Emperador no tenia por sus pocos años la capacidad necesaria para exercer los empleos de la Diadema: con que todo el peso del Imperio descansaba en los hombros de Graciano. Veía á los Godos triunfantes, y victoriosos en la Tracia, y no dexaba de conocer que otras Naciones bárbaras encendidas con el exemplo se preparaban á hacer irrupcion en las tierras del Imperio. Reconocia que él solo no era igual á tanta carga, y no sabía en qué parte se haría sentir mas la falta de su presencia. Con este pensamiento buscaba un hombre capáz de mandar en el Oriente, y hacer que no se echase alli menos la falta de su persona. Puso los ojos en Teodosio,

cu-

cuyo valor, y prudencia tenia bien sondado su conocimiento con mucha anticipacion, y (no se sabe, si ya con resolucion de asociarle en el Imperio, ó por entonces, con solo el pensamiento de entregarle el bastón de todo el Egército) le escribió, mandandole que sin dilacion viniese á Sirmio.

Hallábase á la sazon Teodosio en España, á donde como ya llevamos referido, le habia retirado la injusta persecucion de Valente, y la declarada emulacion de sus Ministros, á quienes se hacia insufrible su merito, y su reputacion. Pasaba la vida en su retiro, sin que le mereciesen una quexa, ni los Emperadores, ni su fortuna. Habitaba ya en el poblado entre sus Conciudadanos, acomodando las diferencias de unos, socorriendo las necesidades de estos, obligando á todos, y prefiriendo á ninguno: ya en la campaña cultivando él mismo los Jardines, entregado suavemente á las diversiones de la Agricultura, cortando hiervas humildes, como pudiera segar palmas triunfantes, y acomodando sin violencia el escardillo en la misma mano que en otro tiempo habia manejado con tanta gloria la espada. Aprovechandose asi de su desgracia, aprendió

el

el arte de conquistar sin armas el amor de los Pueblos, y se acostumbró á la vida civil con tan felíz naturaleza, que supo hacer mui visibles la dulzura, y el agrado de particular sobre la elevada eminencia de Soberano. En semejante estado le hallaron las cartas de Graciano. Ajustó en la mejor forma los negocios de su casa, y partió luego á manifestar que en su rendimiento era eco del precepto la obediencia.

Entretanto los Godos despues de la victoria, siguiendo el dictamen de su codicia contra el de Fritigernes, pusieron sitio á Andrinópolis, donde por no sé qué informes, tenian entendido que Valente habia refugiado su tesoro con las mayores preciosidades del Imperio. Amontonaron mas que hicieron sus trincheras tumultuariamente, y dieron algunos asaltos; pero con tanta precipitacion, y desorden, que siempre fueron rechazados perdiendo las Tropas mas escogidas. Habian corrompido algunos Soldados de la guarnicion, con quienes habian concertado que les franqueasen á cierta hora una puerta de la Ciudad; pero se descubrio la inteligencia. En fin, peleando contra ellos, el Cielo con sus lluvias, los sitiados con sus

máquinas, y su misma inconstancia por la duracion del sitio se desistieron del empeño, y pasaron hasta las cercanías de Perinto, en donde les fingia la esperanza un gran butin.

No tuvieron valor para envestir á esta Plaza; y talando la campaña, se arrimaron á Constantinopla con designio de tomarla por asalto, ó rendirla por hambre. Entonces fue quando la Emperatríz Domicilia, viuda de Valente, descerrajando el tesoro público, y haciendo dos veces dorada la eloqüencia con las liberalidades que daban eficacia á los discursos, animó tan felizmente á los vecinos, y Soldados, que saliendo en batalla, cargaron furiosamente á un grueso de Bárbaros que se habia abanzado hasta las murallas de la Villa. Fue sangriento el combate, y acabó por una accion, cuya extravagancia se dexó respetar como asombro, y temor, como superior misterio del Egército enemigo.

Peleaban con él algunos Batallones Sarracenos que la Reina Mauviasa habia enviado en socorro del Imperio, y Valente dexado en Constantinopla para seguridad de aquel Presidio. Estaba aun dudosa la victoria, quando de repente se vió salir del

del centro del Egército un Soldado de esta nacion embarazada la mano con un puñal desnudo de la baina, y murmurando no sé qué obscuras palabras que hacian eco lúgubre. Desamparó las filas, y sin mas uniforme que el de la naturaleza, arrojandose con furor precipitado sobre el primer Godo que encontró delante, hizo á su pecho baina del puñal: cayó el Bárbaro entre la saña, y la agonía, y echandose sobre él el Sarraceno le apuró con la boca toda la sangre que arrojaba por la herida. Esta accion tan brutal llenó de terror á todos los Godos mirandola como profecía misteriosa que les intimaba algun estrago, y huyeron con desorden embarazandose en su misma turbacion, sin tener aliento para hacer mas frente á los Sarracenos.

Ni fueron mas benignos los sucesos que experimentaron en el sitio de Tesalónica. Esforzaronse muchas veces á hacerse dueños de esta Ciudad, mal defendida á la sazon, y no capáz de recibirles con resistencia; pero San Ascolio su Obispo, suplió con la eficacia de las oraciones la debilidad de las fuerzas. Refieren Autores fidedignos, que al acercarse estos Bárbaros á las murallas se arrimaba tam-

tambien ácia su pecho un terror pánico, cuya causa se les ocultaba, perdiendo al mismo tiempo, sin saber por qué, aquella ferocidad que les era segunda naturaleza. Por este motivo, los que tenian alguna presuncion de mas sábios fueron de dictamen que se desistiese del empeño, abandonando una Ciudad, por cuya defensa se habia declarado sin mucha obscuridad el Cielo.

Agotado en fin, ó imposibilitado el pillage de estas tres Ciudades, entraron en la Macedonia, la Tracia, la Scitia, la Mésia, y se estendieron hasta los Alpes Julianos que cierran la Italia por aquella parte, y destruyendo las Provincias dexaban mui profundas cicatrices de las heridas que habia abierto su avaricia, y su furor.

Amenazaba igual precipicio al Oriente si la vigilancia no huviera descubierto la mina de cierta conspiracion oculta que ya amagaba con el estruendo. Una de las condiciones con que fueron admitidos los Godos á la poblacion de la Tracia, fue que afianzarian su fidelidad con la entrega de sus hijos; dura capitulacion, para cuyo consentimiento les violentó, mas que inclinó la cabeza la misma necesidad. Pre-

tenaia la política con semejante imposicion, no solo asegurar la lealtad de los padres, sino tambien imprimir en la dócil ternura de los hijos la disciplina Romana, y servirse de los unos, y los otros en las guerras del Imperio. Fióse la educacion de esta juventud bárbara á Julio, Gobernador de aquella parte del Oriente, que se estiende mas allá del monte Tauro. Repartióla por todas las Ciudades de su Gobierno, haciendola instruir segun el orden que tenia de la Corte. Hallabanse muchos en edad, y robustéz que no desdecia del manejo de las armas, y aunque se procuró con gran cuidado ocultarles la victoria que habian conseguido los de su nacion, hacia mucho ruido esta novedad para que el rumor se negase á la noticia de su desvelo.

Bolvieron entonces á tomar su naturaleza depositada mas que perdida, y concertaron entre sí los medios de que se valdrian para enseñorearse de algunas Ciudades, y degollar las guarniciones que durmiesen en su misma seguridad. Los que por hallarse juntos habian firmado el convenio, informaron de él á los mas distantes, y prevenidas todas las contingencias se hallaba la conjuracion en terminos de

ma-

manifestarse. Llegó á noticia de Julio esta conspiracion, y resolvió prevenirlos. Visitó las Plazas, dexó sus instrucciones secretas á los Gobernadores, y mandó publicar en todos los lugares de su jurisdiccion, que el Emperador, deseando cumplir á un mismo tiempo con la gratitud, y la política, queria no solo distribuir cantidad de moneda entre los estrangeros, sino tambien señalarles dilatadas tierras, y heredades, cuyo cultivo hiciese mas independente, y acomodada su habitacion, tratandoles en todo, y sin distincion como á Vasallos naturales de su Imperio.

Determinóse el dia para esta distribucion, ó repartimiento. Los Bárbaros pensando aprovecharse del dinero para hacer la rebelion mas facil, ó menos arriesgada, afectaron un gozo mui reconocido. Concurrieron sin falta á los lugares destinados, cuyas guarniciones se habian reforzado con disimulo, y cautela. Hallabanse ya juntos con orgullosa alegría en unas Plazas de capacidad proporcionada, quando las Tropas que estaban ocultamente prevenidas en lo interior de las casas salieron furiosamente, y dando sobre ellos con espada en mano quitaron la vida á la mayor parte, y los que pretendieron huír

por las calles, y á favor de las encrucijadas, hallaron la muerte en una tempestad de piedras que les disparaban los Ciudadanos.

No se perdonó ni aun á la edad mas inocente: pereciendo tambien los que no lograban ni el impulso, ni la reflexîon para la malicia en la cobarde candidéz de sus tiernos años, y Julio libró á sus Provincias del peligro que las amenazaba con un genero de prudencia no poco agena de la humanidad. Manejóse el negocio con tanta destreza, y se executaron las ordenes con tan felíz puntualidad, que en un mismo dia se hizo en todo el Oriente esta rigorosa justicia, sin que los Godos pudiesen prevenirla, ni aun con el menor de aquellos recelos que se entran á la prevencion por la puerta de la suspicacidad, y asi no se libertó ni uno solo de tan universal naufragio.

Entre la varia succesion de estos acaecimientos llegó Teodosio á Sirmio. Recibióle Graciano con todo el favor de quien pretendia borrar con las honras la afrentosa flaqueza de haberle despedido de su Corte sin mas meritos que los de sus grandes prendas, y de quien premeditaba encomendarle el empleo de mayor confian-

za. Hizole General de su Egército, y envióle contra los Godos con una parte de las Tropas que alojaban en la Iliria.

Marchó luego Teodosio ácia la Tracia, cuyo terreno cubria casi todo el campo de los enemigos, que en numero exórbitante se habian amontonado en aquella Provincia. Supo que muchas companias de Alanos, Hunos, y Taifales se habian incorporado con ellos despues de la ultima victoria, persuadiendose que habian reducido al Emperador á estado de haberselas á solas con su miedo, sin osar ver la cara á otro enemigo. Pero al mismo tiempo le advirtieron que los mejores Soldados de sus Tropas habian desamparado los Estandartes, desmandados por las poblaciones en seguimiento de su avaricia, que hasta en los Cabos se hacia mucho lugar el desconcierto, y la division; que Fritigernes veía á cada paso desairada su autoridad, mal empeñada en ordenar á los que ya se habian declarado por la desobediencia; y que en fin, no se reconocia otra disciplina en aquellos Bárbaros que la que enseñaba á cada uno el ardor de su codicia, habiendo venido mas á robar que á combatir.

Con esta noticia se abanzó lleno de una

generosa pero bien prevenida confianza. Encontró á los enemigos, presentóles la batalla, aceptóse, dióse, hizo piezas á la mayor parte, y obligando á los demás á repasar el Danubio, él mismo llevó á la Corte la noticia de tan felíz victoria. Refiere Teodoreto, que Teodosio dexó tantos cadáveres en el campo de batalla, hizo tantos prisioneros, y se apoderó de tan crecido numero de opulentos despojos, que volando con ligereza superior á toda fé á informar de este felíz suceso al Emperador, tardó algun tiempo (y no sin disculpa) en inclinarsele la creencia.

Y con efecto no desperdiciaron sus antiguos émulos esta favorable coyuntura. Quisieron persuadir á Graciano que habia sido rota la que Teodosio llamaba victoria, y que este General pretendia persuadir como esfuerzo de su fidelidad la fuga vergonzosa en que se habia apresurado su cobardía. Dudaba Graciano con escusables fundamentos á qué partido debia arrimarse; pero Teodosio le disminuyó la perplexidad, suplicandole que se sirviese encomendar el informe á los ojos de sus mismos acusadores, mandandoles que ellos mismos fuesen al campo de batalla, y rindiesen con la docilidad de los sentidos

dos la rebelde, ó maliciosa resistencia de sus potencias. Condescendió el Emperador con la solicitud de sus generosas instancias, despachó á las personas que le habian acusado, dandoles orden que no fiando el informe de agenos ojos dispusiesen una exâcta relacion del suceso, y bolviesen con puntualidad á ponersela en sus manos.

En estas circunstancias fue (si hemos de dar credito al mismo Historiador) quando á Teodosio le representó la fantasía en sueños á un Obispo que le ajustaba en las sienes la Diadema, y acomodaba al cuerpo el manto, y ornamentos Imperiales. Despreció este ofrecimiento como delirio de una imaginacion libre, y refiriendosele, como suele suceder, á uno de sus íntimos amigos en tono de quien se burlaba de los desvaríos de la imaginativa, quando ésta no obedece las riendas del alvedrío; el amigo le advirtió que no se adelantase á sentenciar con tan anticipado rigor uno que parecia sueño, y podia salir profecía, que en todo caso venerase con humilde indiferencia el presagio de la grandeza á que Dios le llamaba, y de que sus meritos no desdecian.

Reconocióse despues, que el que le ha-

bia aparecido en sueños era Melecio, Obispo de Antioquia. Este Prelado Santo bolvia á la sazon á su Iglesia, en virtud del ultimo Decreto de Graciano, despues de un prolixo destierro que acrisoló su invencible Fé por muchos años. Ofrecianse entonces á la vista en todo el Imperio estas alegres representaciones; veíanse pasar por los lugares los gloriosos Confesores de Jesu Christo; unos arrastrando dulcemente detrás de sí crecidas Tropas de Infieles; cuya ceguedad se habia dado por entendida al golpe de luz que despedian sus fervorosos exemplos, y encendidas exôrtaciones: otros libres ya del rigor de sus cadenas; pero ennoblecidos sus santificados cuerpos con las brillantes cicatrices que habian abierto los tormentos para eterno timbre de su heroica confesion. Transportabanse tambien con honores correspondientes los despojos, y cadáveres de quantos habian dado la vida en las fatigas del destierro.

Los mas de los Prelados fueron recibidos entre los aplausos, y bendiciones de sus desconsoladas ovejas, cuyo espiritual cayado bolvian á empuñar para dirigirlas á los pastos saludables, y indefectibles: pero como la Religion, y la autoridad del

del Emperador no iban á una, faltandole aún no poca fuerza para hacerse obedecer, huvo algunos Obispos, cuyo sufrimiento halló mas exercicio por malicia, y negociacion de los Hereges en este tiempo de paz, que quando ardía mas declarada la persecucion. Muchos, hallando violentamente oprimidas, mas que ocupadas sus Sillas por la sacrílega introduccion de los Arrianos, se ofrecian á dividir con ellos la dignidad si se acomodaban á unirseles en la Fé; y no faltaron otros que sacrificaron al reposo de la Iglesia toda la dignidad, dexandola enteramente á la ambicion de los usurpadores por no encender nuevos alborotos con la oposicion.

Parece que la Divina providencia destinó al mas célebre de todos estos Obispos para que anunciase á Teodosio las primeras esperanzas de la gloriosa elevacion que le iba disponiendo. Llegó presto el cumplimiento de este felíz presagio. Porque Graciano recibiendo aviso de que los Pueblos que habitaban las riberas del Rin habian hecho irrupcion en las Gaulas, y viendose como inundado de la impetuosa avenida de Bárbaros que ahogaban el Oriente, resolvió asociar á Teodosio en el Imperio. Parecióle que eran

dé

débiles sus fuerzas para hacer resistencia á tan robusto golpe de enemigos: juzgó que el señalar solo un Lugar-Teniente era añadir algun vigor á la debilidad; pero dexando siempre en exercicio el hombro, y el cuidado, persuadióse que era lo mas acertado elegir un Colega que se entendiese á solas con sus guerras á parte, defendiendo el Estado como cosa propia, y no dexó de acordarle la vanidad, que aun atendiendo al propio pundonor, sonaba á mas gloria ceder un Imperio generosamente que defenderle con fatiga, y no sin riesgo. Y en fin, reconoció que aun debia agradecer á la fortuna el que le ofreciese tan decoroso medio de gratificar un merito extraordinario, y atender al mismo tiempo á su quietud, cumpliendo de una vez con la obligacion, con la política, y con la providencia.

Determinábale con un linage de necesidad el cariñoso afecto que desde sus tiernos años habia depositado en Teodosio, y la generosa impaciencia de bolar en socorro de las Gaulas, le estimulaba á que apresurase la declaracion de su designio. Pero era preciso esperar á que llegase la confirmacion de la victoria de Teodosio, logrando asi el hacer casi necesaria la eleccion

cion por el agradecimiento, y precisar á sus émulos, no solo á consentirla, sino á ensalzarla, para confundir entre la afectacion del aplauso la confusion de sus verdaderas calumnias.

Esta honra llegó á Teodosio tanto mas calificada, quanto menos pretendida. No solo no la solicitó con ambicion, sino que la rehusó con modestia quando se la ofreció Graciano, y lo hizo con aquel genero de señas, que dexan sin remordimiento á la sinceridad, y desarman el encono de la malicia, conociendo bien que le brindan la esclavitud en copa de oro, precisandole á gemir con el sobreescrito de mandar.

Por este mismo tiempo fue Ausonio promovido á la dignidad de Cónsul, sin embargo de hallarse ausente á la sazon, y de no haberle debido una diligencia la pretension de este empleo. Reconociendo Graciano que debia á sus instrucciones el acertar á ser Emperador, y acordandose que el reconocimiento es uno de los principios, y no el mas facil de esta ciencia árdua, no perdió ocasion de mostrar á su Maestro que le habia aprendido con felicidad. Elevóle primero al cargo de Qüestór; poco despues le hizo Prefecto del Pretorio, y en fin, le declaró Cónsul, no ol-

olvidando cosa que pudiese contribuir á desempeñar su obligacion, y proteger al merito.

Dióle por Colega á Olibrio Galo, Joven de nobleza mui calificada; y preguntado á quál de los dos Cónsules daba la primacía, él queriendo autorizar á Ausonio, sin ofender á Olibrio, respondió con buena política, que deseaba se atendiese en aquel negocio á la antigüedad de los años, y no de la sangre, mirando tambien á las canas de la Prefectura.

Hecho esto despachó prontamente un correo á Ausonio, avisandole de su nombramiento al Consulado, y le escribió en estos precisos términos. „ Pensando tiem-
„ po há en crear Cónsules para este año,
„ imploré la Divina asistencia, como sa-
„ beis que suelo hacer en quanto empre-
„ hendo, y como yo sé que deseais vos lo
„ haga. Juzgué que debia nombraros á
„ vos por primer Cónsul, y que Dios me
„ mandaba dar estas señas de mi agrade-
„ cimiento á las buenas instrucciones que
„ he recibido de vos. Restituyoos, pues,
„ lo que os debo; pero sabiendo que nun-
„ ca se pueden desempeñar las obligacio-
„ nes que se contraen con los padres, y
„ Maestros, confieso que aún os quedo
„ de-

„ debiendo lo mismo que os restituyo.“ Y para que la gracia que le hacía fuese acompañada de todo quanto podia hacerla mas recomendable, añadió un magnífico regalo enviandole una Toga Consular de exquisita bordadura, en que se dexaba venerar primorosamente executada la imagen de su tio el Emperador Constancio. Y Ausonio de su parte empleó todo el primor, y toda la delicadeza de su espíritu en hacer asi en verso como en prosa el elogio á su Augusto bienhechor.

Pocos dias despues de esta noble accion de Graciano llegaron á la Corte los que de orden suya habian salido á informarse en el Egército, y refirieron que la rota de los Godos habia sido mui considerable; que el numero de los muertos, la multitud de los prisioneros, y la quantidad de los despojos dexaba mui atrás las noticias de Teodosio. Vieronse entonces precisados sus mismos enemigos á encarecer con repetidos elogios su valor, y su modestia, y el Emperador juzgó que ya se habia llegado el tiempo de dar á luz su resolucion, y dividir entre los dos el Imperio de todo el mundo.

HIS-

HISTORIA
DE TEODOSIO EL GRANDE.

LIBRO SEGUNDO.

Año de 379.

Acampaba el Egército en las vecindades de Sirmio, y recibiendo orden los Cabos de juntar sus Regimientos, pasó el Emperador al campo llevando en su compañia á Teodosio, y seguido de toda la nobleza de la Corte. Elevado un Trono en medio del Egército, ascendio á él Graciano, y haciendo silencio á las Tropas que le cercaban las representó el deplorable estado, y estrechas angustias en que se hallaban los negocios del Imperio, la calamidad de los Pueblos, el desmayo de las armas, la irrupcion de los Alemanes en las Gaulas, y la triste desolacion á que habian reducido tantas Naciones bárbaras las Provincias del Oriente. Hizoles ver que eran estas muchas guerras para unos solos brazos, y excesivo peso para solo un hombro. Declaróles que por lo que tocaba á

su

su persona, preferia el consuelo de lograr un fiel Colega á la ambicion de mandar sin compañia. Y en fin, concluyó que resolviendose á hacer una eleccion medida por la necesidad del Estado, y acomodada al gusto de todos, habia puesto los ojos en manos de la razon, y ésta sin libertad se los habia llevado á la persona de Teodosio.

Al pronunciar este nombre le interrumpió un alegre sonoroso estrépito de las Legiones que daban al aire regocijados vítores, y en cada demonstracion muchas lisonjas al Príncipe. Recobró éste su discurso, y despues de haberse dilatado, no sin algun encarecimiento en el Panegírico de Teodosio, le revistió la Purpura, y le asentó la Corona. Los Soldados que antes le habian conocido benemérito de la dignidad en que ahora le miraban, repitieron con nuevo redoble las aclamaciones, y los Oficiales se llegaban á porfia tropezando el tropél en la apresuracion á saludar al nuevo Emperador. Contaba entonces los treinta y tres años de su edad, y unida á la robustéz del cuerpo la anticipada prudencia, y moderacion del espíritu, daba bien fundado consuelo á la esperanza de que en manos de un Príncipe

tan

tan cabal recobraría el Estado su antigua salud, poco menos que postrada con tan porfiados infelices accidentes.

Quiso Graciano que mandase el Cetro de Teodosio en la Tracia, y en todas las Provincias que obedecian á Valente. Añadióle aquella parte Oriental de la Iliria, cuya capital era Tesalónica, desmembrando del cuerpo del Imperio de Occidente esta Provincia, que expuesta siempre á las correrías de los Bárbaros, no podria ser socorrida, ni por sus armas hallandose tan distantes, ni por las de su hermano Valentiniano débilmente manejadas en la infancia de este Príncipe. Pocos dias despues de esta eleccion se apartaron los dos Emperadores. Graciano tomó el camino de las Gaulas para desembarazarlas de los Alemanes que las arrasaban, y Teodosio se enderezó á Tesalónica con animo de juntar alli su Egército, y abrir la guerra contra una prodigiosa muchedumbre de Alanos, Godos, y Hunos, que orgullosos con la ultima victoria, se cebaban en la Tracia, despues de haber dexado exhaustas la Mésia, y la Panonia.

En poco tiempo se comunicó á todas partes la voz de que Teodosio, adornado ya con la púrpura Imperial, se abanzaba con

con el Egército que con él habia repartido Graciano. Comenzaron á respirar los Pueblos, no menos abatidos con los continuados infortunios de las guerras pasadas, que tiranizados con las exôrbitantes contribuciones del Reinado antecedente. Las Tropas que acobardadas con la ferocidad de los enemigos, y encogidas en su propia calamidad no osaban parecer fuera de las guarniciones, recobrado ya el espíritu salieron con vigoroso aliento á la campaña, y los Oficiales que perseguidos de su desgracia mas que de la pusilanimidad, se habian arrojado en las Plazas huyendo el ultimo estrago; salieron á recoger las reliquias errantes de las Legiones Romanas, dispuestos á presentarselas á Teodosio con el primer aviso. Todas las Ciudades prevenian sus diputaciones; y Constantinopla, cuya ruína amenazada en la indignacion de Valente habia declinado el Cielo con otras disposiciones tan costosas á este Príncipe; saludaba con públicos regocijos la felicidad de obedecer á un Emperador, cuyas prendas hacian en sus Vasallos poco meritorias la fidelidad, y el afecto.

Entretanto llegó Teodosio á Tesalónica; á donde concurrieron luego de to-

das las Provincias del Imperio quantos el carácter, ó los cargos, y dependencias llamaban á la Corte para besar la mano al Emperador, y dar cuenta de los negocios públicos, ó solicitar los intereses particulares. Aqui empezó á exercitar todas las funciones de un Príncipe nacido para modélo, despachando sus ordenes por todas partes, admitiendo á los personages de alguna distincion con mucha honra, y á los otros con grata benignidad, dando audiencia á todas horas, y haciendo justicia sin aceptacion, ni interpretaciones, concediendo liberalmente quantas gracias admitia la equidad, redoblando el beneficio con el modo de dispensarle, y aun haciendo estimar como favor lo que negaba, por la sensible mortificacion que padecia en no concederlo, y la amable benevolencia con que suavizaba el negarlo. Asi los que lograban sus pretensiones salian agradecidos, y los que por no dar licencia la razon no las obtenian, quedaban consolados.

Ocupaba en estas atenciones que miraban á la satisfaccion de los Pueblos mucha parte del alma; pero dexaba gran porcion para los cuidados de la guerra, previniendo con sus ordenes todo lo nece-

sario para la próxîma campaña. Ya habian llegado á servirle los Oficiales de primera calidad; la Infantería habia desamparado las guarniciones, y todo el Egército se juntó al empezar la Primavera. No le hacia considerable el numero, que era bien moderado; pero se dexaba temer por el corage, confiadamente encendido con los auspicios del nuevo Emperador. Salió, pues, á campaña Teodosio, y se abanzó á largas jornadas á la Tracia. Los Bárbaros se habian dividido en muchos cuerpos, y sin empeñarse en el sitio de alguna Plaza, empresa que siempre les habia salido costosa, y desairada, destruían sin resistencia todo el País. Habianse armado á la Romana despues de la rota de Valente. Fritigernes habia desmontado mucha parte de su nativa incultura, enseñandoles á ordenarse, y observar alguna especie de disciplina. Cada dia se engrosaba mas su Egército con una muchedumbre de Godos que concurrian de todas partes, atraídos de la codicia que encendia en ellos la esperanza de mayor butin, mal colocada en el rumor de la ultima victoria, con que corriendo á cuenta de la ambicion el impulso de la ferocidad, y añadida ésta al numero se hacian justa-

mente respetar; pero les faltaba toda el alma estando casi enteramente destituídos de cabeza; porque Fritigernes, cuya autoridad despreciaban freqüentemente sin remordimiento, les habia abandonado á su misma confusion. Quando se trataba de saquéo cesaba en todos la obediencia, y cada uno seguía las ordenes de su avaricia componiendose con su industria; y la multitud que se les habia agregado solo servía para añadir nueva turbacion al tumulto, y fomentar las discordias que á cada instante nacian de la ambicion, matandose á sí mismos por la igualdad en el repartimiento de lo que hurtaban, y haciendose menos por llevar mas.

Entró Teodosio en la Tracia, y deshizo luego algunas partidas de los enemigos que se habian alargado sin consideracion, y alexadose del grueso del Egército. Informóse de los prisioneros del lugar en que acampaba el principal cuerpo de los Bárbaros, y se persuadió que los vencería sin dificultad si lograba el sorprenderlos llevandoles él mismo la primera noticia de su arribo. Mandó á Modario, Príncipe de la sangre Real de los Scitas, que habia dado el nombre á los Estandartes de los Emperadores, y cuyo valor,

lor, y fidelidad le merecieron despues los primeros cargos de la Milicia que se adelantase con alguna Caballería á reconocer el campo de los Godos, y él entretanto le seguía con marcha diligente.

No tardó muchos dias en bolver Modario, trayendo á Teodosio la noticia de que los enemigos estaban no mui distantes. Díxole que acampaban en ciertas llanuras, dominadas de algunas colinas, cuyas cumbres se dexarían ocupar sin especial fatiga; que su campo estaba solamente defendido de pocos carros, arrojados desaliñadamente como estorvo, mas que dispuestos con orden como defensa; que podrian forzarse sin alguna dificultad; que habia muchos hombres, pero pocos Soldados; que segun las señas no abandonarian aquel puesto, en que sin mucho trabajo, se dexaba encontrar quanto se podia apetecer para una acomodada subsistencia; y que en fin, dormidos en su propia confianza, y no ofreciendoseles, ni aun por error de la imaginativa, que las Aguilas Imperiales volaban tan cerca de ellos, podian ser oprimidos sin prevenir su ruína hasta que les diese la noticia el mismo estrago.

Hicieron grato eco en los oídos del

Emperador estos avisos, y ordenó á Modario, que adelantándose con un destacamento de bastante cuerpo, fuese ocupando los puestos que le pareciesen necesarios, ó para evitar que llegase á los Godos la noticia de su vecindad, ó para combatir con ventaja en caso de que los Bárbaros no se negasen á la batalla. Elevabase no mui distante del campo enemigo una eminente colina que se dilataba á lo largo con proporcionada latitud, y ácia la mitad de su falda descubria una porcion de terraplen bastantemente igual, y espacioso capáz de que se abrigasen en él buen numero de Tropas. Modario dispuso alli los batallones que estaban á su cargo, sin ser descubierto á favor de la noche. Apoderóse de todos los pasos que podian ser de alguna importancia; y advertido de que los Godos ocupaban una espaciosa campiña, en que lograban sin sobresalto la comodidad con que les brindaba el silencio de la noche, entregados á un profundo sueño, esperaba con no poco mortificada impaciencia que llegase el Emperador.

Llegó este al despuntár el dia, y reconociendo por su persona el campo enemigo, haciendose cargo de la situacion,

y

y circunstancias del terreno, dispuso el ataque sin mas dilacion que la precisa para dar las ordenes necesarias. Mandó á todos los Soldados que desembarazandose de las armas corpulentas, y pesadas reservasen solamente la espada, y broquél. Ordenó á los Capitanes que estendiesen las lineas quanto lo permitiese el terreno, asi para dexar cubiertas las espaldas, como para abultar el numero del Egército en la aprehension de los que contasen los combatientes por el espacio que ocupaban, sin atender á los vacíos que descubrian. Exôrtó á todos á que se acordasen del pundonor, y que en lo demás no se detuviesen mucho en la formalidad de la disciplina, porque emprehendian una faccion en cuya felicidad solo podia entrar el orden como circunstancia que no desbaratase lo que principalmente habian de conseguir la diligencia, y la industria.

Gozaban entretanto los Godos de una sosegada tranquilidad. Unos entraban en el campo suavemente oprimidos con las presas en que acavaban de cebarse: otros salian de él para exâminar la campaña, y recoger lo que necesariamente habian dexado en los otros dias, porque no iban á una la robustéz de los hombros, y las

fuerzas de la voluntad. Muchos tendidos aqui, y alli recobraban con un profundo sueño el vigor que habian rendido á la fatiga en las correrías de la noche, y los mas acostados, ó encenagados en largos charcos del vino que rebosaba del estomago, yacian altamente dormidos en medio de las provisiones que habian amontonado. Sus Cabos, gente de escasa experiencia, y de autoridad débil, aunque habian percibido uno, ú otro rumor de que andaban Romanos en la tierra, nunca se persuadian que venian con resolucion, ni aun con animo para atacarlos. Aun los mismos que los habian descubierto no creían que fuese todo el grueso del Egército sino alguna partida errante, y desmandada que podia ser vencida con el desprecio, y que sin merecer que por ella empuñasen la espada, solo con mirar ácia las armas se recogeria con tropél á las guarniciones, sobrando mucha parte de su mismo miedo para seguir el alcance.

Asi discurrian, y en semejante estado se hallaban, quando oyeron la gritería, y alaridos de los Soldados que era la señal de acometer. Baxó Modario de la colina con la Infantería que comandaba, y alargando los batallónes al paso que iba ga-

nando la llanura, marchó derecho á la frente del campo enemigo. Promoto, uno de los Generales del Emperador, tomó ácia la izquierda con un grueso de Caballería: y Teodosio costeando la derecha de la colina con lo restante del Egército se arrimó á los enemigos para cogerlos en flanco. Los Godos, viendo como derribarse sobre sí este Egército inumerable (asi habia crecido en el guarismo de su aprehension turbada) se dieron por perdidos. Los Cabos conocieron su error quando el reparo estaba ya casi mas allá de *lo* posible; el terror, y la confusion se hicieron mucho lugar por todo el campo; unos corriendo turbadamente á las armas, y buscandolas aun quando las tenian en las manos perdian la vida antes de poder disputarla: otros, pensando evitar con la fuga el peligro que veían, tropezaban en otro que se les ocultaba precipitandose en los brazos del enemigo. La misma fuga era estorvo de la huída, y escapaban pocos porque iban delante muchos. En pocas horas se disipó aquella espesa nube de Bárbaros, quedando todos, ó muertos, ó prisioneros. Cogieronse sus mugeres, y hijos con quatro mil carros que servian para su transporte.

te. Asi respiró la Tracia de aquel ahogo con que la sofocaba tanta barbárie, y tanta muchedumbre de Naciones Estrangeras.

Corrió la voz de esta famosa rota, y llegando á noticia de los Alanos, y Godos que buscaban en otras Provincias mas desahogado pasto á su codicia, les abatió el orgullo, reprimió el furor, y precisó á pensar con tiempo en proposiciones de paz. Bien quisieran vengar la muerte de sus Comilitones, y paisanos; pero sabiendo que el Emperador venia derecho á ellos con las fuerzas unidas, y el valor acalorado, juzgaron que sería temeridad no acomodarse al tiempo, y asi firmaron un tratado que dispuso el Emperador, como le dictó su voluntad, resueltos á observarle mientras no pudiesen romperle. Sin embargo, Teodosio les concedió mas de lo que podian esperar; porque en su estimacion siempre conservó mayor aprecio una paz honesta que una guerra gloriosa: y no era á su parecer buena política exponer las Tropas, y mas quando el numero no era exôrbitante, á las contingencias de una batalla contra enemigos que mas de una vez sabian vencer, y no siempre se dexaban prevenir.

Sosegadas asi las turbaciones, Teodosio

sio visitó las Plazas, reforzó los Presidios, y dió las ordenes que juzgó necesarias, ó convenientes para la seguridad, y reposo de los Pueblos casi exhaustos de gente, y de dinero por la ambiciosa crueldad de la ultima guerra: y apresurando despues su restitucion á la Corte, bolvió á tomar el camino de Tesalónica con designio de pasar en ella el Invierno, y atender desde alli á los negocios mas importantes del Estado. Quando llegó á ella se le aumentó la alegría que necesariamente ocupaba su pecho al ver los felices sucesos que iban saludando los principios de su Reinado, con las cartas que recibió de Graciano, en que le daba cuenta este Príncipe de habersele mostrado á él igualmente risueña la Providencia que á Teodosio; porque juntandose á sus Tropas las que mandaba Merobaudo Rey de Francia, habia acometido á los Alemanes, vencidolos, y arrojado de las Gaulas á quantos habia perdonado el acero, encerrandoles en las guarniciones de su País, en donde necesitaban de algunos años para desembarazarse del miedo, y á lo menos se pasarian muchos antes que pudiesen salir otra vez á inquietar á sus Vasallos si habian de traer algunas fuerzas. Mandó Teodosio que en to-

todas las Iglesias se rindiesen con solemne aparato, humildes gracias al Dios de los Egércitos, asi por sus victorias, como por las de un Príncipe, cuya gloria no era facil que mirase como estraña.

Apenas desalojó de su pecho el cuidado de la guerra quando juzgó que se haria indigno de la especial proteccion con que hasta alli le habia asistido, y esperaba le habia de asistir amorosamente el Cielo: si no daba toda el alma, aplicaba la autoridad, y embrazaba el poder para otra especie de conquista restituyendo su Reino á la Fé, y Religion Católica que siempre habia profesado. Habianla impíamente desposeído de su Trono los Arrianos, que profanando por malicia, ignorancia, ó político disimulo de sus Predecesores, las primeras dignidades, usaban de la elevacion para arrojar con mas seguridad el desorden sobre todo el Oriente. Empresa á la verdad dificil, en cuyo lógro quedaría desairada con disculpa, inferior piedad, menos valor, y desigual prudencia á la de Teodosio el Grande.

Esta secta habia salido de las tinieblas para obscurecer la luz imperando el Grande Constantino, y luego lebantó contra la Iglesia un humo de persecucion menos tur-

turbulento, pero de mas negra malicia que el que acababa de soplar el arrebatamiento de los Tiranos. Excitóle Arrio, monstruo el mayor que abortó la Libia, en donde nació para inficionar al mundo, en aquella parte de esta Region que se acerca mas á Egipto. Pasó á Alexandría con ambicion de ser conocido, y ascender á los mas altos empleos de la Iglesia. Tenia vivacidad, erudicion, y eloqüencia, y estas partidas hicieron esperar á los Prelados que podria serles útil para las funciones de su ministerio: y asi unos le confirieron las Ordenes Sagradas, y otros le elevaron á las dignidades Eclesiásticas; pero no tardaron mucho en descubrir que entre aquellas buenas prendas abrigaba un espíritu orgulloso, inquieto, indócil, lleno de presuncion, y pronto á seguir qualquier partido bueno, ó malo que mostrase mejor semblante á su fortuna, ú ofreciese mas pomposo fausto á su orgullo. Desde sus primeros años se arrimó al Cisma de Melecio, Obispo de Licopolis en la Tebaida. Poco despues le renunció, y antes de mucho tiempo bolvió á darle el nombre. En fin, se reconcilió con el Patriarca Aquillas, y afectó ser su amigo para lograr ser su succesor. Cubrió su

ambicion con el velo de una modestia aparente; insinuabase en el afecto de algunos con la dulzura de una conversacion dada de suavidad; ganaba la veneracion de otros con la gravedad de un exterior circunspecto en que martirizaba su genio, y con sobrado disimulo, para no dexarse penetrar de corazones mas sencillos aspiraba á ser Obispo.

Pero salieron vanas sus esperanzas. Vacó la Silla Episcopal, y pudieron mas los meritos de San Alexandro que las ambiciosas negociaciones de Arrio. Dióse por sentida su vanidad, y la envidia que le dominaba le hizo aborrecer como á enemigo al que debia respetar como padre. Resolvió arruinarle, y viendo que no podia atreverse la calumnia (sin manifiesta ofension de todos) al sagrado de su vida, profundamente acreditada con unas costumbres que rebosando inocencia respiraban santidad; dirigió el tiro ácia la doctrina, aunque tan pura de errores como sana de malicia. Acusóle que enseñaba (y acompañó la delacion con ponderaciones, que hiciese concebir bien el pretendido absurdo) que Jesu-Christo era igual en todo al Padre eterno, é inmutable como él, comunicandose á las dos Personas una

una misma esencia. Despues que declamó contra esta verdad, como contra manifiesta heregía, propuso su heregía como inconcusa verdad. Comenzó á enseñar que el Hijo de Dios no era mas que una criatura; que el Verbo habia salido de la posibilidad á la exîstencia, y de la nada á la creacion; que su naturaleza no le habia favorecido con el privilegio de la inmutabilidad, antes bien por parte de ella pagaba su tributo á la inconstancia como otro qualquier hombre; que se llamaba Hijo de Dios, no por esencia, sino por participacion.

Estaba bien versado en las Sagradas Letras, y usaba con mas que vulgar noticia de las sutilezas Lógicas, con que recogiendo quanto podia favorecer su opinion con algunos visos, enredó la qüestion de tantas dificultades, y supo vestirla con tan buen color, y bellas apariencias que muchos se declararon abiertamente por su partido. Procuró el Patriarca reducirle antes de precipitarle, y usó primero de los avisos, las razones, y las amenazas; pero reconociendo que la obstinacion cobra fuerzas con la suavidad, y que la malicia de Arrio acreditaba con nuevo exemplo esta máxîma, resolvió hacerle enten-

tender que tambien sabía fulminar rayos quando no se dexaban respetar los truenos, y asi despidió contra la cabeza de este impío el de la Excomunion, pronunciada en un Concilio de cien Obispos què para este fin habia llamado de Egipto, y de la Libia.

Asustóle tamaño golpe, mas no le abatió. Retiróse á Palestina, desde donde escribió al Emperador, y aun tuvo osadía para ponerse en su presencia, quexandose de que sus émulos (asi llamaba á los que le corregian) condenaban el merito como delito, y daban el nombre de castigo á la que era persecucion. En poco tiempo supo adquirir Protectores, y discípulos; arrimabansele unos, por aquel que suelen llamar primor de buen sentido los entendimientos de temple estragado, y consiste en desagradarse de todo lo que trae la aprobacion de los siglos antecedentes, y aplaudir con necio afecto la novedad; protegianle otros por aquella especie de fatua compasion que arrastran ácia sí los verdaderos, ó pretendidos calamitosos; y finalmente, muchos se iban trás de él porque se dexaban convencer de sus persuasiones, y no podian resistir al atractivo de su afectada dulzura. Adver-

vertido Constantino de que los Obispos, y los Pueblos comenzaban á inquietarse, y dividirse, amontonando Concilios de una, y otra parte, receló que el tumulto no degenerase en declarado cisma. Para prevenir con tiempo los temidos inconvenientes, escribió desde Nicomedia, Silla en aquel tiempo mas permanente del Imperio Oriental, una carta comun que hablaba con Alexandro, y Arrio, exhortandolos á la paz, y caritativa union, y aconsejandolos que se ajustasen en un punto al parecer no de mucha conseqüencia en la Fé; pero de resultas (si no se convenian) mui peligrosas para la Religion. Hallabase á la sazon, por uno de aquellos acasos que dispone con bien meditado consejo la Divina Providencia, Osio Obispo de Cordova, cerca del Emperador, y deseando éste utilizar la presencia, y prendas de tan grande hombre en negocio tan árduo, le mandó que pasase á Egipto para trabajar con calor en este acomodamiento, empleo que aceptó con gusto, y cumplió con fidelidad, pero sin suceso.

Era ya necesario un Concilio General, y una sentencia difinitiva para confundir esta secta obstinada en el error, y arreglar los puntos de la doctrina que se

debia creer, y no se habia de disputar dando asiento á la verdad que andaba sin domicilio determinado entre la vicisitud de los argumentos. Escogióse para la celebracion de este Concilio á Nicéa, una de las mas nobles Ciudades de Bitinia. Fueron llamados á ella los Obispos de todas partes del mundo, y se hallaron juntos al tiempo señalado trescientos, y diez y ocho Prelados. El mismo Constantino quiso honrarle con su asistencia para ser testigo, y como mediador de la paz, y reunion de la Iglesia. Fueron citados á comparecer en él, y dar la razon de sí Arrio, y sus parciales: fueron oídos, fueron convencidos, fueron condenados. Restituyóse á su verdadero y impíamente ultrajado explendor la Divinidad de Jesu-Christo, y para cerrar la puerta á los equívocos, y restricciones, se mandó à los Arrianos, que en adelante usasen de la palabra consubstancial en sus Profesiones, obligandolos á firmar la consubstancialidad del Verbo. Sirvió despues este término de uno como carácter, ó distintivo que hacía conocer á los Católicos entre los que, ó no lo eran, ó lo afectaban ser, y como tal le infirieron en su símbolo los Padres del Concilio.

Mos-

Mostraron someterse á sus decisiones Arrio, y los Obispos de su parcialidad, y por evitar las penas de que estaban amenazados abjuraron solemnemente su heregía. Dieron al semblante, y á las palabras todas las exterioridades que acompañan á un sincero arrepentimiento; pero dexaron en el pecho toda la obstinacion, y encubrieron el veneno por no malograrle hasta que el tiempo facilitase los efectos de su maligna actividad.

En el interin no perdonaban medio alguno para ganar favorecedores, y atraer parciales. Esforzabanse á tener en exercicio todas las artes de la hipocresía para que introduxesen su fingida sumision bien acreditada con el Príncipe, y al mismo tiempo que aplaudían con las palabras la Fé del Concilio Niceno maquinaban con las calumnias contra todos los que podian defenderla. Finalmente, por los artificios de Eusebio, Obispo de Nicomedia, declarado Cabeza de su Partido, por la proteccion de Constancia, hermana del Emperador, y por las continuas bien remedadas protestas de su fidelidad, y obediencia, supieron desvanecer todas las prevenciones con que les miraban, y llegaron á conseguir que muchos á lo menos

los mirasen con indiferencia, y los mas los atendiesen como á buenos Católicos. El mismo Arrio iba á ser admitido con aparato de triunfo á la comunion ortodoxa en un Templo de Constantinopla si el Cielo no se hubiera anticipado á afrentarle con solemnidad, previniendole en el camino una muerte casi tan asquerosa como sus costumbres.

Eran estos Hereges por la mayor parte unos espíritus apasionados, y naturalmente parciales de la sedicion: con todo eso supieron reprimirse, y no osaron turbar la paz, ni hacer declaradamente la guerra á la Iglesia mientras el Gran Constantino manejó las riendas del Imperio. Conocian que si su facilidad, algo mas docil de lo conveniente, no siempre se acomodaba á las precauciones de una circunspecta prudencia; pero su celo correspondia perfectamente á los ardores de una fervorosa Religion: y asi tenian entendido que no era grande hazaña el engañarle; pero era empeño de inevitable peligro si él llegaba á conocerlo. Por eso se vieron precisados á proceder con tiento mientras gobernaba un Príncipe que podia no discernir bien la verdad; mas no acertaba á disimular la injusticia. Mas apenas

nas vieron que se les inclinó la sombra, y declaró á su favor la autoridad de Constancio, su hijo, y succesor en el Imperio, quando despidieron como inutiles todas las precauciones, y medidas. No solo derramaron con desahogo el veneno de su doctrina, sino que oprimieron con tiranía á quantos procuraron no dexarse inficionar. Tocó el ultimo punto su insolencia, llegando á precipitar de sus Sillas á los Prelados, que con la claridad de sus costumbres, y pura luz de su doctrina daban mas resplandor al Oriente; desterrando tambien hasta los mismos Vicarios de Jesu Christo, y oprimiendo la libertad de los Concilios, donde el mismo Emperador se declaraba Fiscal de la Santidad, protestando, sin pararse mucho á disimular el descaro, que su voluntad debia ser reconocida como unica lei, decision, y oráculo infalible de la Iglesia.

No les fue menos favorable el reinado de Valente. Executaron en su nombre sus acostumbradas violencias; obtuvieron de él diferentes despachos dirigidos á los Gobernadores de las Provincias para tiranizar á los Católicos; penetraron hasta los mas retirados senos de la Tebaida, para arrojar de sus cabernas á los que en el si-

lencio de la soledad imitaban con felíz remedo la vida de los Bienaventurados. Fue sin duda sangrienta la persecucion, y supo la cruel espada de un Príncipe Christiano, cortar casi tantos laureles á los Martires como el mas bárbaro filo de los tiranos Infieles. Tales fueron los principios, y progresos de semejante heregía.

Era sin duda empeño de mucha resolucion, y lleno de peligro en las entradas de un nuevo reinado deshacer una secta poderosa, y acostumbrada á dominar. Sin embargo, Teodosio, considerando que la primera obligacion de los Soberanos es hacer reinar en sus dominios á aquel de quien recibieron la corona, y creyendo con bien fundada persuasion que no acertarian á serle fieles á él los que habian aprendido á sacudir el yugo de la obediencia en la primera fidelidad debida á Dios, y á su Iglesia; formó determinada resolucion de sujetarlos, ó ya dexandose insinuar con la dulzura, ó ya haciendose obedecer con la autoridad. Marchó, pues, á Tesalónica, donde pensaba publicar sus primeros edictos. Acababan de arribar á esta Ciudad la Emperatríz Flaccila, su muger, á quien amaba con ternura, y Termancia, y Serena, sus sobrinas, adoptadas por muerte

de

de su hermano Honorio. Cada dia iban llegando tambien algunos de sus amigos, particularmente los que habian asistido á su lado en tiempo de su desgracia. Habiales él mismo convidado á que viniesen á Oriente desde España, para tener cerca del premio á los que estaban constantemente arrimados á su reconocimiento. Subió éste hasta el Trono, y se aumentó con la autoridad. Apenas se vió Emperador, quando se le ofrecieron con grata memoria quantos beneficios le habian hecho siendo privado, y no supo olvidarse sino de las injurias que habia recibido. Parecióle que los obsequios rendidos á Teodosio hablaban con el Cesar para el premio, y juzgó que no era digno del Cesar tomar á su quenta los agravios hechos á Teodosio para el castigo.

Pero á este mismo tiempo sobrevino un accidente que turbó con importunos cuidados la justa alegria con que recibió á los que se dexaban tratar con tanta estimacion de su cariño; acometiendo á Teodosio una enfermedad que le puso en bien estrecho apuro luego que llegó á la Ciudad de Tesalónica. Pusose luego en estado de recibir quanto antes el Bautismo, y se previno con serena religion á morir christianamente. Tiraba ácia sí con especial

atractivo la piadosa devocion de este Príncipe, el inenarrable misterio de la sacrosanta, é individua Trinidad, y temeroso de que gobernada la razon por una voluntad ciega, y un entendimiento dos veces obscuro, por lo incomprensible del misterio, y por lo débil de su luz no se precipitase, deseando con toda el alma no ladearse ni aun por inculpable engaño ácia el escollo de los Hereges; antes de llamar á Ascolio, Obispo de aquella Ciudad, se informó secretamente de sus costumbres, y de la Fé que profesaba. Supo que éste era un Prelado de una virtud consumada, que desde los primeros desembarazos de su edad se habia criado en los Monasterios de la Acaya, que derramado por todas partes el apacible olor de su piedad no comun, los Pueblos de Macedonia le habian arrancado del desierto para hacerle su Arzobispo; que se le habian conferido los sagrados Ordenes, contando los años por la maduréz de las costumbres, y no por el breve numero de los dias; que en quanto á su doctrina, siempre habia seguido sin exâmen la que enseñaba la Iglesia Católica Romana; y que en fin (por estrechar á dos palabras el informe) habia sido amigo de San Basilio, y confidente del Papa Dámaso.

Lle-

Llenóse de alegria Teodosio, celebrando la dicha de caer en manos de un hombre tan lleno de santidad. Mandóle venir á su presencia, y habiendo sabido tambien por su declaracion que profesaba la Fé Apostólica, confirmada por el Concilio de Nicéa, le pidió con respeto el Sacramento del Bautismo. Recibióle sin dilacion con señas exemplares, y quedó mas vano (con aquel linage de sobervia que se deriva de la humildad) por verse hijo de la Iglesia, que por ser dueño de una gran parte del mundo. Parecióle que ya era empeño preciso el que antes designio piadoso de restablecer la Religion en todo el Imperio: y comunicada la sanidad de estas intenciones á los humores del cuerpo, se vió como obligado el Cielo á restituirle en pocos dias á su antigua robustéz. Confirió en repetidas conversaciones con Ascolio los medios para la execucion de su intento. Hizose instruir de los puntos principales en las doctrinas que se contestaban, de la variedad, y diferencia de las nuevas sectas, de la Fé de los Obispos, y del estado en que se hallaban las principales Iglesias del Oriente.

Exâminadas asi todas las cosas, le pareció, que atendiendo al dictamen de la pru-

prudencia, debia poco á poco insinuarse dulcemente en los espíritus, y empezar promulgando leyes que les diesen á conocer su voluntad, y á respetar su justicia. Publicó, pues, un Decreto dado en Tesalónica, por el qual mandaba á los Pueblos de su obediencia que siguiesen inviolablemente la Fé de la Iglesia Romana, recibida de San Pedro, y enseñada por el Papa Dámaso, y por Pedro de Alexandría, Prelado de Apostólica santidad, y ordenaba reconocer, y confesar una misma Divinidad en la Trinidad de Personas, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, segun la doctrina del Evangelio, y la tradicion antigua de la Iglesia. Concluía declarando, que solamente los que profesasen esta Fé serían tenidos por Católicos, y los que no la siguiesen serían tratados como Hereges infames, y escandalosos, los quales, además del castigo que merecian de la Justicia Divina, podian, y debian temer de él las penas proporcionadas á la enormidad de su delito.

Dirigió este Decreto á la Ciudad de Constantinopla, para que publicado en aquella Corte Imperial, que era el teatro donde hacia su papel con mas desahogo la heregía, pasase con mas prontitud á las de-

demás Ciudades del Imperio. En estas circunstancias fue quando Máximo vino á echarse á los pies de Teodosio, suplicandole se sirviese arrimar el hombro de su robusta proteccion, para mantenerle en la Silla Patriarcal de Constantinopla que acababa de usurpar. Era Máximo natural de Alexandría, Cinico de profesion, hombre de ciencia moderada, de vida descompuesta, y de bien aprendido disimulo. Habianle criado sus padres con la leche de la Religion Christiana; pero su estomago estragado no habia digerido con perfeccion este vigoroso alimento. Una parte no despreciable de su juventud la habia empleado en correr de Ciudad en Ciudad buscando dinero, y reputacion, diligencia que sirvió para hacer mas notoria la destemplanza de su juicio, desacreditandose en quantas partes quiso establecerse. Sin embargo de la destreza con que sabía desmentir la vileza de sus artificios, no pudo encubrirlos tanto, que, convencido de algunos movimientos sediciosos, no fuese desterrado á los desiertos de Oasis, donde permaneció quatro años enteros. Viendose en fin sin honra, y sin arrimo, persuadido de la miseria, y animado de su ambicion, vino á Constantinopla con el temé-

merario designio de hacerse Obispo.

Esparció que era de un nacimiento respetable por su nobleza; pero mas venerable por su piedad; que su padre habia dado la vida en defensa de la Fé, y que sus hermanas se mantenian aún siendo documento vivo á las doncellas Christianas de Alexandría. Por lo que tocaba á su persona, daba á entender sin mucha obscuridad, que habia sufrido un penoso, y dilatado destierro, por no desterrar de su pecho á Jesu-Christo, transformando de esta manera en laurél de su Religion la que habia sido coroza de sus infamias. La fabula de estos supuestos martirios, acompañada de ciertas circunstancias que se acercaban á lo verisimil, bien estudiadas, y de algunas de aquellas exterioridades, que sin embargo de pintar á la virtud con semblante desapacible en la desproporcionada extravagancia de los gestos, se hacen con todo eso respetar aun de los que no son vulgo; le consiguieron crecido lugar en el afecto, y aun en la veneracion de quantos Católicos habia en Constantinopla. Usaba de un vestido á la moda Cinica, y aunque este trage era desapacible á los Christianos, le perdonaban sin embargo esta exterioridad, juzgando que se hacia

di-

disimulable un accidente menos edificativo entre tanta substancia, y fondo de virtud.

Cargaba entonces el cuidado de la Iglesia de Constantinopla sobre los piadosos hombros de Gregorio Nacianceno. Habiale fiado un año antes este empleo el Concilio de Antioquia, como quieren unos, ó le habian arrastrado ácia él las instancias de los Prelados de la Tracia, como significa él mismo. Aplicóse desde luego á exercer las funciones Pastorales en esta Iglesia, donde bolvió á encender la Fé que ya casi agonizaba con la ultima llamarada: y llamando en socorro del exemplo la eficacia de la eloqüencia, pudo recoger las reliquias de su rebaño, temidamente espantado, y esparcido con las tempestades pasadas. Creciendo despues á notable numero el partido de los Católicos, le eligieron solemnemente por su Pastor, eleccion que confirmó, y aprobó Pedro, Patriarca de Alexandría, por sus cartas, enviandole las insignias de la dignidad. Resistióse Gregorio á la aceptacion de este cargo, alegando que no podia ser Canónica su eleccion si no dimanaba de un Concilio, en quien solo residia la potestad de hacer semejantes promociones; pero sin embargo de su resistencia, fue tenido, y pro-

proclamado por Arzobispo. Reconocido el Santo á las demonstraciones de afecto con que todos se declaraban por su persona, aumentó nuevos redobles á su zelo, y no perdonó á cosa alguna que fuese capáz de restaurar la Fé, y restituir la Religion á su fervor antiguo Los Hereges, no pudiendo resistir á su doctrina, maquinaron contra su persona; pero el que logró convencerlos con los discursos acertó á edificarlos con la paciencia.

Empezaba á recoger el fruto de sus trabajos quando Máximo se le dió á conocer. Recibióle Gregorio, no solo con caritativa benevolencia, sino con respetosa veneracion, mirandole como á ilustre Confesor de Jesu-Christo. Oyóle la bien mentida historia de su vida, y midiendo la impostura agena por la propia sinceridad, le dió entero credito sin ofrecersele reparo en contra. Hospedóle en su Palacio Arzobispal, honróle con su mesa, dióle parte de sus estudios, comunicóle sus designios, y agradecido á la dicha que interpretaba él como felíz auspicio, de lograr por miembro de una Iglesia que acababa de renacer, un hombre reconocido por Martir, recitó públicamente un Panegírico que habia compuesto en su alabanza.

No

No se olvidaba Máximo de insinuarse cada dia mas, y mas en el favor del Santo Prelado por una especie de lisonja que practicaba con destreza, declarandose imitador de su zelo en las freqüentes inventivas que formaba contra los Arrianos, y remedando á la piedad con un aire hipócrita que se parecia mucho al verdadero. Pero entretanto iba tegiendo en secreto su maliciosa red. Ganó á cierto Sacerdote de Constantinopla, cuyas desembueltas costumbres, fomentadas de una poderosa ambicion mal escondida, miraban con ceño la grandeza, y meritos del Santo Arzobispo. Trataron despues de hacerse escuchar del Patriarca de Alexandría, con quien mantenian estrecha correspondencia, y supieron impresionarle con tan felíz destreza que se declaró parcial de sus intereses. No sabemos si le determinó á resolucion tan estraña el deseo de engrandecer á Máximo por la conformidad de la Nacion, ó los zelos de la Silla de Constantinopla, que podia sobreponerse á la de Alexandría si la gobernaba un merito de superior elevacion, ó algun escrupulo, en fin, que le hiciese dudar sobre la eleccion que habia confirmado si se conformaba, ó no con los Cánones, y ceremonias Eclesiásticas.

Con

Con estos pensamientos, dió orden á siete Obispos para que fuesen á fortificar el partido de este Filósofo, con el pretexto de conducir la flota que transportaba cada año el trigo de Egipto á Constantinopla. Luego que llegaron fueron recibidos, y agasajados de Máximo que los animó con dos especies de eloqüencia, una de la lengua, y otra de las manos, siendo esta segunda mas eficáz por mas dorada que la primera. Con la misma facundia se dió á entender á cierto Eclesiástico de la Isla de Tarso que habia venido á Constantinopla á comprar cantidad de marmol para su Iglesia, prestandole considerable porcion de dinero para distribuir entre los Marineros, de cuyo ministerio pensaba servirse. Todo estaba ya bien prevenido, y solo faltaba que el tiempo abriese coyuntura para la consagracion.

Desde que entraron en Constantinopla estos Prelados de Egipto, se declararon francamente contra los Arrianos, negandose con resolucion á su comercio, y uniendose estrechamente á los Católicos. Estas señas de piedad, arrimadas á su carácter, casi no dexaron libertad al respetoso cortejo con que los recibió Gregorio, cuya urbanidad caritativa se permitia obligar

gar de inferiores circunstancias. Franqueóles libremente la entrada de la Iglesia á todas horas, y abusando ellos de tan generosa ingenuidad, vinieron á ella cierta noche en que este Santo Prelado se habia hecho conducir á una casa de campo vecina á la Ciudad, para aliviar en el retiro del comercio las molestias de cierta indisposicion.

Comenzaron los Obispos la ceremonia de la consagracion de Máximo en presencia de una muchedumbre de Marineros, gente estrangera por la mayor parte, que representaban al Pueblo; pero sobreviniendo el dia, y descubriendo con la claridad lo que ocultaban las tinieblas, dandoles con la luz, y con su ceguera en los ojos, acudió el Clero á la Iglesia, amotinóse la Ciudad, vino el Magistrado, arrojó del Templo a Máximo, y sus cómplices, que protestando con descarada intrepidéz de la fuerza, se retugiaron en casa de un Mercader, donde consumaron el sacrilegio.

Una accion tan descompuesta, que hizo eco disonante aun en el destemplado oído de los hereges, obligó á que se averiguáse con diligente exâmen la vida de este Impostór. Conocióse la fabula de su martirio, y descubriendose quantos deli-

tos habia ocultado á favor de sus ardides; le desterraron vergonzosamente de la Ciudad, si es que pueden llegar á la insolencia del descaro los efectos de la confusion.

Salió de Constantinopla con el escarmiento á las espaldas, la irritacion en el pecho, y la hipocresía á la vista. Despues de haber rodado algun tiempo por la Tracia, se puso en camino, seguido de los Obispos sus parciales, resuelto á presentarse al Emperador, con ánimo de anticiparle la prevencion antes que llegáse el desengaño; pero ya se le habia adelantado Ascolio, que advertido por el Papa Dámaso de quanto habia pasado en Constantinopla, de orden de su Santidad habia informado á Teodosio de lo sucedido con individual distincion. En esta coyuntura llegó Máximo con sus compañeros, y empleando todo el caudal de su artificio, para componer los afectos, y ajustar la persona al trage de la compasion; suplicó á Teodosio que se dignase admitir á la sombra de su poderosa autoridad á un pobre hombre á quien perseguia la desgracia, porque no se sabía acomodar con la malicia, y era oprimido, porque no acertaba á ser lisonjero. Atajole Teodosio, y dando

do al semblante, sin hacer mucha violencia, todos los accidentes de la irritacion, le dixo, que no pasase adelante, porque ya se hallaba con mui seguros informes de todos sus artificios; y que tubiese entendido (y desearia, que hablando con él lo escuchasen todos) que aborrecia con implacable odio, á los que turbando con ambicion sediciosa el sosiego, y paz de la Iglesia, embarazaban el felíz progreso de la Religion; que en lo demás tendria valor, y fuerzas para castigarle á él, y á todos sus parciales, con pena que se acercase todo lo posible a la enormidad de sus excesos, si continuaban con insolencia en sus amotinadas intenciones. Quisieron justificarse, mas el Emperador con enfadoso desprecio los bolvió las espaldas, y les negó los oidos, sin admitirlos jamás á su presencia.

Mientras que Tdodosio, con salud aun débil, atendia tan cuidadosamente á los aumentos de la Religion, no se descuidaba en velar sobre los negocios del Estado, antes, reuniendo su Egército, pensaba salir á campaña, luego que hubiese recobrado el antiguo vigor de los espíritus. Luego que llegó á los oidos de los Godos la noticia de su enfermedad, por medio de sus

desertores, y de los que como rehenes seguian sus vanderas, hicieron burla del ultimo tratado. No solo no desalojaron de los dominios del Emperador, como habian ofrecido, sino que haciendo llamada, convocaron numerosas quadrillas de otras naciones barbaras, con cuyo abrigo destruyeron las Provincias con mas deplorable estrago que lo habian hecho antes. Los que de su nacion habian dado el nombre á los Estandartes del Imperio, les abrian cautelosamente facil entrada en las Provincias. Llenaronse los Pueblos de temor, y las Tropas bacilaban en la resolucion á que debian inclinarse, porque la Corte solo se explicaba en aquellas ordenes lentas que llevan la interpretacion en su misma ineficacia. De esta manera estaba todo parado con un genero de suspension, que parecia inmobilidad, por el accidente de un Príncipe, que era Emperador, y queria parecerlo.

Luego que se dexaron sentir los primeros rumores de nueva guerra, se despacharon varias Postas al Emperador Graciano con el aviso del riesgo en que se hallaba Teodosio, con el fin de empeñarle en que acudiese con pronto, y considerable socorro á la Macedonia. Mientras tanto en-

entretenian á los enemigos algunos Capitanes del Egército con las Tropas que tumultuariamente pudieron recoger, disputandoles valerosamente cada palmo de terreno; pero engrosandose cada dia mas el número de estos barbaros, se hacian dueños del País; porque impeliendose la muchedumbre, se hacia necesariamente impetuosa aun la misma cobardía Apenas recibieron los socorros que esperaban, quando á guisa de un torrente represado, se desgajaron sobre la Tesalia, y Macedonia. Mandó Teodosio, que marchase el Egército á estas Provincias, y poco despues le siguió él mismo con dispensacion de su valor, mas que con licencia de la salud. Hizo reconocer el campo de los enemigos, y persuadiendose que alli habia mucha gente, y pocos Soldados, sin embargo del escaso número de los suyos, en quienes conoció que habia mas de los que estaban presentes, se abanzó con resolucion de atacarlos; pero no obstante sus precauciones. se halló improvisamente prevenido por la traicion de los Godos que habia conservado en su servicio.

Concluido el ultimo tratado del año antecedente, viendo este Principe lo debilitado que se hallaba el Imperio, y consi-

derando que era asunto poco menos que imposible, el restituirle á su vigor antiguo sin la asistencia de los mismos que le habian desangrado, hizo publicar en todos los quarteles de los Godos, que deseando vivir con ellos en buena correspondencia, admitiria sin repugnancia á su sueldo á quantos se resolviesen recibirle. Bastó esta diligencia, para que innumerables quadrillas de Barbaros corriesen á servir á los Romanos; habiendo primero concertado, y obligadose entre sí con execrables juramentos, á no perder ocasion de aniquilarlos, esforzandose por quantos medios diese de sí la insolencia, á introducirles la ruina por el camino del obsequio. Creyó Teodosio, que se habia hecho dueño de sus corazones, por el agasajo, y la liberalidad: con todo eso, porque el número de los Barbaros excedia ya al de sus Tropas, temiendo que la superioridad no les tragese á la memoria, y al brazo la rebelion, los habia repartido en varios destacamentos. Embió á Egipto una considerable porcion de ellos, comandados por Hormisdas, Persa de origen, y hijo de un Capitan del mismo nombre, que habia militado contra su propria nacion en la guerra de Juliano. Distribuyo á otros en las Plazas

zas en que habia guarnicion Romana, previniendo á los Gobernadores, que no se descuidasen, observando con vigilante disimulo todos sus movimientos. Y quando llegó el caso de la guerra, escogió á los que daban indicios de menos infieles, para que en cuerpo nacional sirviesen en la campaña. Resueltos estos á cumplir con puntual irreligion su execrable juramento, y avivada la pasion por sus compatriotas con el influjo de la cercanía, les dieron aviso de quanto pasaba en el Egército del Emperador prometiendo incorporarse con ellos si se alentaban á embestirle al abrigo de la noche.

Con este aviso se previnieron los Godos al combate, y empezaron á ordenar la marcha. Teodosio por su parte, informado de este designio, se atrincheró en la mejor forma que permitió el tiempo, y el terreno; dispuso su gente en orden de batalla, visitó los quarteles, y con especial cuidado el de los Estrangeros, á quienes halló mas prevenidos que los otros, y segun el semblante, con sincéra resolucion de defenderse á toda costa; con que haciendo encender hogueras por todo el campo, y dando las demás ordenes que le parecieron convenientes, esperaba con

animosa confianza á los enemigos.

Abanzabase la noche, y los Barbaros, aprovechandose de su inmensa muchedumbre, dividiendola en muchos cuerpos, cada uno de los quales igualaba casi á todo el Egército del Emperador; se estendieron con buen orden por toda la llanura, y levantando de repente con todo el cuerpo de la voz un alarido, para ocupar á un mismo tiempo dos regiones, con los gritos, y los cuerpos, embistieron furiosamente al campo Imperial, casi por todas partes; pero hallaron en todas ellas mas resistencia de la que les habia fingido su confianza, y fueron rechazados con perdida considerable de los suyos. Cayó la principal fuerza de la batalla sobre el quartél del Emperador, que reconocieron entre los demás, ó por contraseña que les habian dado los traidores, ó por el crecido número de hogueras que en él ardian. Pretendian acabar de una vez con este Principe, ó á lo menos divertirle, dando tiempo á la disposicion de otro lazo que le estaban armando en otra parte. Con este pensamiento, vinieron muchas veces á cargarle; pero perdieron tanta gente, que se hallaron precisados á reprimirse.

Hallabanse las cosas en esta constitucion,

cion, quando Teodosio advirtió en una bulliciosa conmocion, acompañada de gritería, y algazara ácia el quartél de los Estrangeros, que le hizo entrar en la aprension de algun desorden. Digeronle al mismo tiempo, que los Godos de su Egército se habian arrimado á los enemigos, previniendole, que tratáse de asegurar su persona sin dilacion, si no queria ser ahogado por la muchedumbre. Negó este magnanimo Principe, que podia caber en su pecho retirarse del peligro, dejando á las espaldas el riesgo, y á sus Soldados. Destacó, pues, con diligencia algunas partidas, con orden de que se apoderasen de los puestos, cuya disposicion podia favorecer, ó dificultar la retirada; y sabiendo, que algunas Legiones habian trabado sangrienta escaramuza con los rebeldes, alargó casi todas las mangas de su Caballería, para qve voláse á socorrerlas; lo que se egecutó con tan felíz oportunidad, que cargando vigorosamente á los traidores, y esparcido por ellos latamente el estrago, y el destrozo, faltó poco para que saliese enteramente vengada la rebelion. No fueron mas dichosos los que se empeñaron en la defensa de los amotinados. Pero en fin, salian mui costosos á los Romanos tan heroi-

roicos esfuerzos, no pudiendo desbaratar tan crecido número de Tropas enemigas, sin disminucion considerable de las suyas: y por otra parte los Godos, engrosados cada momento, habian forzado las trincheras por diferentes lados. Teodosio, considerando que ya pasaba à temeridad la resistencia, y que era desperdiciar prodigamente el valor, emplearle contra el número; rehizo sus Tropas, que ya empezaban á sentir la desigualdad que hai entre las fuerzas del cuerpo, y los alientos del espíritu. Encargóse él mismo de la retirada, entreteniendo al enemigo con algunas mangas que alargaba de quando en quando para divertirle, bolviendo de tiempo en tiempo la brida, y la cara, para cargar á los que seguian el alcance con desorden, hasta ganar, en fin, los puestos que ocupaba su gente, y poner en seguridad lo restante del Egército.

Hubiera salido mui fatal está jornada á todo el Imperio Romano, si los Godos se hubieran sabido aprovechar de la victoria; pero se contentaron con aquella especie de fruto, que decia mas con la sed de su avaricia, mirando las otras consequëncias posteriores, como puntos que se debian pensar, quando no tubiese otra cosa

sa que hacer el empléo de la ambicion. Corrieron, pues, todos al pillage, siendo los primeros en arrojarse al butin, los que habian andado con mas circunspeccion en el ardor de la batalla. Los que seguian el alcance, teniendo bien conocido el humor de sus Comilitones, que no acostumbraban á contar á los ausentes en el número de los que entraban á la parte en los despojos del enemigo, bolvieron á toda brida ácia el campo, deseosos de no quedar con las fuerzas fatigadas, y aliviados los bolsillos.

De esta manera dieron lugar á que se hiciese la retirada sin especial fatiga. La Macedonia, y la Tesalia quedaron expuestas al insulto, y á la avaricia de los Barbaros, que destruyendo la campaña, perdonaban los poblados, ó por miedo de las Tropas que atendian á su defensa, ó por ambicion de las contribuciones que se engrosarian en la muchedumbre. Despues que arrasaron el País, dandose por satisfecha, ó por cansada su codicia, bolvieron la atencion al egercicio de sí mismos, y echando menos tantos valerosos soldados como habian perdido, empezaron á conocer que les habia salido mui costosa la victoria, y dando su lugar al sentimiento, aprendieron

ron con viveza, que el haber vencido una vez, era puerta para ser vencidos muchas. Consideraban el corto número á que se hallaban reducidos, y temiendo á cada instante, que se echaba sobre ellos el poder de los Romanos, iban atropellando los sustos con los pasos.

No se descuidaba Teodosio en sus disposiciones. Retirado á Tesalónica, iba formando un cuerpo de Tropas capáz de detener los progresos del enemigo. Incorporaronsele en el camino diferentes reclutas que le conducian, y llegaron varios destacamentos de las Legiones que habia embiado á las fronteras de Egipto. Hallabase ya en estado de salir á campaña con buen fundamento de fuerzas, quando llegó Rustico de las Provincias de Occidente, con el carácter de Embajador de Graciano, para manifestarle en su nombre el sentimiento con que habia recibido toda la Corte la noticia de su accidente, y el sumo gozo con que fue celebrada la nueva de su feliz restauracion. El viage de este Oficial habia sido prolongado; porque tomó la buelta de Italia para entrar en Roma, y hacerse bautizar en ella. Encontraronle aqui nuevas instrucciones, y salió de esta Ciudad con cartas del Papa Dámaso,

so, y del Emperador. Escribia el primero á Teodosio, haciendole gracias en nombre de toda la Iglesia, por la proteccion, y buen acogimiento que hacia á la Religion Católica, y le suplicaba, que diese á la Iglesia de Constantinopla un Patriarca, cuya Fé pura, y ortodoxa, allanáse el camino á su comunion, y buena correspondencia. El segundo le avisaba del poderoso socorro que le remitia; asegurandole, que fuera él mismo á conducirsele, si la gravedad, y apuro de los negocios no se lo embarazasen; pero que habia suplido en algun modo esta falta de su persona, escogiendo las Tropas de mejor nombre, y los Capitanes de reputacion mas asentada, con orden precisa, de que pasasen sin dilacion á los confines de los dos Imperios, donde se les prevendria la derrota que debian seguir.

Recibió Teodosio con mucha alegria estas noticias, y poco despues tubo aviso de que habian llegado á las fronteras de Illiria las Tropas auxiliares. Gobernaban esta expedicion, Baudón, y Arbogasto, Franceses de origen, y Romanos de inclinacion, Capitanes de mucho nombre, y consumada experiencia en los puntos de la Milicia; los quales despacharon luego á dos

dos Oficiales subalternos, para que trageſen de la Corte las ordenes de lo que habian de egecutar. Oyolos el Emperador, y en respuesta embió á los dos Generales Ministros de su confianza, y de juiciosa inteligencia, para informarlos del estado en que se hallaban los negocios, y hacerlos que se fuesen arrimando ácia la Macedonia, donde habia resuelto recibirlos con sus Tropas. Obedecieron los dos Generales, y á largas jornadas se abanzaron á esta Provincia, encontrando sobre la marcha diferentes partidas de los enemigos, que hicieron piezas, sin atrasar el viage en la resistencia, y al mismo tiempo se puso Teodosio en camino, para salirlos al encuentro.

Desalentados los Barbaros con la noticia de estos movimientos, se apoderó de todo su Egército un terror pánico, que los hacia aprehender, se habian unido todas las fuerzas de Oriente, y de Occidente para sepultarlos. La presencia del Emperador, la vecindad de los Capitanes de tanto nombre en la fama, la rota de sus partidas, todo contribuía á llenarlos de sobresalto. Bolvieronse á juntar atropelladamente, y temiendo ser sorprendidos en la Tesalia, y Macedonia, donde venian á

cargarlos dos Egércitos poderosos, huyeron con apresuracion hasta la Tracia; pero no pudiendo subsistir en este País, asolado por su avaricia en los años antecedentes, pensaron en acomodarse con las circunstancias del tiempo, y despacharon sus Embajadores á Teodosio con proposiciones de paz.

Aunque se hallaban aún con fuerzas para retirarse, quisieron ser tratados como vencidos, y convenian en retirarse á sus tierras si se les hacia este partido, ó servir al Imperio con las condiciones que agradasen al Emperador, ofreciendo sepultar en la fidelidad presente las desconfianzas pasadas. Juntóse Consejo de Guerra para exâminar este negocio, y queriendo Teodosio oír el parecer de sus Capitanes, Baudón, y Arbogasto (que yá se habian incorporado con su gente) fueron de sentir que no se diese oídos á la proposicion, porque aquellos Barbaros eran enemigos irreconciliables del Imperio, pidiendo la paz, quando se hallaban sin fuerzas para hacer la guerra; que retirarlos de la otra parte del Danubio, era oponerles una muralla, cuya resistencia sabian ya burlar, siendo ya casi juguete la costumbre de vencerla; que pues habian escarmentado la ni-

nimia confianza con su rebelion pasada, no se debia despreciar un documento aprendido á tanta costa, porque el error sin la experiencia es error; pero sobre un escarmiento, degenera en necedad; concluyendo que á su parecer era forzoso exterminar una nacion menos formidable al Imperio quando enemiga, que quando vasalla.

Otros por el contrario, fueron de parecer, que se debia anteponer una paz segura á una victoria incierta, no siendo buena modestia, ni aun política, querer probar los esfuerzos de un enemigo desesperado, atropellando por las sumisiones de rendido; que obligando á los Barbaros á repasar el Danubio, podian prevenirse los atrevimientos de su traicion habituada, dejando este cuidado á cargo de nuestra vigilancia, si ya no podia descuidar en el desaliento de su misma cobardía; que á la verdad era peligroso admitir esta nacion en las presentes circunstancias, para usar de sus servicios; pero no era mui dificil vivir sobre aviso, y saber hurtar el cuerpo á sus asechanzas. Cargaban finalmente la consideracion sobre el estado del Imperio, y decian, que hallandose á la sazon poco menos que desangrado, con la

no interrumpida série de tan sagrientas guerras, se debia dár algun tiempo al recobro de los espíritus, y aun no dejaria de ser hostilidad la suspension de las armas, como no deja de hacer daño el que difiere el golpe, ó retira el brazo para recoger aliento, y dár mas violencia al impulso.

Inclinóse Teodosio á este sentir, y alabando el dictamen de los primeros, abrazó el parecer de los segundos. Concedió, pues, á los Barbaros la paz que deseaban con estas condiciones; que depusiesen las armas, obligandose con juramento á no bolver á empuñarlas contra el Imperio; que diesen por rehenes á los Cabos de mejor nombre, y mas autoridad entre los suyos; que saliesen de las Provincias del Imperio, cuyas fronteras habian de defender contra las demás naciones enemigas; que contribuyesen con cierto número de Tropas escogidas, las quales con sus Oficiales, se habian de repartir en todos los cuerpos del Egército Romano; y que cumplido esto, el Emperador por su parte los admitiria en su proteccion, mirandolos en adelante como á sus amigos, y Aliados. Aceptaron los Godos el tratado, y le comenzaron á cumplir con buena fé.

Entre tanto se habia publicado en Constantinopla el Decreto de Teodosio á favor de la Religion Católica, produciendo en los animos efectos bien diferentes. Los que hacian profesion del simbolo promulgado con autoridad del Concilio de Nicea se unieron mas estrechamente con Gregorio Nacianceno, á quien miraban como á Padre, y Pastor suyo. Acudieron con mayor freqüencia á sus Sermones, y con importunas instancias le rogaron, que valiendose de la proteccion del Príncipe pidiese á los Arrianos la restitucion de las Iglesias que habian usurpado á los Católicos; pero como el Decreto no hacia mencion expresa de semejante restitucion, no siendo aún tiempo de tocar este punto; el Santo procuraba moderar su zelo, reduciendole á los terminos de la prudencia, y exôrtandolos á la confianza con que debian esperar que el Emperador promoveria hasta el fin lo que habia comenzado.

La mayor parte de los Oficiales, y Magistrados de la Ciudad, que antes se habian declarado en favor de los Hereges, creyeron que debian acomodar la Religion á la política, y llevando el aire al tiempo, respetar la fé del Príncipe; mas los Arrianos, no acertando con estos primo-

mores de conveniencia, manifestaron en todas ocasiones la alteracion de los animos con sediciosos movimientos. Recibieron con espíritu desabrido la noticia del Bautismo de Teodosio; porque jactandose de que esta ceremonia en los Emperadores de Oriente, habia corrido hasta aquel tiempo á cargo de su partido, creían que la costumbre debia ser prescripcion, y formaban queja de que Ascolio hubiese administrado á Teodosio este Sacramento, que Constantino el Grande habia recibido por manos de Eusebio de Nicomedia, Constancio de Euzoío de Antioquia, y Valente de Eudoxio, Patriarca de Constantinopla; previendo las malas conseqüencias que prometia esta accion.

Pero quando oyeron despues promulgar una lei, que no solo los desfavorecia; pero que abiertamente los condenaba, se declaró el sentimiento en furiosa irritacion. Quejabanse altamente de que eran oprimidos, sin mas causa que la que fingia el antojo, ó la sinrazon, y ponderaban los excesos de la persecucion con voces descompasadas en la construccion, y en el sonido, llegando su insolencia á poner estas expresiones disonantes en los oídos de Gregorio Nacianceno, cuyo genio apa-

cible se contentaba con exôrtarlos á la paz, haciendoles visible la razon, sin querer aprovecharse del tiempo, ni de la proteccion del Príncipe, que manejada diestramente, podia dar mas eficacia, ó mas robustéz á su eloqüencia. Creció á tanto el furor de los Hereges, que á vista del Sol, y en la mitad del dia dieron muerte cruel á cierto venerable anciano que bolvia de su destierro, adonde le habia arrojado su constancia en la Fé, durante la persecucion de Valente, y no guardando ya mas medidas, ultrajaban ignominiosamente á los Católicos, procurando abatirlos, para hacerlos perder la esperanza de levantarse, y amotinandose contra los Magistrados, intentaban poner en cuidado al Emperador, haciendole temer algun alboroto universal, si pretendia arruinar un partido tan bien fundado por sus predecesores, que sabria resistirse con segura noticia de las fuerzas que tenia para defenderse.

Hallabase Teodosio bien informado de todos estos desordenes, y con prudente cautela iba ganando el tiempo de escarmentarlos en el mismo egercicio, o disimulo de consentirlos. Mientras tanto atendia á que los Bárbaros cumpliesen el tratado con puntualidad, sin faltar á la pron-

prontitud, obligandolos á repasar quanto antes el Danubio, dexando libres los dominios del Imperio, lo que executaron ellos sin embarazarse en la dilacion, ni tropezar en la resistencia. Hecho esto, despidió á todas las Tropas auxiliares, despues de haber agradecido con expresiones prácticas de la voz, y de las manos, á Oficiales, y Soldados la pronta voluntad con que habian acudido á su socorro, encareciendo las disposiciones del afecto como si fueran hazañas del valor: y dió particularmente tales muestras de estimacion, y benevolencia á los dos Generales Franceses, que se apartaron sensiblemente mortificados, por no haber expuesto las vidas en obsequio de un Príncipe que tenia tanta jurisdiccion sobre las almas. Al mismo tiempo despachó una embaxada al Emperador Graciano, asi para darle cuenta del semblante que tenian los negocios de Oriente, como para agradecerle las crecidas asistencias con que le habia ayudado en esta guerra, haciendo con ellas que debiese otra vez á su fineza el Imperio que antes le habia dado su generosidad.

Dispuesto en esta forma el Estado, y sosegadas todas las cosas bolvió la aten-

cion á las fortificaciones de las Plazas fronterizas, repartió su Egército en quarteles de refresco, incorporando en él las Tropas escogidas de los Godos, y habiendo cubierto á las Provincias vecinas contra los insultos de los enemigos, tomó la buelta de Constantinopla. Hizose cargo desde luego de que habia de tratar con espíritus obstinados, y sediciosos, y mandando que le siguiesen algunas Tropas con pretexto de hacer respetosa la autoridad; pero con designio de añadir fuerza á los preceptos, y mandar primero en el miedo, lo que habia de executar la obediencia; entró el dia veinte y quatro de Noviembre en la Ciudad Imperial, donde fue admitido con la magnificencia de primer recibimiento, y con las formalidades de triunfo; hablando la primera con el Emperador como nuevo, y las segundas con Teodosio, como vencedor de los Bárbaros. Pasaronse los primeros dias en recibir los cumplimientos de las diferentes comunidades, y cuerpos que componian la Ciudad, y en dar aquellas precisas ordenes que no pueden dilatarse, y acompañan necesariamente los principios de los reinados que empiezan.

Era

Era el negocio de la Religion el punto de mayor importancia, y el que segun las apariencias, sería el primero que habia de ocupar las atenciones del Emperador, y los dos Partidos, como sucede ordinariamente en las divisiones; observaban cuidadosamente los movimientos del Príncipe para penetrar su inclinacion, y formar el oróscopo felíz, ó desgraciado á sus particulares intereses. Los Arrianos viendo la grandeza de aquel, cuyas leyes habian atropellado, empezaron á temer el castigo que correspondia á sus excesos; y aunque recelaban dexarse vér de su persona, no podian escusar el visitarla, porque componian el cuerpo de la Clerecía, y aun les importaba tambien descubrir, ó congeturar con algun fundamento lo que sospechaban; pero el Emperador, sin darse por entendido, los hizo buen acogimiento, y no queriendo tocar por entonces en puntos de Religion, respondió á su arenga como habia respondido á las demás.

Esta accion mortificó grandemente á los Católicos, viendo recibidos con estimacion á los que esperaban vér humillados con ignominia; y aunque no dudaban de los favorables intentos de Teo-

dosio, comenzaban á temer que no corresponderia la entereza de la resolucion, á la eficacia de los deseos. Disonábales mucho que no hubiese hecho distincion entre los Católicos, y los Arrianos: y decian sin obscuridad que en el humor de los Hereges era lo mismo disimular sus atrevimientos, que añadir robustéz á su osadía; que los remedios suaves no se habian hecho para accidentes violentos, y que era cosa estraña vér á los malos Emperadores tan empeñados en defender á toda costa el error, y á los Príncipes bien intencionados, y de conciencia pura, tan cirunspectos, y detenidos en declararse por la verdad. Hasta el mismo Gregorio de Nazianzo empezó á escrupulizar de esta conducta; pero al fin reconoció la prudencia de Teodosio, y se hizo cargo de que los ánimos se arriman á la dulzura, todo aquello que se alejan del rigor, siendo la Religion una de las cosas que se persuaden; pero no se mandan.

El Emperador sin embarazarse en estas voces que miraba como desahogos del celo, no consultado con la razon, esperaba para el lógro de su designio un tiempo en que no peligrase la execucion

con

con la importunidad. Pareciale que para establecer con fundamento la Fé ortodoxa, se debia comenzar por Constantinopla, que siendo como el corazon de Oriente, y Occidente, y el centro donde se unian los dos términos, ó extremidades del Mundo, pasaría desde aqui la Fé con menos dificultad á todas las partes del Imperio: empresa á la verdad no poco árdua, y tan generosa en el intento, como dificil en la execucion; porque aunque esta Ciudad debia sus fundamentos á un Emperador Católico, y sus primeras instrucciones á dos Obispos de la piedad mas respetada en aquel siglo; pero no habia gozado mucho tiempo, ni de la paz que la dexó el Príncipe, ni de los documentos que la dieron los Prelados. Los Emperadores se declararon parciales del Arrianismo, por solicitacion de los Pastores que ya lo eran, y unida la fuerza temporal á la espiritual para ruina de la Fé, se siguio una turbacion universal en aquel tiempo infelíz. El Clero tomó el camino que le abrieron los Arzobispos; la Corte se acomodó á la Religion de los Príncipes; el Pueblo se dexó mandar de uno, y otro exemplo; y los que conservaban pura la Fé

Fé de sus mayores, se vieron precisados á gemir en secreto, por no padecer en público; porque se trataba como delito lo sensible, en un tiempo en que se hacia desear lo razonable.

Al abrigo de estas turbaciones se introduxeron diferentes Sectas en la capital del Imperio, donde no entraba novedad que no arrastrase ácia sí muchos sequaces. Los Macedonios formaban un cuerpo, y una comunion separada. Los Apolinaristas se juntaban pacificamente á sus asambléas. Los Novacianos tenian Templos públicos; y solamente los Católicos echaban menos la liberrad, y los medios para congregarse. Esforzáronse algunas veces á sacudir el yugo de la servidumbre; pero destituídos de vigor, baxaron siempre derribados con nueva carga. Duró esta opresion quarenta años, hasta que entró en Constantinopla Gregorio de Nazianzo, que escoltado con la proteccion de Teodosio, y cubierto con sus cartas fue admitido sin resistencia; pero estando siempre en egercicio el odio, y la repugnancia; por eso no pudiendo lograr una Iglesia para sí, y para los de su parcialidad; erigió en casa de Nicóbulo su deudo, con circunstancias de amigo,

gō, una Capilla á la que dió el nombre de *Anastasia*, ó Resurreccion, porque en ella comenzaba á revivir la Religion Católica, poco menos que difunta en la Ciudad de Constantinopla.

Fructificaron con felíz suceso los trabajos, y apostólicas fatigas de Gregorio, creciendo considerablemente el número de los Fieles, aunque comparado con el de los Arrianos, formaba un cuerpo casi imperceptible, sin tener por suya en toda la Ciudad otra Iglesia mas que la Anastasia. Oprimia mas que ocupaba entonces la Silla Patriarcal de Constantinopla, á la qual fue promovido desde la de Beréa, Demofilo, espíritu orgulloso, y que en años pasados se habia hecho famoso por la dura persecucion que movió contra el Pontífice Liberio, dexandose siempre señalar por el ardor con que promovia los intereses del Partido. Habiale colocado en ella Valente, y gobernaba esta Iglesia por espacio de diez años; animando al Pueblo á la defensa de la heregía, y persuadiendole como linage de caridad bien entendida el odio de los Católicos.

Llegaban á Teodosio por seguros informes todas estas noticias, y pareciendo-

dole que yá podia ser delinqüente el disimulo, fue un dia en ceremonia, seguido de toda la Corte á la Anastasia, donde le esperaban juntos los Católicos; recibiendole con todas las aclamaciones que suele dictar el gozo quando las inspira el triunfo. Adelantóse Gregorio á saludarle, y el Emperador le echó al cuello los brazos con muestras de particular ternura, ensalzando públicamente su piedad, su prudencia, y con especiales encarecimientos el celo con que miraba por la gloria de la Religion: y buelto despues al Pueblo le exôrtó á la constancia en la Fé, ofreciendole seguro el sagrado de su proteccion. Asistió á la celebracion de los Divinos Misterios, y concluídos estos tuvo una larga conferencia con el Obispo, en que le comunicó la resolucion de emplear su poder, y autoridad contra los Arrianos, haciendo que los Católicos fuesen restituídos á la posesion de sus antiguos derechos, y le habló segun refiere el mismo Santo, con poca diferencia en estos términos, ó en esta substancia.

Padre mio, Dios echa mano de mí, como de instrumento para manteneros en el gobierno de esta Iglesia, premio tan debi-

bido á vuestras virtudes como conquistado por vuestros trabajos. No ignóro los sediciosos movimientos de toda la Ciudad, que pretende, ó resistir á mis ordenes, ó hacerme consentir en la injusta posesion de sus excesos; pero nada debe acobardar á un Príncipe, quando tiene de su parte la justicia de la causa. Bien sé que á muchos parecerá empeño imposible, hasta que mi execucion, y su experiencia se lo dexe vér palpable. Voi á trabajar con el socorro del Cielo, y en la segura inteligencia de que no puedo hacer mejor empléo de mi poder, que aplicandole al servicio de aquel gran Dios de quien le recibí, ni puedo rendir obsequio mas util à una de las mayores Iglesias de la tierra, que darla un Prelado como vos. Respondió Gregorio al Emperador, que la resolucion en que estaba de mantener la Religion era digna de su grandeza, y correspondiente á su piedad; que todos los hombres de conciencia sana, y de intencion no achacosa, habian esperado siempre la felicidad en tiempo de su reinado; que no dudaba le tenia el Cielo escogido para reparar las faltas de sus antecesores; que siendo tan justificadas todas sus intenciones,

cor-

correría á cuenta de Dios el bendecirlas, y que habiendo dado la paz al Imperio todo, no le restaba mas que comunicar este mismo bien á la Iglesia.

En quanto al honor particular que hacia Teodosio á su persona, le rindió las gracias con expresiones llenas de humildad, y reconocimiento, representandole que no deseaba otra recompensa de sus servicios, si acaso habia tenido la dicha de hacer alguno á la Iglesia, que la permision de retirarse á su soledad de Arianzo, de donde le habian arrancado, no solo contra el dictamen de su voluntad, sino tambien atropellando por la cortedad de sus merecimientos; que ni su genio, ni su pequeñéz habian nacido para el comercio de los grandes de este siglo; y que si bien no podia negar que miraba con cuidado de Pastór, y con cariño de Padre á sus ovejas; pero que se despediría de ellas sin remordimiento del afecto, ni quexa de la obligacion, dexandolas abrigadas á la sombra de un Príncipe tan piadoso; y que en fin, la súplica que hacia á su Magestad por la licencia de retirarse, aunque tenia visos de gracia, y en su agradecimiento pasaría por beneficio, no dexaba de pedir mucha justicia,

cia, pues habia tantos que no le reconocian por Obispo, sino por un Estrangero injustamente apoderado de la Silla Episcopal de Constantinopla á donde habia subido, poniendo un pie en la ambicion, y otro en el entrometimiento. Pero estas razones, y otras muchas que alegó, solo sirvieron para que Teodosio se confirmase en el empeño de mantenerle, negandole en el punto de su renuncia aun las atenciones de oírle.

Buelto el Emperador á su Palacio, y teniendo noticia del embarazo, y confusion en que se hallaban los Arrianos, aquel mismo dia envió un recado á Demofilo su Obispo, preguntandole ¿si queria abrazar el símbolo de Nicéa, y reunir al Pueblo en una misma creencia? Respondió el Herege que no podia mudar de Religion, ni consentir en algun acomodamiento. Irritado el Emperador con el desahogo de esta respuesta, le hizo luego decir en su nombre, que pues rehusaba arrimarse al partido de la verdad, y persistía rebelde en fomentar la division en la capital del Imperio, le mandaba expresamente que desocupando al punto todas las Iglesias de la Ciudad, las restituyese sin réplica á los Católicos, porque

que era su voluntad absoluta que estos la poseyesen en la misma conformidad que las habian gozado en tiempo del Grande Constantino. Atemorizó á Demofilo un golpe tan fuerte como imprevisto, y titubeando algun tiempo la respiracion, embarazado, ó dificultoso el uso de la lengua, solo pudo responder que haria saber al Pueblo la voluntad del Emperador.

Intentaba entre tanto ganar tiempo para pensar en los medios de eludir el orden del Emperador, entreteniendo su execucion con memoriales artificiosos, ó con dilaciones afectadas, y quando no alcanzasen estos artificios, rompiendo abiertamente por él con declarada rebelion; pero habiendo pensado el punto con maduréz mas reflexîva, considerando que era mucho asunto para un particular resistir á toda una Magestad armada, y resuelta á hacerse respetar en todo, con ánimo de no ceder, convocó al Pueblo en la Iglesia, y ocupando en medio de él un puesto eminente, le dió cuenta del orden que se le habia intimado; y añadió que no queriendo subscribir á las decisiones del Concilio de Nicéa, y hallandose por otra parte in-

ca-

capáz de hacer frente á la violencia del Emperador, se veía precisado á seguir aquella máxima, ó precepto del Evangelio; quando os persiguieren en un lugar, huíd á otro, que asi cediendo á la necesidad, les hacia saber que desde el dia siguiente se habian de celebrar todas sus juntas fuera de la Ciudad; y con efecto, aquel mismo dia la desamparó, saliendo de ella acompañado de Lucio, Patriarca intruso de Alexandría, que poco tiempo antes se habia refugiado á su Palacio.

Conmovieron tanto á los Hereges las palabras de Demofilo, que pusieron toda la Ciudad en cuidadoso movimiento; unos tomando las armas, corrian á las Iglesias para apoderarse de ellas: otros se arrojaban tumultuariamente á las Puertas de Palacio, implorando la clemencia del Emperador; y no faltaron algunos, que embistiendo á la Anastasia, amenazaban vengar en el Obispo de los Católicos la retirada del suyo. Las mugeres, niños, y ancianos impedidos, embarazaban aun mismo tiempo la calle con la muchedumbre, y el viento con los alaridos desapacibles, sin percibirse por todas partes mas que gritos, llantos, y sus-

piros, que representaban con vivezá en Constantinopla la melancólica imagen de una Ciudad tomada por asalto; pero Teodosio, que tenia bien previstos semejantes desórdenes, habia mandado á los Soldados ocupar los principales puestos de la Ciudad, con orden de atemorizar sin herir á los sediciosos; pero mandandoles que en todo caso se apoderasen de la Iglesia Catedrál, ocupando las bocas calles que guiaban á ella.

Solo faltaba para dár glorioso fin á esta grande hazaña poner á Gregorio de Nazianzo en pacífica posesion de sus derechos, ceremonia á que quiso hallarse presente el mismo Emperador. Y asi fue por él en persona á la Anastasia, y conduciendole como en triunfo en medio de sus Guardias hasta la Iglesia, se rindieron en ella gracias á Dios solemnemente. Acabada la oracion lebantó una alegre gritería la mayor parte de los asistentes, entre cuya confusion se dexaban percebir indistintamente las aclamaciones del Emperador, y las súplicas con que le pedian les diese á Gregorio por Obispo; pero el Santo oyendo con impaciencia estos excesos de su afecto inmoderado, y no pudiendo hacerse entender por su debilidad,

y por el estrépito de la muchedumbre, *suplicó* á uno de los que se hallaban cerca de su persona, mandase en su nombre al Pueblo que se contuviese en los términos del respeto, y atendiendo á lo sacrosanto del *lugar* en que se hallaba, pusiese fin á *la* destemplanza de aquella gritería, cuyo ruído parecia veneracion, y hacia eco de irreverencia; que tuviese presente habia concurrido en aquel sagrado puesto para adorar á la Trinidad, y no para elegir á un Obispo, acordandose tambien que en un dia tan dichoso, debia darse toda la atencion à las alabanzas de Dios, sin repartirla en otro negocio.

Oyó el Pueblo con respeto esta suave reprehension, y dió á entender con la repeticion de sus aplausos lo bien que le habia sonado esta modestia de su Prelado. El mismo Emperador la encareció con elogios mui significativos, poniendole despues en posesion no solo de la Iglesia, sino tambien del Palacio Episcopal, y demás rentas Eclesiásticas. Asi se terminó este gran negocio, debiendose todo él á las diligencias, y constancia de Teodosio: y como habia dado orden expresa á los Oficiales de sus Tropas, que embarazasen la sedicion sin ensangrentarse en

la violencia, todo el tumulto se apaciguó con tanta felicidad, que solamente se desnudó una espada contra ciertos Arrianos mas obstinados, ó menos reprimidos; y el Emperador recibió particular gozo, quando supo que se habian quitado á los Arrianos sin derramar una gota de sangre, las mismas Iglesias que ellos habian invadido trepando por montes de cadáveres.

Al mismo tiempo que él abatía en Oriente con tanta felicidad el partido de los Arrianos, supo, no sin grande complacencia, que la Emperatríz Justina madre de Valentiniano el mozo, procuraba establecerlos en Milán; pero con felíz desaire de todos sus grandes esfuerzos; *que* habiendo vacado la Silla Episcopal de Sirmio, habia hecho un viage á esta Ciudad, sin mas designio que el hacer elegir por Obispo de ella á un Herege de su Secta; pero que San Ambrosio, á quien pertenecia la eleccion, habia prevenido el golpe con destreza, y evitadole con sagacidad; que Graciano importunado de las reiteradas instancias de esta Princesa, *la* habia concedido una de las Iglesias que poseían los Católicos; pero que atendiendo despues á las malas conseqüencias de se-

me-

mejante donacion se la habia restituído á San Ambrosio, en quien únicamente residia el derecho de disponer de ella; y que en fin se podia esperar que esta heregía decaería mucho de su crédito, y depondria en fin todo su orgullo.

Despues de haber conseguido tan felizmente Teodosio todo quanto pretendió á favor de la Religion, dió todo el cuidado al arreglamiento de los negocios del Imperio. Comenzó formando ordenanzas para la gente de guerra; creó muchos Tenientes Generales, á quienes señaló crecidos sueldos; aumentó el número de Oficiales en las compañias, conociendo bien que ninguna cosa contribuye mas al vigor de los Egércitos, ni al orden de la disciplina; premió con magníficos presentes á los Generales, y Cabos de los Bárbaros que le habian servido, no perdonando á diligencia alguna para ganarlos sinceramente á su obsequio; empleando á unos encargos de reputacion cerca de su persona, y casando á otros con las familias de primeras señas en su Corte para separarlos de los intereses de su País.

Esta política le libró de la traicion que le iban disponiendo Eriulfo, y Fra-

vitas, dos de los primeros Capitanes de los Godos. Hallabanse estos en su Corte, ó porque les habia tocado la suerte de ser rehenes, ó porque comandaban el cuerpo de las Tropas Nacionales, ó porque voluntariamente se habian arrimado al servicio del Emperador, y pensaban en valerse de la primera coyuntura favorable para levantar su gente; pero Teodosio supo aprisionar á Fravitas con lazos tan poderosos de honores, y beneficios, casandole con una Dama Romana, á cuyo tálamo aspiraba con amoroso empeño, *que* le ató indisolublemente al partido del Imperio, y Fravitas cumplió tan fielmente con su obligacion en todos los lances que se ofrecieron, que mereció despues ascender al Consulado en el Imperio de Arcadio.

Y no contentandose con olvidar sus primeras resoluciones, ni con aplicarse él mismo por reconocimiento al servicio de Teodosio, procuró ganar á Eriulfo con repetidos esfuerzos, representandole que aun poniendo la consideracion en su propio interés, apartandola, ó no queriendo concederla á las voces de la honra, debia entregarse enteramente al obsequio de un Príncipe que habiendole colmado

de

de favores aún tenia entera toda la generosidad, y el puño abierto; pero Eriulfo trasladando al semblante la destemplanza del corazon, donde abrigaba un odio irreconciliable contra Teodosio, negaba los oídos á todas las razones de Fravitas escusando la alevosía con el juramento que habia hecho, y queriendo por este medio hacer dos veces sacrílega la traicion. Ocasionó esta contrariedad de dictámenes una larga division en el ánimo de los dos, que permaneció oculta muchos dias: esperando Fravitas que Eriulfo se rindiría en fin á la razon, y á su propia conveniencia, pareciendole por otro lado que no era conveniente, ni á la honestidad, ni al pundonor el descubrirle, y mas quando veía que no se hallaba en términos de poder hacer daño, con que se resolvió á callar, estando siempre á la mira de todos sus movimientos, contentandose con observarle para prevenirle.

Pero pocos dias despues descubrió una contingencia todo lo que pasaba; porque convidados los dos por el Emperador á uno de los festines, que con poca intermision de tiempo solia dár á toda su Corte, en que gustaba se hiciese reparar mas la delicadeza del primor, que el aparato de

la magnificencia, bebiendo uno, y otro mas de lo que podian sufrir las fuerzas de la templanza, ni de la razon, anegada ésta en el vino, la vertieron mútuamente por la boca, vomitandose á la cara con recíprocas injurias su perfidia. Contuvoles algo el respeto del Príncipe que estaba presente, porque aunque turbada la vista, no sabemos si con el calor de la cólera, ó con el hervor del vino, cedieron sin embargo las luces malignas de sus ojos al resplandor de la Magestad; pero saliendo Eriulfo para animar á los suyos, y siguiendole Fravitas para prevenirle, le alcanzó casi á la puerta de Palacio, y atravesandole la espada por el cuerpo le dexó embuelto en su propia sangre, que salió entonces en mayor copia de la que al parecer correspondia. Despues de esto no le fue dificil hacer demostracion de las sediciosas intenciones del difunto, probandolas con el testimonio de los cómplices de quienes se hallaba seguramente informado; justificando despues su fidelidad con la sincera conducta de su vida.

No debió á Teodosio menos atencion el cuidado de arreglar la policía del Imperio. Eligió muchos Ministros, y Magistrados, para cuyo empléo echó mano

de

de sugetos acreditados de mas que mediana bondad, y suficiencia, encomendandoles con encarecimiento la honestidad, y la justicia; dispuso Edictos, y promulgó Leyes, celando su puntual obediencia con la mayor vigilancia. Resolvió abolir enteramente el Paganismo; pero consultando los medios con la prudencia, sin dexarse llevar de los ardores del celo, valiendose para esto no del rigor de los tormentos, sino de la exclusion de los honores, y cargos, á los quales no podian ser promovidos los que hacian profesion de la idolatría; aunque tambien usaba de la severidad de las penas para reprimir á los que maquinaban contra la Religion, ó contra el Estado.

Y este es el verdadero motivo que tuvo Zozimo para desacreditar tan destempladamente su gobierno, describiendole un Príncipe, mas atento á sus placeres, que cuidadoso de las necesidades de los Pueblos, entregado ninimamente á los brindis de la gula en las abundancias de una mesa delicada, y suntuosa con exceso; ambicioso con inmoderacion de los honores, haciendo que le siguiesen siempre mas Oficiales de los que fuera justo; apasionado con vehemencia por sus favorecidos, de quie-

quienes se dexaba mandar distribuyendo los cargos segun el influxo de su antojo; avariento con prodigalidad, vendiendo los oficios, y creando nuevos subsidios para mantener sus diversiones, y tener con que continuar sus indiscretas liberalidades, faltas á la verdad mui reprehensibles; pero agenas de Teodosio por mas que las grite Zozimo.

Porque fuera de mostrarse claramente la pasion de un Historiador, quando no funda lo que dice en hechos particulares, contentandose con ciertas generalidades que suelen tener de menos en la significacion, todo lo que las sobra de mas en el sonido; sería hacer injusticia á la razon, anteponer el dicho de uno solo, al testimonio de muchos Autores Eclesiásticos, y Paganos que ocuparon ilustremente sus plumas en alabar la continencia, la frugalidad y la moderacion de este Emperador, quando ni estos tenian motivo para encubrir sus defectos, ni aquellos acostumbraban adular con exceso sus virtudes: su inclinacion á la paz, su celo por la Religion Christiana, su respeto á los Obispos, y la indispensable necesidad en que se halló de imponer algunos tributos al principio de su reinado, para mantener la guerra contra

los

los Barbaros, pudieron dar fundamento á lo que escribe este Autor ; pero ya es tiempo de que buelva la historia á recobrar su narracion.

Hallabanse los Arrianos mortificados; pero no abatidos con la pérdida de sus Igiesias. Demofilo se mantenia firme en las cercanías de Constantinopla , reconociendole siempre los parciales de su Secta por Obispo de la Ciudad Imperial , y le buscaban para conferir con él sus dudas , y confirmarse mas en el error. Algunos de sus sectarios que cargaban toda la causa de su desgracia sobre Gregorio de Nazianzo , resolvieron desembarazarse de él. Ganaron para este fin á cierto bagabundo , de ánimo facil , intrepido , y sedicioso que se ofreció á darle muerte dentro de su mismo Palacio Episcopál. No le parecia dificil la ocasion de acercarse á su persona , en un tiempo en que estaba franca la puerta para todos los que concurrian en tropa á darle la enhorabuena del felíz estado que lograban los negocios de la Religion. Y con efecto incorporandose con ciertos Ciudadanos , se introduxo en la Cámara de este Prelado , que estaba en la cama rendido de la indisposicion , y del cansancio. Los

Ca-

Caballeros en cuya compañia habia entrado, despues de hacer sus cumplimientos, congratulandose con Gregorio de la recuperacion de las Iglesias, y explicando su regocijo con expresiones llenas de afecto, y de respeto se despidieron de él, rindiendo á Dios muchas gracias porque les habia dado Pastór tan lleno de prudencia como de santidad.

Quedó solo el asesino, y aterrado de repente con la imagen del delito que iba á cometer, cuyo horror se le ofreció al pensamiento con toda la viveza de su negra fealdad, impelido tambien de los fuertes combates de su mala conciencia se arrojó á los pies de Gregorio, como para implorar su piedad, y haciendose el pasmo señor de todas sus facultades se mantenia en esta postura sin articular palabra. Sorprehendido el Santo de tan impensado espectáculo, se incorporó en la cama para ayudarle á que se levantase, y le preguntó varias veces ¿quién era, y qué pretendia? pero no logrando otra respuesta mas que ciertas medias expresiones, interceptadas por los sollozos, y hundidas en los suspiros, movido de compasion empezó á llorar con él.

Acudieron los domésticos al ruído, y no

no pudiendo obligar á este infelíz á que saliese de la cámara, le sacaron por fuerza á la antesala, donde recobrando algun tanto los espíritus confesó de plano su designio; pero detestandole con señas que no dexaban lugar al escrupulo de su sinceridad. Bolvieronle á introducir al Arzobispo, á quien uno de sus Familiares dixo entre gozos, y asombrado: advertid, Señor, el riesgo que ha corrido vuestra vida; porque sabed que el mozo que veis presente, es un Asesino que entró aqui con ánimo de quitarosla; pero Dios le ha tocado el corazon, confiesa su delito, y las lágrimas que vierten los ojos son señales de su verdadero arrepentimiento. Mandó Gregorio que le acercasen el mozo ácia la cama, y echandole los brazos al cuello con particular ternura; Dios te bendiga hijo mio, le dixo, y pues su Magestad ha querido oi salvarme á mí la vida, es puesto en razon que yo te salve á tí la tuya; toda la satisfaccion que pretendo de tu delito es que renuncies la heregía, y pienses en tu salvacion. Llenó de asombro esta accion á sus mismos enemigos, contra los quales jamás quiso valerse, como pudo, de la autoridad que tenia con el Empera-

rador, sino en los puntos que tocaban á la Iglesia en general.

Y aunque él embarazó con todo esfuerzo que se pasase á la averiguacion de los cómplices en semejante conjuracion; sin embargo resolvió Teodosio reprimir el orgullo de los Hereges con nuevas ordenanzas. Formó, pues, un Edicto en que expresamente prohibia á todos los Vasallos de su Imperio hospedar, recibir, ó dár acogimiento á los Hereges para que celebrasen sus misterios, como ni aun permitirles tener públicamente sus juntas, porque el egercicio libre, y cómodo de su Religion, no les sirviese de fomento para persistir en ella mas obstinadamente, anulando para este fin todos los *Edictos* contrarios á esta disposicion que hubiesen obtenido por sorpresa, ó en qualquiera otra conformidad. Mandó que en todo su Imperio, segun la Fé del Santo Concilio de Nicéa, fuese reconocida una sola indivisible substancia en la Santísima Trinidad; que se evitase el comercio, y aun se mirase con horror la memoria de los Focianos, Arrianos, Eunomianos, y otros semejantes monstruos, cuyos nombres deberian ignorarse eternamente por no manchar con su recuerdo la

memoria ; que estos desamparasen al punto quantas Iglesias ocupaban , y las pusiesen todas sin dilacion en manos de los Obispos Católicos ; y que si hacian la menor resistencia á esta ordenanza fuesen arrojados de las Ciudades , Villas , y Lugares , tratandolos con todo el rigor que merecen los rebeldes. Publicóse este Edicto en Constantinopla á diez de Enero del año de 381. y se dió orden á Sapór que le hiciese dar puntual cumplimiento en todas las Provincias.

Asi se ocupaba Teodosio en abatir el orgullo de los enemigos de la Religion, quando por una de aquellas imprevistas reboluciones que hacen mirar con asombro la inconstancia de los tiempos , vió arrojado á sus pies uno de los enemigos mas formidables que amenazaban al Imperio. Atanarico Rei de los Ostrogodos, se halló precisado á implorar su proteccion, pidiendole para su abrigo alguno de sus dominios. Era este un Principe tan fiero en el ánimo como marcial en la crianza arrullado con el ruído de las caxas, varias veces arrojado de sus estados ; pero enseñado á conquistar los agenos. Hizo liga con Procópio para arrancar la corona de las sienes á Valente. Mantuvo despues contra

tra él una sangrienta guerra que duró tres años, hasta que le obligó á pedirle rendidamente la paz; quando llegó el lance de firmar el tratado, no quiso venir en la condicion de pasar á la otra banda del Danubio, diciendo que habia jurado no poner el pie en los dominios de los Romanos, sino en los que él los hubiese conquistado. No fue posible hacerle consentir en las vistas que se pretendian con el Emperador, por mucho que le encarecieron su grandeza, y magestad, si primero no se asentaba que le habia de tratar como igual suyo, navegando tanto camino como él en ciertos bageles de un mismo porte, y aparato que para este fin se habian prevenido en la ribera.

Valente por no dexar atrás este cuidado, quando le llamaban otros de mayor urgencia, é importancia, consintió en tan dura condicion; pero despues no perdió ocasion de vengarse de Atanarico, asistiendo ocultamente á los que le hacian guerra, y negandole siempre toda especie de socorro. Sobrevino en este tiempo la irrupcion de los Hunos, y aunque este Rei fue uno de los primeros que sufrieron su opresion; no quiso acudir como lo hicieron los otros al Emperador, ó

por-

porque persistía en la resolucion de no tener amistad con el Imperio, ó porque temió el desaire en la repulsa. Echóse sobre los quarteles de los Sarmatas, y de los Taifales estableciendose en ellos con una parte de los suyos á fuerza de armas. Mantuvose aqui pacíficamente, sin querer mezclarse en las guerras de su nacion, porque no habia asentado bien el pie en aquel País, ni podia por otra parte acomodarse su orgullo á sufrir que estuviese en manos de Fritigernes el Bastón de los Visogodos, y demas Barbaros confederados.

Celebró con demonstraciones de singular regocijo la muerte de Valente; pero la reputacion de Teodosio, que habia llegado á sus oídos con todo el bulto de sus merecimientos, habia tambien apagado mucho el ardor que mostraba contra los Romanos, quando de repente se vió acometido de una desgracia, cuyo golpe le postró las fuerzas sin permitirle jamás recuperarlas. Referimos ya como los Bárbaros despues de la rota de Valente, no teniendo á quien temer, ni pudiendo acomodarse á la obediencia de quien los sabria gobernar, vivieron sin orden, ni disciplina, y no siendo facil arreglar á unas mismas leyes aquella ma-

sa de Pueblos tan diferentes en costumbres; Fritigernes por una parte separó á sus Godos, y por la otra Alatéo, y Safrax haciendo lo mismo con sus Grotungas, unidos mútuamente en amistad, è intereses, despues de haber hecho un grueso butin, se apartaron de la muchedumbre, y cogieron la buelta de Occidente. Vitaliano que se hallaba á la sazon Capitan General de Iliria, no tuvo valor para hacerles resistencia, y asi estendiendose primero por las tierras que se esplayan entre el Rin, y el Danubio, se abanzaron hasta el Rin, penetrando con algunas correrías á las Gaulas.

Inquietó á Graciano esta novedad, y deseando mucho deshacerse de unos enemigos tan poderosos, les hizo ofrecer en su nombre ciertas tierras mui capaces en la Panonia, y Mésia superior si querian retirarse á ellas. Deliberaron largo tiempo sobre la oferta, y pareciendoles que desde alli podian con mayor comodidad arrojarse en los dominios de uno, y otro Imperio, aceptaron finalmente la condicion. Atravesaron, pues, el Danubio, con ánimo de establecerse en la Panonia, entrar despues en Egipto, y hacerse en fin dueños de la Grecia. Con este pen-

samiento hicieron grandes provisiones, y por no dexar á las espaldas algun Príncipe que les diese cuidado, acometieron á Atanarico, pretextando la resistencia que habia hecho á incorporarse con ellos; pero en la realidad, porque le hacian sospechoso las enemistades pasadas. Corrompieron á muchos de sus Vasallos, atemorizaron á los demás, y le arrojaron á él mismo de sus Estados.

En semejante desesperacion de cosas, acudió este Príncipe á Teodosio, cuya generosidad no ignoraba. Embióle prontamente uno de sus Capitanes para implorar su proteccion, y decirle, que aunque se reconocia indigno de esta gracia, la pedia confiadamente; porque sabia bien, que la piadosa grandeza de su ánimo miraba como mérito la infelicidad, bastando el ser desgraciado para ser bien recibido; que tambien sería gloria suya, y no de inferior linea, manifestar al mundo que sabía amparar á los Godos en la calamidad, como sabía vencerlos en la guerra; y que aun le importaba como Soberano, y dueño del mundo, no permitir que aprendiesen las violencias á atreverse á la Magestad; porque los que le habian echado á él de sus Estados, alimentaban otros desig-

nios mas bastos que el de oprimir á un Rei de tan poca consideracion como era él; que por no haber querido dar oídos á los consejos de estos espíritus inquietos, y bulliciosos habia caído en su indignacion, temiendo que podia ser embarazo á sus intentos, con que venía á ser infelíz, porque el tiempo, y la experiencia le habian hecho prudente; que confesaba con ingenuidad haber sido en tiempos pasados, por prevencion, ó por orgullo, enemigo declarado del Imperio; pero que no podía serlo en los presentes, viendole gobernado por un Emperador tan justo como poderoso; que si habia tenido la osadía de querer ser igual á otros, no aspiraba aora á mas gloria que á la de ser Vasallo suyo, *viviendo* como tal en un rincon de sus Estados, si queria concedersele.

Oyó Teodosio favorablemente la embajada de Atanarico, y pareciendole que su satisfaccion hablaria tambien con los demás Príncipes, quienes se darian por entendidos del buen acogimiento que se hiciese a éste, le respondió, que se compadecia sinceramente de su desgracia, aunque respecto de sí mismo la miraba como dicha, pues le ponia en ocasion de poder hacerle algun obsequio; que el Imperio, mien-

mientras él le gobernase estaria siempre abierto á Príncipes como él, que quisiesen vivir en buena correspondencia; que mientras se hacian las prevenciones necesarias, y se llegaba el tiempo de restituirle en sus Estados, le suplicaba se sirviese honrar á Constantinopla, y á toda su Corte, eligiendola para lugar de su retiro; que haria fuese asistido en ella, de modo, que solo echase menos la suya en la magnificencia; pero no en el afecto, y veneracion: aunque procuraria hacer todos los esfuerzos del poder, y de la grandeza, para conseguir que se olvidáse, ó á lo menos fuese necesaria alguna reflexion, para que advirtiese que estaba fuera de sus dominios. Al mismo tiempo mandó á los primeros Grandes de su Corte, que saliesen á recibirle á las fronteras, dando orden á todos los Gobernadores de las Provincias, y Ciudades por donde habia de hacer tránsito, que le rindiesen las mismas honras, y asistencia que harian á su persona, y se acostumbraban rendir á los Emperadores quando iban de camino.

Admirado Atanarico de tan crecidos excesos de atencion, y cortesanía, resolvió pasar á la Corte con la mayor parte de los Oficiales que le habian seguido en

su desgracia. No le disonaban las honras que en todas partes le hacian, aunque las juzgaba poco conformes con su presente fortuna. Mandó Teodosio que en Constantinopla le dispusiesen un recibimiento magnífico, y aunque se hallaba mal convalecido de una enfermedad que le estrechó hasta los ultimos apuros, salió él mismo á recibirle fuera de la Ciudad á considerable distancia, agasajandole con extraordinaria benignidad, y magnificencia. Previnole un espacioso quarto en su mismo Palacio, haciendo que le sirviesen sus mismos Pages, y Gentiles-Hombres, con tanto aparato, orden, y magestad, que admirado Atanarico, exclamó mas de una vez, que el Emperador, ó era poco menos que Dios, ó era mucho mas que hombre, y solamente quien hubiese arrimado lo racional, para quedarse con la porcion de bruto, podia osar hacerle daño.

No quedó menos asombrado quando fue á ver las grandezas de Constantinopla, adonde el mismo Teodosio le conducia, seguido de toda su Corte. La situacion apacible, la extension corpulenta, y las inmensas riquezas de esta Ciudad, la hacian digna de ser Silla del Imperio. Habiala edificado setenta años antes el Grande Cons-

Constántino, y habia asentado en ella su Corte, ó para tener á raya con mayor comodidad las naciones Barbaras, que turbaban el reposo del Oriente, ó para dejar á la posteridad un eterno monumento de su magnificencia, ó para dár zelos á Roma, á quien no miraba con buenos ojos, asi por la nimia libertad que se arrojaba el Senado, como por la obstinacion con que abrigaba aún en su recinto la idolatría, y acaso por este pensamiento, queria él que se llamase la nueva Roma. Y como es ya costumbre en la facilidad, ó en la lisonja, fingir misterios en los principios de los Estados, y Ciudades, para hacer mas célebre su nombre por el camino de la supersticion, se decia vulgarmente en Constantinopla, que su construccion se habia intimado á Constantino con cierto orden reservado que le despachó el Cielo. Asegurabase, que echando este Principe los fundamentos de una Ciudad en las cercanías de la antigua Ilíon, precipitada una Aguila de la esfera, habia arrebatado á los Obreros los cordeles con que tomaban las medidas, dejandolos caer sobre Bizancio, como señalándole el sitio donde se habia de egecutar su grande idéa; y que al medir despues la circunferencia que pen-

saba dar á las murallas, habia sido conducido en forma visible por un Angel: y sobre estos se añadian otros muchos prodigios semejantes.

Pero dejando estos al arbitrio de la creencia, sin que sea nuestro intento persuadirlos, ni reprobarlos, es cierto, que concluída esta gran Ciudad, amada de Constantino, como efecto de su magnificencia, no perdonó á gasto alguno para adornarla, y enriquecerla. Erigió un Capitolio, un Circo, un Anfiteatro, hermosas Plazas, sobervios Porticos, grandes Edificios públicos, todo á imitacion, y por el mismo modelo de los que habia en Roma. Hizo sacar de las mas nobles Ciudades del Oriente todo quanto apreciable, y primoroso se encerraba en ellas, para trasladarlo á Constantinopla; mandando traer las obras que á pesar de los años se conservaban enteras desde los Reyes de Egipto, y especialmente el Obelisco de Tebas, en cuya conducion sudó fatigas el arte; y casi inmensos gastos el erario Imperial. Formó un Senado á imitacion del Romano; llamó de las partes mas remotas del mundo á quantos hombres hacia la fama eminentes en las ciencias, y en las artes: edificandolos suntuosos Colegios, y Semi-

na-

narios, donde eternizasen en los discípulos el primor de sus facultades, y consignandolos quantiosas rentas para su manutencion. Destinó crecidos fondos, y capitales para la subsistencia de los Ciudadanos, y para reparo de las obras públicas, y aun casas particulares. Fundó Iglesias, erigió Academias, y en fin, logró con ventajas su idéa, haciendo una Ciudad, no solo igual, sino superior á la antigua Roma.

No fue menor en los Emperadores que le succedieron el cuidado de adornar á Constantinopla. Constancio, además del célebre Templo de Santa Sofia, cuyo ámbito compreendia tambien el de la Paz, mandó edificar unas Termas de su nombre, y diferentes Porticos sostenidos de columnas, y adornados con crecidas estatuas de marmol. Valente, haciendo demoler las murallas de Calcedonia, aprovechó los materiales de sus ruinas en formar diferentes baños, y un aqüeducto, en que recogidos todos los arroyos que se desgajaban de las montañas vecinas, se distribuian despues por toda la Ciudad, ó en las casas de los particulares, ó en las fuentes, y estanques públicos, de donde se abastecian de agua con abundancia todos los barrios. Los Magistrados Civiles, por hacer esta lisonja al gus-

gusto de los Emperadores, se aplicaban con toda atencion á mantener el buen orden en los Ciudadanos, y conservar en su hermosura los edificios públicos, y aun el mismo Pueblo dejandose ganar de los muchos Privilegios que gozaba, contribuía no poco por su policía, y freqüentes regocijos, á dar un aire de grandeza, y pulidéz á esta Corte Imperial.

Admiró Atanarico todas estas suntuosidades, y no dejó de reservar mucha porcion de su asombro para vér aquel Puerto casi anegado en navios de todas las naciones del mundo, y aquella inmensa muchedumbre de Pueblo, ó embelesado en las comodidades del sitio, ó atraído de la dependencia, y subordinacion de las Provincias á la Corte. Los Capitanes Godos que le seguian, acostumbrados al grosero fausto de su Corte Barbara, concibieron una grande idéa del Imperio, y sobre todo, del Emperador, que con admirable humanidad les iba enseñando por sí mismo las curiosidades mas dignas de la atencion, y aun les dió parte de la resolucion en que estaba de engrandecer la Ciudad, com lo egecutó algunos años despues con magnificencia superior á la de todos sus antecesores.

Comenzaba Atanarico á olvidarse de

su

su pasada desgracia, y aun daba esperanza de abrazar la Religion Christiana, que en otro tiempo habia cruelmente perseguido; pero como la nieve de las canas no habia enfriado las pasiones que conservaba ardientes entre la natural tibieza de una edad adelantada, y debilitado considerablemente por el primer golpe de su calamidad, se hallaba mas expuesto á la impresion de nuevos accidentes; le hizo tanta el gozo de verse tratado con tan extraordinario respeto, y agasajo, que cayó peligrosamente enfermo, y murio en fin, quince dias despues que llegó á Constantinopla. Mortificó esta desgracia sensiblemente el ánimo del Emperador, que ya le miraba con un genero de inclinacion, facil de equivocarse con el afecto, y aun esperaba, que algun dia podria reducir por su medio á toda su nacion; estrechandola en firme, y constante alianza con el Imperio. Mandó que se le hiciesen magníficos funerales, ajustados al ceremonial de los Paganos, y levantó sobre su sepulcro un monumento tan rico, y tan suntuoso, que admiró igualmente á los Barbaros, y á los que no lo eran, ó no lo parecian.

Hizó mucho ruido en la incultura de los Godos esta generosidad de Teodosio,

y causó en sus animos mayores efectos de los que él mismo esperaba; porque además que Atanarico, estando á punto de morir, habia hecho llamar á todos sus Capitanes, y teniendolos presentes, los encargó con expresiones de todo encarecimiento, que observasen por toda su vida una eterna inviolable fidelidad al Emperador, y al bolver á su País publicasen por todo él quantas excesivas gracias habian recibido de su mano; ellos mismos estaban mui reconocidos, y ofreciendolos Teodosio cargos considerables en sus Egércitos, si querian conservarse entre sus Tropas: ellos se escusaron con buenas razones, asegurandole, que se retiraban para servirle con mas utilidad en su país, como lo egecutaron despues, guarneciendo los pasos del Danubio, y embarazando que fuesen embestidos los Romanos por aquella parte. Tanta verdad es, que la benignidad tiene tambien sus conquistas, y que suelen ser mas firmes las que hace la mano abierta con los beneficios, que las que consigue el puño embarazado con la espada.

Conseguido tan felíz suceso, viendo Teodosio que las leyes promulgadas á favor de la Religion, atajaban los desordenes, pero descomponian los animos; re-

sol-

solvió convocar un Concilio universal, á egemplo del Grande Constantino, cuyas heroicas acciones hacia vanidad de trasladar en su perfecta imitacion. Habiasele ofrecido este pensamiento desde que ascendió al Trono Imperial; persuadido siempre á que este era el medio mas pronto, y mas oportuno para dar fin, por el camino de la dulzura (como lo deseaba) á las diferencias Eclesiásticas; pero aguardaba á estár libre de las turbaciones de la guerra, para celebrar la funcion con mayor sosiego, y queria que se convocáse el Concilio en Constantinopla, para darle mas autoridad con el lustre de la Corte, y hallarse presente á él, reduciendo á la union los dos Partidos, y dando calor con su mediacion á las definiciones de los Padres. Luego que puso á los Católicos en quieta posesion de sus Iglesias; le pareció que podia ya juntarse el Concilio con mas decencia, y con menos turbacion; y asi expidió sus convocatorias á todos los Obispos de Oriente, exortandolos á concurrir en la Ciudad Imperial, para confirmar en ella la Fé del Concilio de Nicéa, darla Prelado firme, y permanente, formar estatutos convenientes para asegurar la paz en la Iglesia, y discurrir en los medios neces-

sa-

sarios á la uniformidad de todos sus Vasallos en puntos de Religion.

Entre todos los Hereges, solo llamó al Concilio á los Macedonianos, porque sobre ser de costumbres menos descompuestas, y haberse separado de los Arrianos, miraban á los Católicos con mas indiferencia, y aunque formaban cuerpo á parte, eran hombres menos prevenidos, y no tan obstinados para negarse á la verdad, razones que persuadieron al Emperador no sería dificil reducirlos al gremio de la Religion. Vinieron, pues, hasta unos treinta y seis Obispos por la mayor parte del Helesponto, cuyas cabezas eran Eleuso, Obispo de Cizico, y Marciano de Lampsaco.

Exôrtóles por sí mismo este Principe á que bolviesen sobre sí, reconociendo que iban descaminados, y les acordó que ya era tiempo de que se restituyesen á la antigua Fé, y comunion de la Iglesia, como ellos mismos lo habian ofrecido en la deputacion que en años pasados habian hecho al Papa Liberio; y mas quando poco antes no mostraban repugnancia en dejarse tratar de los Católicos; pero ellos respondieron con obstinacion, que primero se arrimarian á los Arrianos, que á los Ortodoxos, respuesta que irritó al Empera-

ra-

rador, y le obligó á arrojarlos de sí, como indignos de la condescendencia con que les trataba.

Estaban ya dadas todas las ordenes para la subsistencia, y alojamiento de los Obispos, no siendo Teodosio menos magnífico en este Concilio de Constantinopla, que lo habia sido Constantino en el de Nicéa, y concurriendo de todas partes los Obispos, se hallaron en la Corte ciento y cincuenta al tiempo señalado. Entre estos habia muchos Prelados, que en la persecucion de los reinados antecedentes habian manifestado al mundo la excelencia de su doctrina en las grandes obras, compuestas contra los Hereges, y lo heroico del sufrimiento en el destierro, y trabajos padecidos por la Fé, con que jamás vió la Iglesia congregado mayor número de Santos, y Confesores, que concurrieron gustosos á dar su voto por la verdad, llamados de un Emperador tan empeñado en hacer triunfar la Religion, como otros lo habian sido en abatirla.

Pero tampoco faltaron otros muchos, que favorecidos de las turbaciones, y abrigados por los Gobernadores de las Ciudades, y Generales de los Egércitos, se habian introducido en los Obispados; y se ha-

hallaron no pocos que habiendo ocupado las Sillas de los Prelados perseguidos, ó depuestos, se mantenian en ellas despues de su muerte con pacifica posesion, y estos, acomodando la Religion á las circunstancias del tiempo, segun las reglas de su ambiciosa avaricia, como se habian hecho Hereges quando reinaba Valente, asi tambien sin mucha violencia se transformaban en Católicos, imperando el Grande Teodosio. Gente sediciosa, y que venia al Concilio con perniciosa indiferencia, y resuelta á seguir sin distincion el partido por quien se declarase la victoria, y á turbar las resoluciones, de modo que no se descubriese, ó anduviese algo equivocada la verdad.

Tocaba la presidencia del Concilio á Melécio, Arzobispo de Antioquia, Prelado, cuya virtud, y reputacion abultaba mucho en la fama por todo el Oriente, y á quien deseaba vér con impaciencia Teodosio, porque era el que en otro tiempo se le habia ofrecido á la imaginacion en el arrobamiento del sueño, presentandole la Purpura Imperial en una mano, y en la otra la Corona. Desde entonces le miraba Teodosio con especial inclinacion, aun antes de conocerle, y en diferentes ocasiones

el

le habia remitido considerables sumas de dinero, para que las distribuyese entre los pobres de su Diocesi, ó las aplicáse á la fábrica de la suntuosa Iglesia, consagrada al culto de San Bábilas, que iba edificando á la orilla del Oronte. Luego que se vieron juntos los Obispos, determinaron ir de comunidad á besar la mano al Emperador; quien los recibió con demonstraciones de particular respeto, y queriendo probar si las especies que le habia dejado en la fantasía la representacion de Melécio, á quien nunca habia visto, conformaban con el original de su semblante, mandó que no se le enseñasen, para vér si en fuerza de ellas, acertaba por sí mismo á conocerle, y en efecto dió con él á la primera vista, asegurando que aquel era el que en sueños se habia presentado á su idéa. Corrió ácia él con una apresuracion llena de respeto, y de ternura, abrazóle estrechamente, y aun le besó los ojos, la cabeza, el pecho, y sobre todo, la mano que con tanta anticipacion le habia coronado: demostraciones grandes, y de que no se dió por ofendida la emulacion de los presentes, porque todos le juzgaban digno de mayores. Buelto despues á los demás Prelados, los agasajó con tiernas expresiones, y tratandolos de

Padres suyos, les suplicó que diesen todo el esfuerzo de su aplicacion, y zelo al expediente de los negocios, por los quales habian sido convocados.

Hizose con solemne aparato la abertura del Concilio, y en la primera Sesion se convino, en que ante todas cosas se debia tratar lo que tocaba á la Iglesia de Constantinopla. No era este negocio el de mas consideracion; pero era el de mayor apuro, asi por la declarada inclinacion de Teodosio, como porque en la realidad era razon se diese Pastor cierto, y que la llenáse con su merito á una Silla de tanto bulto, cuya dignidad, y rentas se trataba actualmente de aumentar. Persistia Máximo en sus antiguas pretensiones; pero su consagracion se habia hecho tan contra los Cánones, y Estatutos de la Iglesia, que el Concilio declaró que no era Obispo, y dió por nulas quantas funciones habia hecho como tal, como practicadas sin autoridad, ni orden; reprendiendo á los que le habian asistido, y degradando á los que él habia ordenado, juzgandolos indignos de que se les hiciese lugar en el cuerpo de la Clerecía.

Habian hecho Obispo á Gregorio de Nacianceno la aclamacion del Pueblo, y

la

la autoridad del Emperador ; y hallandose sin Silla á tiempo que estaba desocupada la de Constantinopla , se le habia encargado que cuidase de esta Iglesia con titulo de su Obispo , circunstancias que sin mucha violencia podian hacer legitima la eleccion. Pero Gregorio , que solo aspiraba con ambiciosa humildad al sosiego del retiro , y por otra parte , ni queria , ni acertaba á consentir en cosa que tubiese la menor apariencia de menos arreglada al orden de la disciplina ; juzgaba que no se hallaba aligado á una Dignidad , en cuya aceptacion no habia intervenido su consentimiento , con que protestaba , y era de sentir que ningun Prelado sin titulo podia tomar posesion de una Iglesia vacante , sin la autoridad de un Concilio ; y que el aprobar la conducta irregular que se habia observado en su eleccion , era abrir camino á la ambicion de los Obispos , para ocupar las Sillas vacantes á la facilidad de los Pueblos , para establecerlos tumultuariamente en ellas , y á la pasion de los Metropolitanos para desposeerlos por consideraciones humanas.

Nó habia mucho que discurrir sobre la resolucion que se habia de tomar entre dos sugetos , de los quales uno aspiraba á ser man-

mantenido en una dignidad que no merecia, y otro solo pretendia renunciarla, sin atender ni al merito, ni á los derechos de poseerla. El Emperador, que tenia bien conocidos los grandes talentos de Gregorio, le pedia por Obispo, y Melécio que le amaba con mucha pasion, habia venido al Concilio principalmente para confirmarle; todos los Padres convinieron unanimemente en su eleccion, y solo él, ocupado de increíble sentimiento, se resistia á aceptarla, tanto, que arrojado á los pies de Teodosio, y hablandole primero con el llanto, y despues con las palabras, le suplicaba se dignáse interponer su brazo robusto, y poderoso para librarle de aquel golpe; pero él le respondió, que era puesto en razon se encargáse el gobierno de aquella Iglesia al mismo que la habia formado á costa de tanta fatiga; que tampoco era virtud retirarse al sosiego que él apetecia por huir del trabajo á que le llamaban; que el hacer resistencia al unanime consentimiento del Concilio, era oponerse á la voluntad de Dios explicada por la boca de los Padres; que siendo Obispo de la Corte Imperial, podia arrimar el ombro á la Religion, para que asentase el pie [illegible]odo el Imperio; y [illegible]n el corazon de

de Oriente, y Occidente, sería como mediador, que acaso acertaria á reunir estas dos mitades del mundo, infelizmente divididas sobre el punto de la Iglesia Antioquena.

Melécio le hizo la misma representacion en nombre de todo el Concilio, y le obligó á rendir la cerviz al yugo que le imponian, sacrificando la quietud particular á la necesidad comun, con que todo conspiró á violentar su modestia. Colocaronle en la Silla Episcopal, adonde poco antes le habia arrastrado el Pueblo, y la Clerecía, y en donde jamás habia querido sentarse. Nada se echó menos en la solemnidad de esta accion. Melécio hizo la ceremonia, el Emperador la honró con su asistencia, todo el Pueblo concurrió á solemnizarla, y muchos Prelados (entre los quales fue uno Gregorio de Nisa) explicaron su eloqüencia en elegantes Panegiricos sobre este asunto.

Despues de arreglados los negocios de esta Iglesia, se puso la mira en los puntos que pertenecian á la Religion. Como la mayor parte de las nuevas heregías se hallaban condenadas por el Concilio de Nicéa, se hicieron leer sus decretos; y todos se confirmaron. Mandóse leer despues la con-

fesion de Fé que el Papa Dámaso habia embiado en otro tiempo á Antioquia, y á su imitacion se condenó el error de Apolinario, que arruinaba el misterio de la Encarnacion; y finalmente se procedió contra los Macedonianos, que negaban al Espíritu Santo la Divinidad, y no querian de poco tiempo á esta parte comunicar con los Católicos. Para esto, asi como el Concilio de Nicéa habia añadido al simbolo de los Apostoles por modo de explicacion, *lo* que se habia definido en él acerca de la Divinidad del Verbo; asi tambien el de Constantinopla añadió al de Nicéa lo que tocaba á la Persona del Espíritu Santo, Señor, y Maestro vivificante, que debe ser igualmente adorado, y glorificado con el Padre, y con el Hijo.

Arreglada la creencia de la Fé, se pasó al orden de la disciplina. El atentado de los siete Obispos de Egipto, que vinieron á Constantinopla con el fin de ordenar á Máximo, dió motivo á que se renovase el antiguo Cánon, que mandaba que los Obispos de una Provincia sean consagrados por otros de la misma, ó por los que estos quisiesen llamar de las Provincias cercanas, porque durante la persecucion algunos Prelados habian pasado á Provincias estran-

trangeras por negocios de la Iglesia, lo que podia turbar la paz, y buena correspondencia, se arregló la jurisdicion de cada Metropolitano, y se dispuso, que la decision de los negocios que se ofreciesen en las Provincias se reservàse enteramente á los Concilios Provinciales. Para autorizar la Corte Imperial, y por complacer al Emperador, se declaró que el Obispo de Constantinopla, en atencion á que esta Ciudad era la segunda Roma, lograse en todo la preferencia, y honores despues del Pontifice Romano; y en fin, se decidieron muchos puntos tocantes á la forma jurídica de las acusaciones contra los Obispos, y se procuró dar orden en todas las turbaciones de la Iglesia.

Resueltos en esta conformidad los puntos de la Fé, y de la disciplina, se dispusieron con buen método en articulos, y los Padres determinaron embiarselos á Teodosio, acompañados de una Epistola Sinodál, á la que daban principio rindiendo á Dios muchas gracias por el beneficio que habia hecho á la Iglesia toda, poniendole en el trono Imperial, para amparo de la Religion, y columna de la Paz. Pasaban despues á declarar, como habiendose juntado por su orden, habian dispuesto de comun

acuerdo ciertas reglas Eclesiásticas, ó para condenar las heregias, ó para corregir los abusos, las que suplicaban á su Magestad se dignase confirmar, juntando su voto soberano al de los Padres, y haciendo consignar con su sello Imperial las decisiones del Concilio. Concluían con muchas súplicas al Cielo, deseandole un reinado establecido sobre la paz, y la justicia; y que eternizado en larga série de generaciones, acabáse en fin por la alegria del Reino Celestial... Procedia en esto el Concilio con bien advertida precaucion; porque sobre ser mui necesario el consentimiento del Emperador, para que hallasen sus ordenanzas la debida obediencia, queria con este motivo sacarle una carta confirmatoria, que fuese á un mismo tiempo una como prenda pública de su Fé; y asegurarle por este medio en el buen partido, quitando á los Hereges la esperanza de engañarle.

Eran bien diferentes las costumbres, y inclinaciones de los Obispos que componian este Concilio; pero sin embargo supieron acordarse para las resoluciones, y todas las cosas caminaban con feliz auspicio, quando un accidente desbarató la paz, y se introduxo por él la turbacion, y el desor-

orden. Sucedió en este tiempo la muerte de Melécio, unò de los dòs Obispos de Antioquia, que habia sido hasta aqui el alma, y corazon del Concilio.

Lloró su pérdida toda la Iglesia de Oriente, y Teodosio, que le amaba como á Padre, y veneraba como si hubiera recibido el Imperio de su mano, quiso que se le hiciesen unos con nombre de Funerales, y con circunstancias de triunfo. Asistió á ellos él mismo, y dió públicas señales de su dolor, sin queja de la Magestad. Depositóse su santo cuerpo en la Iglesia de los Apostoles, donde se entonaban Salmos en diferentes lenguas, y el Pueblo concurria en tropas á venerar su sepulcro, ardiendo en su honor cirios, y lamparas que encendia la devocion, y apreciando como reliquia de subido precio los fragmentos de varios metales que aplicaban á su cuerpo.

Explicóse la eloqüencia de los Prelados que asistian al Concilio, y cuya eminencia en el arte de hablar bien, los hacia célebres en la fama, en muchas declamaciones fúnebres, cuya viveza de expresiones, segunda vez daba alma á las virtudes que habia practicado, y aun casi repetia sensibles los tormentos que habia padecido. Concluídas todas las funciones de la obli-

obligacion, y de la piedad, mandó Teodosio, que se trasladasen á Antioquia sus preciosas reliquias, que se llevasen por los caminos públicos, y que saliesen á recibirlas con solemne aparato en todas las Ciudades: demostraciones que se miraron como novedad, por no acostumbradas entre los Romanos. Toda Constantinopla salió á despedir el cadaver á sus puertas, y pareció que en aquel dia habia crecido el número de los Ciudadanos. Por el camino concurrian de todas partes para acompañar al cuerpo, cantando Salmos junto al feretro, hasta que entró finalmente en Antioquia, y logró descanso arrimado al sepulcro de San Bábilas Martir, y uno de los Obispos mas célebres que contó aquella Ciudad.

En este tiempo respondió Teodosio á la Carta del Concilio, y para confirmar quanto en él se habia definido, publicó un Edicto en que mandaba que fuese universalmente recibida, y aprobada en todos los dominios de su Imperio la Fé del Concilio de Nicéa, y que al punto se restituyesen todas las Iglesias á los Católicos que confesaban un Dios en tres Personas, tan iguales en el poder, como en la adoracion que las era debida. Y para evitar los maliciosos equívocos que podian mezclarse en las pro-

profesiones de la Fé, declaraba, que solamente serian tenidos por Católicos los que se uniesen en comunion con ciertos Prelados de cada Provincia que él nombraba en el Decreto, y de cuya virtud estaba mui satisfecho, ó por haberlos comunicado, ó por la buena, y larga reputacion que se habian adquirido en el prudente gobierno de sus Iglesias.

Esperabase que lograria la Religion grandes ventajas con este Concilio, apoyado por la autoridad del Emperador, y que pondria fin al porfiado cisma de Antioquia que separaba el Oriente de Occidente la muerte de Melécio, causa, y principio de él, aunque inocente; pero obstinandose algunos espíritus parciales, y sediciosos en querer señalarle succesor bolvió á tomar cuerpo la llama de la discordia, cebandose entre los mismos Prelados Orientales.

Habia tenido principio esta diferencia en el Imperio del Grande Constantino, que dejandose prevenir, aunque, con sano zelo, de las calumnias que inventaron los Hereges, habia desterrado de Antioquia á su Patriarca Eustaquio, gran defensor de la Divinidad de Jesu-Christo. Apoderaronse los Arrianos de esta Silla, y poniendo en ella succesivamente á cinco, ó seis Obis-

pos

pos de su secta, maltrataron con tiranica opresion álos Católicos, de los quales, unos cedieron á la violencia, y otros perseveraron firmes en la Fé, alentados del Presbítero Paulino, y á estos dieron el nombre de Eustaquianos. Los Arrianos, creyendo que Melécio era de su parcialidad le hicieron Patriarca de Antioquia; pero él apenas se vió en la Silla, quando se declaró abiertamente contra ellos, por lo qual se halló á un mismo tiempo abandonado de los dos partidos: los Hereges que le habian puesto en la dignidad, se sintieron de su mudanza, y los Católicos alabaron su zelo; pero no aprobaron su eleccion.

Sin embargo, como al fondo de su gran piedad, y singular dulzura, juntaba el arte de hacerse amar, que sabía con maravillosa perfeccion, en poco tiempo supo atraer mucho Pueblo al partido de su comunion. Algunos se arrimaban á él, desamparando á Paulino, y muchos que gemian inconsolablemente sujetos á la tiranía de los Arrianos, se acogian á su proteccion con tanta mayor confianza, quanta les daba la consideracion, de que él mismo habia caído en semejante flaqueza, y se persuadian, que sin salir del conocimiento proprio, hallaria motivos para no resistirse á la com-

pa-

pasión, siendo en él precision lo que en otros sería benignidad. Pocos dias despues se excitó contra él una deshecha persecucion, cuyo constante sufrimiento aumentó la veneracion con que ya le miraban, y el rebaño que habia comenzado á juntar con gran fatiga, creció por sí mismo á número excesivo en tiempo de su destierro. Aunque en los Católicos de esta Ciudad era una la doctrina, se dividia sin embargo la comunion, y se juntaban en dos lugares diferentes: unos hacian sus juntas en cierta Iglesia, que les habian cedido los Arrianos, respetando las canas de Paulino, y atendiendo á complacerle para empeñarle mas en la oposicion que hacia á Melécio, y otros se congregaban en la Paléa, Iglesia despoblada del Arrabál, y que por eso era conocida por el nombre de la Iglesia vieja.

Este cisma escandalizó á todo el Oriente. Pasó por Antioquia Lucifero, Obispo de Caller en Cerdeña, bolviendo del destierro que habia padecido en la Tebaida, y pareciendole empresa no imposible á su gran zelo, quiso acomodar esta diferencia; pero hallandose firmes los Eustaquianos en la resolucion de no comunicar con un Obispo establecido por los Hereges, incli-

nado él mismo por su genio duro, é inflexible, á no ceder un punto en materia de Religion, ordenó á Paulino de su privada autoridad. Parecióle que la parcialidad de Melécio, como mas dispuesta, ó menos negada á recibir la paz, se acomodaria facilmente con los Eustaquianos, viendo el pleito decidido á su favor, logrando por cabeza un Obispo mui digno de serlo, y que jamás habia querido entenderse con los enemigos de la Iglesia.

Pero le engañó su pensamiento, porque los apasionados de Melécio se dieron por ofendidos del agravio que le hacian, y aun mirando como punto de su reputacion el resistir á semejante proceder, pues se habia pasado á una accion tan importante, sin dignarse ponerla en su noticia, ni aun para la urbanidad, quando no fuera para la consulta, protestaron que á él solo reconocerian por Pastor, y que era nula su deposicion como hecha por solo un Obispo sin autoridad, fuera de su jurisdiccion, y que habia procedido sin escuchar á las dos partes interesadas. Instaronle para que viniese á Antioquia con toda diligencia, y se unieron á él mas estrechamente que antes.

Luego que llegó de Armenia (Provincia

cia donde se hallaba mucho tiempo habia desterrado) procuraron con empeño hacerle sentar en una misma Silla con Paulino, y aun pretendieron, que siendo mas crecido el número de sus parciales, él con ellos formaban el cuerpo de la Iglesia, y que por buena conseqüencia tocaba á los de otras comuniones, como miembros, y porciones separadas de este cuerpo, unirse á él. Pero Melécio, como solamente deseaba la paz, y buen convenio, sin dar oídos á estas proposiciones algo alborotadas, se contentó con entrarse en su Iglesia del Arrabál.

El dia siguiente pasó á verse con Paulino, y le suplicó, usando de terminos respetosos, y modestos, que tubiese á bien el que los dos apacentasen en comun el rebaño que el Señor les habia encomendado. Propusole como medio que se le ofrecia, para evitar entre los dos toda especie de competencia, que colocando los Sagrados Evangelios en la Silla Episcopal, ellos ocupasen los dos asientos colaterales; y que el que alcanzáse de dias á su competidor, se mantubiese pacificamente en la posesion de la dignidad; pero Paulino no dió oídos á la proposicion, firme siempre en la resolucion de no tener algun comercio con un

un hombre, á quien habian hecho Obispo los Arrianos.

Entre tanto se iban comunicando á toda la Iglesia las turbaciones que ocasionaba esta division. Paulino, como Italiano de nacimiento, supo sin mucha dificultad prevenir en su favor á la Iglesia Romana, y á todo el Occidente, y logró por su partido al Papa Dámaso, que se declaró por su persona, de quien siempre habia formado un gran concepto, teniendole por hombre irreprehensible en sus costumbres, y en su Fé. Por el contrario el Oriente todo se aficionó á Melécio, como á Prelado, cuya virtud no era inferior á la de Paulino, y que sobre eso añadia el haber padecido tres veces el destierro en defensa de la Fé. El afecto que le tenian andaba tambien mezclado con algo de compasion, viendo á un hombre igualmente perseguido de los Católicos, que de los Hereges, y que sufriendo con igual constancia las sinrazones de unos, y otros, solo deseaba la paz, dispuesto á olvidarse de todos sus derechos á trueque de conseguirla. Pero aunque se hablaba con variedad en sus elecciones, no por eso se adelantaba la pasion á desestimar sus personas, conviniendo todos, en que Melécio sería digno de

gobernar la Iglesia de Antioquia si los Hereges no le hubieran puesto en ella, y que Paulino merecia ser Obispo como no fuese de Antioquia.

Pero en fin, desterrados de esta Ciudad los Arrianos en virtud del Edicto de Teodosio, se entregaron de su orden á Melecio todas las Iglesias que dejaban los Hereges, prefiriendole á Paulino, mas con pacto expreso, de que muriendo uno antes que el otro, le succederia en su lugar el que sobreviviese, estando á su devocion, y obediencia todas las Iglesias del difunto; y aun añaden algunos Historiadores, que fue firmado este convenio por seis Clerigos de la primera suposicion, y de aquellos cuyos meritos los ponia mas inmediatos á la Mitra, obligandose con juramento á no permitir se eligiese otro para este Obispado, ni aun aceptarle ellos mismos durante la vida de alguno de los dos.

Con estas precauciones se podia esperar que la muerte de Melecio pondria fin á la disension, y mas quando estando para morir este Prelado habia hecho llamar á los Padres del Concilio, y teniendolos delante, los conjuró que no le diesen succesor, y dexasen á Paulino en pacifica posesion de su Iglesia. Pero quando se llegó á tratar de es-

este negocio, se dividieron los votos, segun la inclinacion de los ánimos á la paz, ó á la discordia. La mayor parte de los Prelados ancianos fue de sentir que no se pasase á la eleccion de nuevo Patriarca, porque esto sería enconar los espíritus, y hacer perpetuo el cisma, representando al Concilio, que sobre no desmerecer Paulino esta Dignidad, habiendo conservado siempre un tenor de vida irreprensible, se hallaba en edad tan adelantada que no prometia larga duracion; y que no solo pedia la caridad no acelerarle la muerte con nuevas pesadumbres, sino que se daria por maltratada la justicia si se atropellaba sin razon por la palabra que se le habia empeñado.

Al contrario los Obispos mozos fueron de parecer que no se debia permitir se hiciese como hereditaria la succesion del Obispado, y mas quando esto era obscurecer la buena memoria de un Prelado tan benemérito como Melecio; que tampoco se debia echar en olvido que Paulino era hechura de Dámaso, Pontífice nada afecto á las Iglesias de Oriente; y que de aun éstas se darían justamente por agraviadas si se consentia en una eleccion practicada por un Obispo Occidental, sin derecho, sin au-

toridad, y sin mas comision que la de su proprio capricho.

Gregorio, que presidia entonces en el Concilio, y que solo habia aceptado la Silla de Constantinopla para autorizar su mediacion, y sosegar con ella las turbaciones de la Iglesia, sintió mucho esta nueva contestacion previendo bien sus malas conseqüencias; quando llegó el caso de hablar se opuso con resuelta fortaleza á los que pretendian se pasase á nueva eleccion, representando que semejante proposicion, no solo era contraria á la paz, sino mui agena de la honra, y nada conforme á la buena Fé; que debian poner los ojos en el bien público, apartandolos de ciertos respetillos particulares, considerando que siendo la Iglesia no mas que una disonaban mucho aquellas distinciones de Oriente, y de Occidente, cuyo eco tenia no sé qué visos de parcialidad, por no decir de cisma declarado; que si querian satisfacer la inmoderada pasion de elegir nuevo Patriarca podrian hacerlo sin escandalo esperando poco tiempo, pues no podia ser larga la vida de Paulino en una edad cargada de años, y consumida de trabajos, en cuya breve detencion cumplirían con la conciencia sin perder de su derecho.

Ni hizo fuerza en aquellos ánimos inquietos este aviso tan prudente, insistiendo siempre en que ellos no habian tenido parte en el convenio de los dos Patriarcas, y alegando que habiendose dignado Jesu-Christo escoger para su nacimiento las regiones Orientales, era puesto en razon que las de Occidente se subordinasen á ellas reconociendo la superioridad de aquella Iglesia. Defendianse con estas razones, y aun se dexaron persuadir algunos Obispos ancianos, arrimandose el partido de los mozos, si ya no se resolvieron á esta accion por temer que tomaria mas cuerpo el cisma con la resistencia. Solicitaron poderosamente á Gregorio para que mudase de dictamen; pero hallandole inflexible se declararon contra él como parcial de los Occidentales. Desazonó tanto á Gregorio este procedimiento tan fuera de la razon, que no queriendo consentir en su injusticia, y desesperando de ponerlos en camino razonable, salió del Palacio Episcopal donde se celebraba el Concilio, resuelto á renunciar su Obispado, pues no servia la Mitra para lograr con ella todo el bien que deseaba.

Informado Teodosio de estos desordenes procuró embarazar con todo esfuerzo que pasasen adelante. Fue al Concilio, exhor-

hortó á unos, y á otros á la paz por el bien de la Religion, hizose cargo de las razones que se alegaban por una, y otra parte, inclinóse al parecer de Gregorio; pero viendo que iba tomando mucho cuerpo la conspiracion en el partido contrario, se apartó del empeño pareciendole que no debia oprimir la libertad de los votos, y que no era ya posible la reduccion de una parcialidad tan poderosa. Ya no restaba otro camino para la composicion sino el que la ajustasen los Obispos de Egipto, y Macedonia que se esperaban cada dia. No quiso Teodosio llamarlos al Concilio por las primeras convocatorias; porque los primeros favorecian abiertamente á Melecio, y los segundos eran declarados dependientes de la Iglesia Occidental; pero quando llegó el caso de que se tratase el negocio de Antioquia le pareció que unos, y otros podrian ayudar mucho á defender los derechos de Paulino; los de Egipto porque el Concilio de Alexandría habia aprobado su Consagracion, y los de Macedónia por la buena inteligencia que mantenian con el Papa Dámaso; pero quando se vieron en el Concilio todos conspiraron en excluir, y anular la eleccion del Arzobispo de Constantinopla sin embarazarse mucho en la del de Antioquia.

Timotéo, Patriarca Alexandrino, pretendia que era ilegitima, porque se habia executado sin que él interviniese, y los Obispos que le acompañaban se aplicaron á su voto sentidos de que no se les hubiese dado parte en su eleccion. Miraban con sobrecejo á los que le habian hecho Obispo, pareciendoles que el haber pasado á esta resolucion sin comunicarla con ellos era desprecio estudiado; y queriendo darles que sentir en despique de su desaire hicieron esta oposicion sin que por eso dexasen todos, y cada uno en particular de mirar con aprecio, y veneracion á la persona de Gregorio. No obstante para disimular su pasion con alguna buena apariencia, pretextaron que Gregorio habia pasado del Obispado de Sósimo al de Nazianzo, y de éste al de Constantinopla contra lo que disponian los Sagrados Cánones. Aunque semejantes traslaciones se hallaban à la sazon sobradamente autorizadas por una mala costumbre permitida en aquel tiempo contra los Estatutos antiguos; con todo eso tampoco habia incurrido Gregorio en esta casi general transgresion, porque viendo que dos Metropolitanos habian provisto á un mismo tiempo el Obispado de Sósimo; él deseoso de la paz, le renunció antes de exercer

cer ninguna funcion de la Dignidad; y llamado despues por su Padre al de Nazianzo, para que en su larga ancianidad le sirviese de báculo en el gobierno de aquella Iglesia, él lo hizo dirigiendola como Coadjutor, y no como Propietario, razones que le hacian facil la justificacion contra este cargo, y desvanecian la nulidad pretendida en su promocion.

Aunque los Obispos que le habian colocado en la Silla Arzobispal estaban arrepentidos de su eleccion, y poco satisfechos de su entereza; pero era ya empeño suyo defender lo que una vez habian executado. No pudo sufrir Gregorio el verse objeto de la pasion de los que le acusaban, ó defendian por capricho, y tomó esta ocasion para executar la retirada que muchos dias antes habia ya resuelto. Dexóse ver de todo el Concilio, y componiendo el semblante ácia la gravedad, y el respeto, suplicó á los Padres con palabras de mucha entereza, de eficaz significacion, y de obsequioso respeto, que tratasen solamente de dar paz á la Iglesia, y no se embarazasen en lo que tocaba á su persona, porque si él era la causa de aquella tempestad estaba resuelto á entregarse como otro Jonás al mar para componer la saña de los vientos; que

habia recibido el Obispado contra toda su voluntad, y que le renunciaba ahora con todo su corazon, solo con el escrúpulo de que tendria poco merito en semejante renuncia, porque la mandaba el amor propio sin exercicio de la humildad, y sin noticia de la repugnancia; que á la verdad, despues de tantas agitaciones, ya parecia debido á sus años, y achaques algun breve parentesis de quietud descuidando de los otros para atender asi con prevenirse asi á una muerte sosegada despues de una vida tan inquieta. Con esto se despidió de los Padres, dexandoles encargado, que pues con su ausencia les quitaba delante el principal motivo de la division, tratasen de unirse en lo demás, y de darle un succesor, cuyo zelo por el bien de la Iglesia, y defensa de la Religion supliese lo mucho que habia faltado á su tibieza.

Admiró este discurso á los Obispos, mas no los desagradó. Unos miraban con gusto caer por sí mismo al que habian levantado sin su consentimiento, y otros se alegraron de verse libres por este camino del empeño en defender lo mismo que no quisieran consentir. Aceptóse la renuncia del Arzobispo, y salió del Concilio sin que hubiese alguno que hiciese la menor instancia para detenerle; solo le siguieron algu-

nos Santos Prelados, que no pudiendo escuchar sin escandalo la aceptacion de la renuncia se taparon los oídos al hacerla, y se salieron con él.

Solo restaba alcanzar el consentimiento del Emperador. Pidióle audiencia, y habiendola logrado, despues de suplicarle que mirase por la paz del Concilio, y reprimiese con su autoridad á los que no hacia fuerza el temor santo de Dios, le pidió licencia para retirarse. Sorprehendióse Teodosio al oír semejante súplica, porque no acostumbraban pedirle gracias de aquel tenor; quiso detenerle alegando varias razones á que añadia eficacia su natural eloqüencia, y aun se ofreció á mediar para mantenerle en su Dignidad. Pero el Arzobispo le representó que era mui ageno de un Emperador de su piedad, y justicia preferir los intereses de un particular á los de toda la Iglesia; y por lo que á él tocaba le parecia no solo conveniente, pero necesario hacer este sacrificio de su Silla en unas circunstancias en que ni sus años, ni sus achaques le dexaban casi fuerzas para asistir á su rebaño sino con los deseos, y con las oraciones.

Dióle Teodosio su consentimiento, mas por no afligirle que porque le hiciesen fuer-

za sus razones; y saliendo de su presencia el Arzobispo mandó convocar el Pueblo en la Iglesia Catedral, donde (oyendole tambien todos los Padres del Concilio) pronunció aquel ultimo, y célebre Sermon en que dió cuenta de su administracion, y de su conducta. Representó el estado en que se hallaba la Iglesia de Constantinopla, como en su tiempo habia renacido en ella la Religion, como se habia aumentado, y lo mucho que él habia hecho, y padecido por este asunto. Explicó la doctrina que habia predicado, y confiado en su inocencia á exemplo de Samuél, y de San Pablo, hizo jueces á sus mismos oyentes de su desinterés, y del cuidado que habia tenido (despues de anunciarles el Evangelio) de recogerse en sí mismo, atendiendo á conservar la pureza de su Sacerdocio. Expuso en terminos breves, y precisos las principales causas de su retirada, que se reducian á las contestaciones que veía en la Iglesia sin poder remediarlas, y á las importunas representaciones que le hacian en tono de queixa, y de reparo, que trataba con nimia condescendencia á los Hereges, y que no se advertia, ni en su trén, ni en su persona' ni en su mesa el menor aparato, ú ostentacion que significase la grandeza de su empléo:

pléo: lo que se llamaba no acertar á mantener bien, y con decencia la Dignidad, ó querer condenar en los otros el fausto Secular.

En fin, despues de exôrtar al Pueblo á que se mantuviese en la Fé que él le habia enseñado, á los Hereges á reducirse, á los Cortesanos á reformarse, y á los Obispos á componerse, y á renunciar las Dignidades á su imitacion, si por este camino podian contribuir á la paz, y despues de haber pedido que le diesen un sucesor de virtud acreditada, de entereza conocida, y que tuviese valor para grangearse enemigos por defender la justicia sin faltar á la caridad, ni dexarse llevar de la condescendencia; se despidió de todas, y cada una de sus Iglesias, particularmente de su querida Anastasia, y despues de todas las Congregaciones, Ordenes, y Comunidades de la Ciudad. Pidiólas que se acordasen de él, y de sus trabajos, de que no pedia otra recompensa que la permision de retirarse. En lugar de las aclamaciones que otras veces resonaban en la Iglesia al oír sus eloqüentes Panegíricos, solo se percibian ahora llantos, gemidos, y sollozos, retirandose todos á sus casas bañados en lágrimas los ojos, y anudada la voz con los suspiros: y el Arzobispo mostrandose hombre en la ter-

ternura, pero santo en lo inflexîble de su resolucion, se fue á gozar las delicias de la soledad á que habia siempre aspirado con tan amorosas ansias.

El dia siguiente entró Teodosio en el Concilio, y mirando como uno de los mas importantes negocios del Imperio la eleccion del nuevo Arzobispo de Constantinopla, se quexó con terminos bien significativos de las continuas altercaciones, y disputas en que andaban, tan agenas de sus dignidades, y carácter, como escandalosas á los Católicos, y utiles á los Hereges. Manifestóles lo mucho que le habian disgustado en obligar á Gregorio á renunciar la Silla de su Corte, en donde si procedieran con la sinceridad que pedia su estado, y ministerio, debian haberle colocado, aun en caso que no le hallasen en ella, atendiendo á los grandes servicios que habia hecho á la Iglesia, y á los inmensos trabajos que habia padecido por establecer la Religion.

Dixoles que aunque le habia costado mucha dificultad el concederle licencia para retirarse en un tiempo en que la Iglesia necesitaba mas que nunca de Prelados Doctos, Santos, juiciosos, y pacíficos, siendo mui raros los que tenian estas partidas; se

la habia en fin concedido, aunque con sumo dolor suyo, rindiendose á sus instancias, y por el bien de la paz; pero que les encargaba que le buscasen un hombre capáz de llenar dignamente su vacío; y que tratasen de ajustarse en su eleccion, de manera que no hubiera mas altercaciones, porque les hacia saber que ya iba pecando de remiso el sufrimiento.

Mandólos formar una memoria de todos los sugetos capaces de este empleo, y dispuesta la lista de sus nombres en un pliego de papel se la entregasen á él, porque queria elegir por sí mismo al que le pareciese mejor. Reconocieron los Obispos la poca satisfaccion que tenia Teodosio de su conducta, y aunque dieron por bien empleado este disgusto á trueque de salir con sus intentos, procuraron aquietarle, y para eso se resolvieron á complacerle poniendo los ojos en varias personas de su especial cariño, y estimacion. Hallabanse ocupados en este importante negocio, quando Nectario, natural de Tarso en Cilicia, Caballero mui conocido por la venerable antigüedad de su Casa, sembrada de Senadores, y Gobernador que habia sido de Constantinopla; concluído su Gobierno se fue á despedir de su Obispo Diodoro por si le

mandaba alguna cosa para su País, á donde pensaba volverse. Trataron en la conversacion de varios puntos, y como Diodoro tenia ocupada la imaginacion en las idéas del nombramiento que acaso le embarazaba, miró muchas veces atentamente á Nectario, y reparando en la dulzura de su conversacion, y que tenia un no sé qué de magestuoso, y grave en el aire de su persona, y semblante, resolvió proponerle al Concilio para Obispo.

Con este fin le suplicó, pero sin descubrirle el pensamiento, que le viniese acompañando á casa de cierto Obispo amigo suyo á quien deseaba conociese antes de su partida. Siguióle Nectario sin dificultad, y Diodoro le introduxo al conocimiento de su amigo, alabando mucho las partidas del Gobernador, y llamandole aparte, le solicitó con poderosas instancias que le aplicase su voto, y le hiciesen lugar entre los que habian de subir consultados á Teodosio. Tenia á su cargo este Prelado el disponer la consulta, y entregarsela despues al Emperador; y aunque hizo burla de la pretension de Diodoro, no hallando en Nectario mas prendas recomendables que la de su ancianidad, y buena representacion, le puso en fin en la nómina por no desazonar

nar á su amigo en un punto que le tenia poca costa.

Pocos dias despues pidió el Emperador la lista de los Obispos, y la exâminó con toda atencion. Leyó una, y repetidas veces los nombres de los propuestos, y parandose en el que menos se pensaba, nombró en fin á Nectario para el Arzobispado de Constantinopla, ó porque siendo de su Corte le conocia mas que á otros, ó porque le pareció el mas oportuno para mantener la paz en aquellas coyunturas, porque fuera de tener un genio dócil, apacible, y facil de acomodarse, era sugeto, ni de talentos tan sobresalientes que excitasen la emulacion, ni de virtudes tan elevadas que pudiesen mortificar como carga á los que no podian atraer como exemplo. Nectario, que se habia detenido á instancias de Diodoro, no acababa de creer esta novedad quando llegó á su noticia, y la mayor parte de los Padres admirados de eleccion, á juicio de la prudencia tan extravagante, se preguntaban unos á otros ¿quién era aquel Nectario, en dónde habia nacido, qué Religion profesaba? Pero quando vinieron á entender que su vida no solamente no habia sido tan pura que mereciese ascender tan de repente el Sacerdocio;

cio; pero que ni aun habia recibido las Sagradas aguas del Bautismo, creyeron sin disputa que el Emperador estaba mal informado, y que habia sido contingencia la que ellos tenian por temeridad.

Representaron, pues, á Teodosio con terminos respetosos, que sin embargo de la suma veneracion, y ciega voluntad con que deseaban complacer á su Magestad en las menores insinuaciones de su gusto, no podian menos de hallar defectos esenciales, y Canónicos en la persona de Nectario, de que acaso su Magestad no estaria bien informado; que sus muchos años, y los importantes empléos que le habian fiado los Emperadores le habian hecho consumado en los negocios del siglo; pero que no habiendo tenido el menor grado, ni comercio en el orden de la Clerecía, no podia hallarse con el conocimiento necesario de los que pertenecian á la Iglesia, y que no estando aún bautizado no se hallaba en positura de poder ser Obispo. Iba esta representacion acompañada de razon, y de justicia; pero como el Emperador estaba prevenido contra los que la hacian, habiendo advertido en ellos tanta pasion, y falta de realidad, creyendo que habiendo excluído á otro Arzobispo, desechaban

tambien éste para elegir otro de su parcialidad, se mantuvo firme en su resolucion, y los Obispos se conformaron con ella sin mucha repugnancia.

De esta manera se vió Nectario Arzobispo por la autoridad del Príncipe que se hallaba ya empeñado en su eleccion por el consentimiento del Pueblo que admiraba su bondad, y por los votos del Sínodo que temia el enojo de Teodosio. Recibió el Bautismo, y con el trage de Neófito en que se hallaba, visitó los ornamentos de la Dignidad, subiendo al Obispado sin mas disposicion que la de no haberle pretendido. Para suplir el casi ningun conocimiento que tenia de las materias Eclesiásticas, le dieron por acompañados á Ciriaco, Obispo de Adánes en Cilicia, á Evagrio del Ponto, á quien habia hecho Diácono Gregorio Niseno, y algunos otros Eclesiásticos doctos, y bien intencionados, unos para instruírle en las funciones Episcopales, y otros para no dexarle engañar de los Hereges. Su vida despues de consagrado fue mui exemplar, y su Fé siempre ortodoxa; pero se portó con una facilidad, é indulgencia tan indiferente en puntos de disciplina, que los Hereges se hubieran aprovechado mucho de ella si el Emperador no

los hubiera reprimido revistiendose él para reparar la falta cometida del vigor, y vigilancia que faltaba á este Arzobispo.

Terminado asi este negocio solo se pensaba en la conclusion del Concilio. Los que no se habian hallado en las primeras Sesiones firmaron lo que en ellas se habia definido contra las heregías, y abusos condenados. Dióse lugar á Nectario en el numero de aquellos Obispos principales, que eran como el centro de la comunion en sus Provincias. Teodosio por su parte renovó los Edictos en favor de la Religion, y para dar fin al Concilio con alguna accion ruidosa, hizo trasladar á Constantinopla las cenizas de San Pablo su antiguo Obispo, martirizado por los Arrianos en Cucúso, desconocida poblacion de Armenia, á donde ellos mismos le habian desterrado. Salieron todos los Padres á recibir estas venerables reliquias mas allá de Calcedonia, y las conduxeron á la Corte con aparatos de triunfo. Mandó Teodosio que se colocasen en un suntuoso Templo fabricado por Macedonio despues que se apoderó de la Silla de este Santo, por cuyo medio contribuyó el perseguidor á la gloria del Mártir, y Teodosio dió á conocer, por las honras que rendia á la buena memoria de los

Pre-

Prelados que habian muerto en defensa de la Fé, el ódio con que miraba á los que en vida se declaraban sus émulos.

Asi se terminó ácia los fines de Julio del año de 381. este Concilio que todo el Oriente reconoció por Ecuménico, y el Papa Gregorio contó despues entre aquellos quatro que él reverenciaba como los quatro Evangelios. Las pasiones particulares, y los intereses personales turbaron algo el expediente de este Concilio, mas no por eso dexó de establecerse la verdad contra el error de los Macedonianos, reuniendo Dios, para confirmacion de su Fé, los espíritus que dexa en manos de su prevencion, y no embarazando los desordenes que permite á los fines de su providencia que pretende.

Los Obispos se retiraron á sus Iglesias, y Teodosio tomó el camino de su Egército, que el General Promóto, segun las instrucciones que tenia, iba juntando ácia las fronteras de la Mésia. Incorporados los Hunos, Scitas, y Carpodaques habian hecho irrupcion por aquella Provincia, y comunicandose el terror con la noticia en los Pueblos de la comarca, habian retirado sus personas, y haciendas á las Plazas interiores abandonando sus casas al furor del ene-

migo. Animólos el Emperador con su presencia, y habiendo hecho la revista de sus Tropas, salió en busca de los Bárbaros, y los dió la batalla. No refieren los Historiadores mas circunstancias de esta jornada, y se contentan con asegurarnos que alcanzó una gran victoria, quedando en el campo la mayor parte de los enemigos, huyendo los otros en desorden á su País, de donde no osaron salir á inquietar la vecindad. Con esta rota quedaron las Tropas en la reputacion de invencibles, gobernadas por Teodosio, y persuadidos los Pueblos que en adelante nadie osaría asustarlos: viendo el castigo tan inmediato al atrevimiento, volvieron animosos al cuidado de sus casas, y cultivo de sus tierras. Comenzaron desde entonces á repararse las pérdidas pasadas, y el Imperio disfrutó con tranquilidad el justo, y glorioso gobierno de Teodosio.

En estas circunstancias, y por este tiempo fue quando el Rey de Persia resolvió hacerle una solemne embajada para concluir con él una paz firme, y ajustar una alianza perpetua. Armadas casi siempre estas dos Naciones una contra otra, ó por arreglamientos de límites, ó por pretensiones, y diferencias que suelen comunmente ori-

originarse entre Estados igualmente poderosos, y vecinos, mantenian desde mucho tiempo una porfiada, y cruél guerra, solamente interrumpida por algunos intervalos de paz, ó parentesis de treguas, cuya duracion se estendia siempre á pocos años. Constancio pretendió muchas veces pasar el Tigris, y el Eufratres, y estender por aquel lado sus fronteras; pero pocas veces sal'ó airoso del empeño; en una, ú otra ocasion logró algunas ventajas por medio de sus Capitanes, y siempre quedó rechazado, y vencido quando emprehendió en persona propia este asunto. Pero contentóse la desgracia con perseguir á los Emperadores, y á sus Tropas sin pasar mas adelante; porque en lo demás, contentandose los Persas con defender sus Plazas, ó no sabiendo aprovecharse de la victoria, no habian seguido el alcance, ni conquistado al Imperio un palmo de terreno.

Juliano continuó la guerra; pero muerto en una batalla por golpe que le disparó mano invisible, y empeñado el Egército en País enemigo, donde era forzoso perecer, ó á la fuerza de las armas, ó al rigor de la necesidad, se juntaron los Gefes para elegir un Cabo capáz de sacarlos del estrecho en que se hallaban, y poniendo los ojos en

Joviano le hicieron Emperador con el consentimiento, y aclamacion de todo el Egército. Empeñado este Príncipe en reparar las faltas de su Predecesor, buscó todos los medios de combatir con ardimiento, y aun hizo algunos progresos contra el enemigo; pero informado Sapór, Rey de Persia, que los Romanos se hallaban reducidos á comer la carne de los Caballos, no quiso ponerse en terminos de venir á las manos en batalla abierta, y sitiandolos á lo largo los dexó en poder de la hambre para que los consumiese. No obstante, aunque los vió reducidos á tal extremo que no podia escaparsele solo uno; pero temiendo los ultimos esfuerzos de la desesperacion en corazones tan valientes, y considerando que las capitulaciones se hacian mas seguras por los tratados que por las armas, los despachó sus Embaxadores para hacerles como por una especie de indulgencia proposiciones de paz.

Pero esta aparente modestia no dexó de tener sus circunstancias que la hicieron mui cruél; porque sobre gastar quatro dias en la negociacion, quando el apuro de la hambre representaba como siglos los instantes, vió tiránicamente el infelíz estado en que se hallaban los vencidos imponiendo condi-

diciones, cuya aceptacion hizo inescusable la necesidad, reservando para mejor tiempo su desagravio el honor. Fueron éstas, que el Emperador cedería á los Persas cinco Provincias con algunos Castillos sobre la orilla del Tigris; que les entregaría las Ciudades de Nisibe, y de Singaro, y sobre todo que no daria socorro contra la Persia á Ausacio Rey de Armenia, Príncipe fidelísimo, y que constantemente habia mantenido buena amistad, y correspondencia con el Imperio. Firmó Joviano estos artículos dexando gobernar la mano por la necesidad, y aunque hallandose despues fuera del riesgo, le procuraron persuadir al rompimiento, alegando la ninguna libertad con que se habia obligado, y ofreciendose los vecinos de Nisibe á defender ellos solos la Ciudad contra todo el poder de Persia, nunca consintió que se violase la Fé pública en que una vez le habia empeñado su desgracia. Con que se entregaron los rehenes de una, y otra parte, y se concluyó la paz entre las dos Coronas por espacio de treinta años.

Pero esta paz produxo por efecto muchas guerras. Engreidos los Persas con su buena fortuna, creyeron que podian sojuzgarlo todo poniendo la justicia de la

guerra en la razon de sus armas; y los Romanos mal hallados con su desgracia, solo esperaban ocasion de resarcir las quiebras pasadas con mayor prosperidad. Situada la Armenia entre los dos Imperios, podia inclinar mucho el peso de los negocios ácia la balanza á que se arrimase con que unos, y otros aspiraban á su posesion con todo el calor de un empeño interesado. Sapór despues que dió algun tiempo al descanso para hacer provision de fuerzas, y de aliento, procuró apoderarse de este Reino. Solicitó á la Nobleza con caricias, y forzó al Pueblo con violencias metiendole la guerra hasta el corazon del País; y habiendo ajustado unas vistas con Alsacio, atrayendole á ellas con fingidas demonstraciones de amistad, y benevolencia le encerró en la Ciudadela de Agábano, donde no mucho tiempo despues le hizo dar muerte.

Temió Pará, hijo de Alsacio, el mismo tratamiento, y por consejo de la Reina su madre imploró la proteccion de los Romanos arrojandose en sus brazos. Valente que ya habia succedido á Joviano, le recibió con agasajo, y le puso su Corte en Neocesaréa, donde le hizo tratar, y criar como Rey en el cuidado, y la soberania. Poco tiempo despues mandó á Terencio, uno

uno de sus Generales, que le llevase á Armenia, y pusiese en posesion de sus Estados como sus Vasallos se lo pedian con repetidas instancias, y aunque el Emperador executó esta accion con grandes precauciones, ordenando á Terencio que no conduxese, ni aun con el pretexto de asegurar su persona, ningunas Tropas, ni se hallase presente á la coronacion del Príncipe, no por eso dexó Sapór de explicar su sentimiento, quexandose de que se asistía á la Armenia, y se quebrantaba uno de los principales articulos del ultimo tratado. Entró con un poderoso Egército en este Reino, y no pudiendo apoderarse de la Persona del Rey que se retiró á la montaña, donde estuvo escondido cinco meses, arrasó el País, y tomó despues de un sitio obstinadísimo la fortaleza de Artogerasa, donde se habia refugiado la Reina madre con los tesoros del Rey difunto.

Viendo Valente inevitable la pérdida de la Armenia, si no se acudia al daño con remedio pronto, mandó al Conde Arintéo que marchase con el Egército que estaba á su cargo en socorro de los Armenios, y los defendiese si no dexaban de molestarlas. Sapór que tenia dóciles las virtudes, y los vicios, y sabía ser humilde, y sobervio,

vio, segun lo pedia el tiempo, se contuvo algo, quando llegó á su noticia que se iba acercando el Egército del Imperio. Quiso asegurarse del animo de Pará, y ofreciendole primero una alianza, y proteccion inviolable, le induxo por medio de algunos Cortesanos que corrompió con largas dádivas á deshacerse de dos Consejeros suyos que le servian con toda fidelidad. Despachó despues dos Embaxadores á la Corte de Constantinopla, representando que esta Corte no tenia derecho, ni motivo para asistir al Rey de Armenia, y que en hacerlo cometia una declarada infraccion con que irian por su cuenta los desagravios del sentimiento.

No hizo Valente mucho aprecio de la embaxada, respondiendo á ella con sequedad, que él no se metia en las diferencias de los Persas, ni de los Armenios; que los Príncipes podian enviar libremente sus Egércitos á qualquiera parte de sus dominios, segun lo pidiese la necesidad de los negocios, sin que nadie pudiese pedirles cuenta, ni ellos debiesen darla de sus resoluciones; que no hacia alguna liga en perjuicio de los tratados; pero que tenia él mas accion á defender al Rey de Armenia, que Sapór á oprimirle indignamente, porque

si lo primero era contra la fé de un tratado, en lo segundo se atropellaba por la honra, por la justicia, y por todo el derecho de las gentes. Con esta respuesta despidió á los Embaxadores, y tomandola Sapór por señal de rompimiento, hizo levas, y se previno con grandes preparativos de guerra para salir á campaña luego que desahogase el tiempo. El Emperador de su parte envió contra él al Conde Trajano, y á Vadomario, Rey de los Alemanes, con orden de observar á los Persas; pero sin pasar al menor afecto de hostilidad si no que fuesen provocados, ó compelidos con necesidad extrema.

Tomaron los dos Generales la vuelta de la frontera, seguidos de todas las Legiones, procurando acampar siempre en puestos ventajosos, y acomodados para la Infantería que era el principal nervio del Egército. Mantenianse encerrados en las trincheras, y aun amagaban á retirarse si alguna vez se acercaba el enemigo, temiendo no se les imputase el rompimiento de la tregua; pero en fin, llegando los Persas á forzarlos en su mismo alojamiento, persuadidos á que las arremetidas de aquellas retiradas eran mandadas del miedo, y no de la prudencia, se vieron precisados á ve-

venir á las manos. Fue dura, y sangrienta la refriega; pero al fin se declaró la victoria por los Romanos; y Sapór perdida la batalla, se retiró á Cresiponte, desde donde pidió una tregua que le fue concedida sin detencion.

Entretanto, los que tenian á su cargo el atender á los negocios de Armenia, escribieron al Emperador, que era preciso enviar otro Rey á estos dominios, que todas las cosas se hallaban en confusion, que Pará trataba con tiranía á sus Vasallos; y exâsperandolos con su orgullo, los obligaba á arrojarse en los brazos de los Persas, lo que pondria de mui mal semblante los intereses del Imperio. Con esta noticia hizo Valente que Pará viniese á verle con pretexto de conferir sobre las coyunturas presentes, y habiendole dexado en Tarso de Cilicia, sin decirle palabra, le señaló gran numero de Oficiales, y Soldados en la apariencia para servirle, y en la realidad para asegurarle. Echó de ver este Príncipe su prision, y aun no dando su vida por segura, se desapareció una mañana con tanta diligencia, que aunque le siguieron por diferentes atajos, y caminos no fue posible alcanzarle, y entró en sus Estados sin dar en ninguno de los muchos lazos que le tenian

nian dispuestos en varias partes. Recibieronle sus Vasallos con grandes demostraciones de alegría, y él disimulando las justas quexas que tenia del Emperador, perseveraba firme en la fidelidad que habia jurado al Imperio.

Pero los que gobernaban las Tropas que acampaban en la Armenia, y demás Provincias confinantes, temiendo que no pusiese el Reino en poder de los Persas, escribieron á la Corte, acusandole de que mantenia inteligencias ocultas con los enemigos; que habia condenado á muerte á dos Ministros, fieles á su servicio, y afectos á los intereses del Imperio, y sobre todo que usaba mucho de supersticiones, poniendo la felicidad de lo que resolvia en los encantos á que se entregaba, llegandose á divulgar que sabía el secreto de transformar á los hombres en brutos, ú de consumirlos con accidentes incurables, destemplando los humores por causas ocultas. Y para executar su perfidia los que habiendole seguido le desamparaban, suponian que hasta aquel tiempo no habian advertido sus enormes excesos, porque les tenia turbada la vista, ó viciando el organo, ó alterando la superficie de los objetos. Valente, cuya facilidad, y desconfian-

za le habian hecho aprender como fatales á su vida semejantes maleficios, mandó secretamente que por fuerza, ó por artificio le librasen de un hombre tan peligroso; y este orden se executó poco tiempo despues en un festin, donde Pará fue inhumanamente asesinado.

Asustado Sapór con la pérdida de la ultima batalla, y mucho mas con la muerte del Rey de Armenia, con quien esperaba tomar medidas á su parecer infalibles contra los Romanos, volvió toda la atencion á las negociaciones. Despachó, pues, á Alsacio, uno de los principales Señores de su Corte, para que propusiese al Emperador que deseaba componer todas las diferencias amigablemente, y que para este fin le parecia medio no solo oportuno, y necesario, pero aun casi unico el que los dos de comun acuerdo arruinasen toda la Armenia, unico incentivo de las divisiones, y las guerras, faccion que en las circunstancias presentes hacia mas justificada, ó menos odiosa el hallarse aquellos Estados sin Rey, ni otro legitimo dueño. Desechó Valente la proposicion, y respondió á ella, que él estaba puntualmente á los ultimos tratados, y no queria innovar un ápice en este punto.

Des-

Despues de muchos debates, que salieron siempre inútiles, pasaron á las amenazas, y en fin, llegó el caso de prevenirse una, y otra parte para la guerra. Mandó Valente hacer levas en el País de los Scitas, resuelto á entrar en Persia con tres cuerpos de Egército al abrir la Primavera. Sapór imploró el socorro de sus aliados, y formó de él, y de sus Tropas un Egército formidable. Anticipóse á los Romanos, y se echó sobre algunas Provincias de la frontera que poco antes habian conquistado. Sobrevino en este tiempo la revolucion de los Godos, con que fue preciso ajustarse con los Persas, sin reparar entonces en las condiciones poco decorosas, pero necesarias.

Gozaba Sapór de los frutos que le ofrecia el felíz estado de los negocios presentes, y criado desde la cuna con los animosos espíritus de la guerra, pensaba en mayores empresas, sin que le entibiase el ardor de la ambicion la natural frialdad de los espíritus en una edad mui abanzada. Pero quando supo que Teodosio habia ascendido al Trono del Imperio, y llegaron á su noticia con todo el lleno de la fama las grandes qualidades de que la habia dotado el Cielo, con las heroicas proezas

que

que habia executado, aspirando á la amistad de un Principe tan amable, ó temiendo la reputacion de un Capitan tan valiente, le hizo una solemne embaxada, manifestandole el gozo con que celebraba su felíz promocion á la Diadema, y diciendole que despues de haber mantenido la guerra, no sin dicha del valor, y alhago de la fortuna, contra quatro Emperadores, á quienes podia gloriarse sin violentar mucho la razon que habia vencido en diferentes encuentros; tenia ahora mejor colocada su vanidad en haber hallado uno con quien pudiese cultivar una perfecta inteligencia; que le suplicaba le admitiese á su amistad permitiendole pasar el breve espacio de vida que le restaba en la pacífica y gloriosa union de su constante alianza; y concluía ofreciendose á terminar las diferencias de las dos Naciones, sobre sus pretensiones á la Armenia, y la Iberia, por un acomodamiento razonable.

Teodosio que no ignoraba quan necesaria era la paz al Imperio, y lo mucho que cuestan las guerras á los Pueblos, aun quando son gloriosas á los Reyes que las mantienen, oyó gustoso estas proposiciones de paz, y respondió á los

los Embaxadores, que daba gracias al Rei su amo por las generosas ofertas que le hacia, ofreciendole él por señas del reconocimiento su fiel, y segura amistad; que habiendo sido llamado á la Corona, fue su primer cuidado terminar las guerras que estaban pendientes; pero evitando con escrupuloso reparo embarazarse en otras nuevas; que no podia negar, habian asistido á sus Predecesores motivos mui justificados para romper con los Persas, pero que él estaba en ánimo de corresponder siempre á las buenas intenciones de los Príncipes que deseasen vivir con él en buena inteligencia; y que hallandose su amo con esta resolucion, con dificultad encontraria otro amigo mas sincero; ni otro aliado mas fiel. Habia recibido Teodosio á estos Embaxadores con magnificencia extraordinaria, y deteniendolos algunos dias en su Corte, para arreglar con ellos los negocios de los dos Imperios, los despidió colmados de ricos presentes y llenos de la admiracion de su bondad y grandeza.

A este mismo tiempo llegaron á Constantinopla algunos Clerigos, deputados del Concilio de Aquileya, que acababa de condenar á dos Obispos convencidos

de Arrianismo. Pidieron audiencia al Emperador, y pusieron en sus manos las cartas de la asambléa, en donde presidian Ambrosio de Milán, y Valeriano de Aquileya. Estos Prelados despues de rendir crecidas gracias á Teodosio, por haber librado á la Iglesia Oriental de la opresion de los Arrianos, se quexaban con términos respetosos de la resolucion que se habia tomado en Constantinopla, de dár succesor á Melécio, y la miraban como una especie de persecucion contra Paulino, que siempre habia permanecido en su comunion. Suplicabanle que para remediar estos desórdenes, hiciese convocar en Alexandría un Concilio General de toda la Iglesia Católica, protegiendo despues con su autoridad Imperial. Ninguna cosa deseaba Teodosio con mas ansia que el vér concluídas de una vez todas las diferencias Eclesiásticas, y asi por lo que miraba á él, hubiera concedido con sumo gusto quanto le pedian; pero no atreviendose á resolver el menor punto de importancia sin larga consulta, y temiendo por otra parte juntar unos ánimos ya movidos, y agitados, tan dificiles á la concordia, como faciles á la division, escribió á todos los Obispos de Oriente,

suplicandoles concurriesen á Constantinopla, para deliberar de comun acuerdo sobre la propuesta de los Occidentales.

Poco tiempo despues recibió nuevas cartas de los Obispos de Occidente, en que representandole de nuevo la necesidad de un Concilio universal, para condenar la heregía de Apolinario, para instruír á los Católicos de los sugetos con quienes habian de comunicar, para exâminar la eleccion de Flaviano, y poner remedio á las demás turbaciones de la Iglesia, le suplicaban que hiciese convocar este Concilio; pero que tuviese á bien se celebrase, no en Alexandría, sino en Roma, porque asi lo deseaba el Emperador Graciano, juntando su parecer al de los Obispos. Teodosio que tenia bien conocida la delicadeza de los Orientales, picados de una falsa emulacion contra los otros, y celosos de ciertos derechos que vanamente se atribuían, previó desde luego que se resolverian con dificultad á pasar á Roma. Sabía con certeza, que nunca sufririan el que se les tocase el punto de Constantinopla, y que llegando este caso creceria la division en lugar de componerse; y aun él mismo miraba con poco agrado la convocacion de un nuevo

Concilio, en que se pensaba anular lo executado por el que de orden suya se habia celebrado el año antecedente, razones que le hicieron no adelantarse á responder, ni á Graciano, ni á los Obispos hasta sondar las intenciones de los que habia llamado.

Entre tanto bolvió Máximo á sus antiguas sediciosas manipulaciones. Desterrado de Constantinopla, y arrojado con desprecio de la presencia de Teodosio, se retiró á Alexandría, cuyo Patriarca con nimia ligereza le admitió á su proteccion. Aqui, pensando aún en el modo de turbar mas á la Iglesia, amenazaba á este buen viejo, que le arrojaria á él mismo de su Silla si no acababa de sentarle en la de Gregorio Nazianzeno; lo que acaso hubiera conseguido, si el Gobernador de Egipto, conociendo lo pernicioso de este espiritu inquieto, y alborotado, no le hubiera hecho salir de Alexandría. Viose obligado á vivir algun tiempo en el retiro de la soledad, donde violentando su genio, perseveró con algun sosiego por falta de ocasion; mas luego que llegó á su noticia la convocacion de un Concilio General en Roma, partió prontamente, y entró á largas jornadas en Italia, para prevenir á

los

los que aun no se hallaban informados de su escandalosa vida, ni ambiciosa intrusion al Obispado. Pidió audiencia al Emperador Graciano, y conociendo bien el ardiente celo que encendia su pecho por la Religion Católica, le dedicó un Libro, que se gloriaba haber dispuesto contra los Arrianos.

Pasó despues á verse con los Obispos, y les dixo, que habiendo padecido en Oriente tan inmensos trabajos por defender la razon, venia en fin, al País de la justicia donde tenia su asiento la equidad, y los Prelados perseguidos seguro asilo, y proteccion; que su Consagracion era Canónica, celebrada por muchos Obispos, autorizada por el Patriarca de Alexandría, executada á la verdad, en una casa particular; pero en un tiempo en que los Arrianos ocupaban infelizmente todas las Iglesias; y sin embargo de eso, se mantenia á Gregorio, y se acababa de elegir á Nectario con perjuicio de su derecho. Exhibióles las Cartas de comunion con Pedro de Alexandría, y no perdonó diligencia alguna para excitar su compasion, y animarlos contra los Orientales, de quienes reconocia no estaban mui satisfechos.

Con semejantes artificios, hizo revivir

las pasiones de muchos que estaban ya preocupados contra la Iglesia de Oriente, y aun toda la prudencia, y reflexîon de San Ambrosio se dexó engañar del profundo disimulo de este hipócrita. Admitieronle, pues, á su comunion aquellos Prelados, como á un hombre de punto, y de entereza, que segun los Cánones, tenia derecho al Obispado de Constantinopla; pero como no se hallaban con suficientes informes de este negocio, remitieron su decision al futuro Concilio, que presto se habia de convocar de todas las partes del mundo, y se contentaron con escribir á Teodosio, suplicandole se dignase recibir en su proteccion á Máxîmo, quanto lo pudiese permitir la paz de la Iglesia.

Mientras que estas cosas pasaban en Occidente, los Obispos Orientales llamados segunda vez del Emperador, iban llegando á la Corte de Constantinopla. Bolvieron la mayor parte de los que habian asistido el año antecedente, y los que no podian salir de sus Provincias dieron por escrito su consentimiento, y poder, para que se procediese en su nombre. Solamente Gregorio de Nazianzo no quiso tener parte en este Concilio, escusandose con

el

el poco, ó ningun fruto que ordinariamente suele sacarse de semejantes asambléas tumultuarias, y con sus muchos achaques, que no le permitian sin manifiesto peligro de la vida empreender este viage.

Luego que llegaron estos Prelados, les comunicó Teodosio la proposicion de los Obispos de Italia, y quiso oír su parecer sobre el Concilio que se pretendia convocar en Roma. Respondieron que ellos no se negaban á procurar el establecimiento de la Fé, y reunion de la Iglesia; pero que le pedian pusiese en su Imperial consideracion los ningunos motivos que habia para hacerlos ir tan lexos, que mientras el Occidente gozaba de una profunda calma, habian agitado al Oriente borrascosas tempestades, y despues de tantas persecuciones parecia mui necesaria á las Iglesias la presencia de sus Pastores; que en lo demás tampoco tenian poder de sus Compañeros para mas que consentir en el Concilio de Constantinopla, ni la estrechéz del tiempo daba ya lugar á consultarles sobre el asunto de Roma.

La misma respuesta dieron á los que les convidaban á este Concilio, añadiendo una profesion de Fé sobre la Trinidad, y sobre la Encarnacion; y despues

de hacerles un exâcto informe de quanto se habia practicado en las elecciones de Nectario, y de Flaviano, concluian suplicandoles que se dignasen de confirmarlas con su aprobacion, sacrificando qualesquiera otros afectos particulares al bien comun de la Iglesia. Deputaron tambien tres Obispos de su cuerpo á los Prelados de Italia, para testificarlos el singular consuelo con que hubieran ido á verlos, y asegurarlos de su sincéra inclinacion á la paz, y ardiente celo por la Fé. Reconoció Teodosio entre estas demostraciones de amistad, la mucha tibieza, y ninia indiferencia de aquellos ánimos mal avenidos; pero admitió sus escusas, pareciendole que no podia producir buenos efectos un Concilio, compuesto de partidos ya formados, y que justamente se debian temer de él mas escandalosas resultas, que las que con tanto dolor suyo habia visto en el de Constantinopla. Escribió, pues, al Emperador Graciano, y los Obispos de Italia, que habia considerado con sérias reflexîones la proposicion que se le hacia de un Concilio Ecuménico celebrado en Roma, y pasando á consultar este punto con los Prelados de su Imperio, todos le habian alegado la di-

dificultad de un camino tan penoso en sazon tan abanzada, y lo poco razonable que parecia, precisarlos á abandonar sus Iglesias para asistir á un Concilio, al parecer no mui necesario despues del de Constantinopla; que no habia podido resistir á estas razones; pero que estuviesen mui seguros por lo que á él tocaba, que contribuiría á la paz con todo el esfuerzo de su poder, y haria reducirse á ella á quantos dependian de él.

Ya en este tiempo habian llegado á su País los Godos que siguieron á Atanarico. Y como no habian salido de él por motivo particular que se tuviese en odio de sus personas, fueron recibidos con agasajo, y sin la menor resistencia. Haciase plausible de los mismos Bárbaros la fidelidad con que habian servido á su Principe hasta la muerte; y Fritigernes á quien estaba bien se dexase estimar tan buen exemplo, los mantenia con gusto cerca de su persona, favoreciendoles en quantas ocasiones se ofrecian.

No cesaban estos de referir las grandezas que habian admirado en la Corte de Constantinopla, encareciendo sobre todo la magnificencia, y gran bondad de Teodosio. Divertian al Rei, y al Pueblo, ha-

haciendo larga relacion de las urbanas, y atentas demostraciones con que habia tratado á Atanarico, y de las magníficas honras con que despues de muerto habia ensalzado su memoria. Manifestaban á todos los ricos presentes que habian recibido de su mano; repetian las palabras afables y cariñosas que habian oído de su boca, y á fuerza de engrandecer las buenas partidas del Emperador, reduxeron toda su nacion, sin embargo de las especies que habian concebido contra él, á temerle, y á estimarle.

Hallabase Fritigernes en una edad adelantada, temia las alteraciones en la natural inconstancia de sus Vasallos, y sabiendo por otra parte conocer el merito, y apreciarle, resolvió pretender la amistad, y proteccion de un Principe á quien publicaba la fama igualmente esforzado, y generoso. Propuso al Egército su resolucion, aprobaronla los Capitanes, y la aplaudieron los Soldados, movidos unos del buen tratamiento que se habia hecho á sus compañeros, y excitados otros con la esperanza de servir á un Emperador tan liberal como benéfico. Solicitó el Rei á los Grotungas sus antiguos aliados, para que tomasen el mismo partido; pero ellos se ne-

negaron á la pretension deseando restituírse al grueso de su Nacion, de que se habian separado, ó esperando acaso que su Caballería podia hacer aún alguna irrupcion en las tierras del Imperio, y ellos retirarse á su País con algun butin considerable.

Eligió, pues, Fritigernes á los principales Cabos de su Egército, y los despachó á Teodosio para pretender su amistad, y suplicarle que mirase á él, y á su Pueblo con los mismos benignos ojos con que habia recibido á Atanarico, y á todos los de su séquito. Prometia una fé inviolable á los intereses del Imperio, ofreciendo servirle ahora tanto, si podia, como le habia ofendido en otro tiempo, quando era gobernado por otro Emperador menos prudente, y no tan generoso.

Recibió Teodosio esta embaxada con todas las demostraciones posibles de honor, y benevolencia. Prometió tratar á los Godos como á sus Aliados, y amarlos como á sus súbditos. Y aunque ellos se pusieron en sus manos sin algunas condiciones, él se las concedió mui ventajosas, mandando que se les proveyese de bastimentos con abundancia, y señalandolos para su habitacion, y cultivo dilatadas tier-

tierras en varias Provincias del Imperio. Desde aquel tiempo sirvieron fielmente los Godos al Emperador. Llegaron casi á veinte mil los que en diferentes lugares tomaron partido entre sus Tropas; los demás asentaron sobre las orillas del Danubio para embarazar que los otros Bárbaros inquietasen por aquella parte á los Romanos.

Al mismo tiempo los Obispos de Italia renovaron sus instancias con Graciano, sobre la convocacion del Concilio General que pretendian se celebrase en Roma; pero este Príncipe los remitió á Teodosio por descargarse de semejante cuidado, y no queriendo embarazarse en las diferencias de los Orientales, y Occidentales. Escribieron, pues, á Teodosio en este asunto. Añadieron varias quexas sobre la eleccion de Flaviano, y de Nectario. Y aun se adelantaron á desaprobar la de Gregorio de Nazianzo, declarandose en favor de Máximo, y pidieron que su causa fuese juzgada en Roma como la de Atanasio, Pedro de Alexandría, y de otros muchos Prelados del Oriente que apelaron al Tribunal de la Iglesia Romana.

Quiso Teodosio terminar de una vez esta diferencia, y poner fin á tan obsti-

na-

nada division ; y asi les respondió con alguna entereza : que sus razones para convocar un Concilio universal , eran de ninguna eficacia ; que las elecciones de Nectario , y de Flaviano se habian executado en Oriente , y que asi no debian ser juzgadas fuera de la Religion en que se hallaban las partes ; que tenian razon los Obispos de Oriente en estár poco satisfechos de sus injustas demandas ; que en lo que tocaba á Máxîmo , se maravillaba mucho que unos Prelados de su juicio , y prudencia favoreciesen tan declaradamente , y sin mas exâmen á un embustero público , á quien estaba en resolucion si bolvia á Constantinopla de dar el castigo correspondiente á sus excesos.

De esta manera repartia Teodosio la atencion entre los negocios del Estado , y de la Iglesia , mereciendo que Dios le favoreciese con sucesos tan memorables en la Historia , y que hicieron feliz , y glorioso su Reinado.

IN-

INDICE
DE LO QUE CONTIENE el Libro I.

INtroduccion, fol. 1.
Nacimiento, y educacion de Teodosio, fol. 2.
Mudanzas del Imperio, fol. 3.
Eleccion de Valentiniano, idem.
Asocia á Valente, fol. 7.
Estado del Imperio, fol. 8.
Estado de la Religion, fol. 9.
La Inglaterra acometida de los Bárbaros, fol. 12.
Es enviado en su socorro, lleva á su hijo, y vence Teodosio el padre á los enemigos, fol. 13.
Teodosio el hijo se señala en esta guerra, fol. 15.
Descubre una conjuracion Teodosio el padre, fol. 16.
Movimientos de Firmo en Africa, fol. 17.
Pasa allá Teodosio el padre con su hijo contra los rebeldes, fol. 18.
Abocase con Firmo, fol. 19.
Derrota á los rebeldes en dos campañas, fol. 21.
Capitúla con Firmo, fol. 22.

Restablece á Cesaréa, fol. 23.
Castiga á los desertores. fol. 24.
Hallase empeñado en las montañas, fol. 25.
Retirase con felicidad de un peligro, fol. 26.
Despacha á su hijo con Cartas á la Corte, fol. 27.
Valentiniano hace compañero en el Imperio á su hijo Graciano, fol. 31.
Expedicion de Valentiniano contra los Alemanes, fol. 33.
Ordena á Teodosio el hijo, que le siga, ibid.
Irrupcion de los Quadas, y su motivo, f. 34.
Dase á Teodosio el hijo, el Gobierno de Mésia, fol. 38.
Teodosio el padre persigue á Firmo, fol. 40.
Declara la guerra á los Isaflianos, fol. 41.
Combate contra Igmacen, Rei de los Isaflianos, fol. 43.
Igmacen pide la paz á Teodosio, fol. 44.
Prision de Firmo, su muerte, fin de las guerras de Africa, fol. 45.
Teodosio hace la paz con los Isaflianos, f. 46.
Expedicion de Valentiniano contra los Quadas, fol. 47.
Embaxada de los Quadas, fol. 49.
Muerte de Valentiniano, fol. 50.
Diversos razonamientos, y discursos sobre su muerte, fol. 51.
La parte que tuvò Valentiniano en la eleccion

cion de San Ambrosio, fol. 53.
Valentiniano el mozo es creado Emperador, fol. 59.
Causa de la desgracia de Teodosoio, fol. 61.
Movimientos contra Valente, fol. idem.
Consulta mágica, fol. 63.
Respuesta de la suerte, fol. 66.
Teodosio es aprisionado, y condenado á muerte, fol. 67.
Persecucion contra los Filósofos, y otras personas diferentes, fol. 69.
Hace morir Valente á quantos se llamaban con nombre que empezase con las dos sílabas *Teod.* fol. 70.
Muerte de Teodosio el Padre, fol. 71.
Destierro de Teodosio el hijo, fol. 73.
Retirase á España, fol. 74.
Origen, progresos, division y religion de los Godos, ibid.
Irrupcion de los Hunos, fol. 77.
Retraen á los Godos, fol. 78.
Piden estos licencia para retirarse á la Tracia, fol. 79.
Recibelos Lupicino, fol. 80.
Rebuelvense contra él, y le vencen, fol. 81.
Sitio de Andrinópoli, fol. 85.
Valente persigue á los Católicos, fol. 86.
Aplacale Temistio, idem.
Guerra de los Sarracenos contra los Romanos, fol. 87.

Los

Los Persas declaran la guerra, fol. 89.
Valente pide socorro á Graciano, y concluye la paz con Persas, y Sarracenos, fol. idem.
Noticia del Combate, y retirada de Trajano, y de Ricomer, fol. 92.
Marcha Graciano en socorro de su tio, f. 93.
Célebre victoria que consiguió Graciano de los Alemanes, fol. 94.
Generosa respuesta de Trajano, fol. 95.
Entra Valente en Constantinopla, fol. 96.
Prudencia de Fritigernes Rei de los Godos, fol. 99.
Inadvertencia de Valente, fol. 100.
Consulta si dará la batalla, fol. 101.
Fritigernes divierte al Emperador, fol. 103.
Marcha Valente contra el enemigo, tol 104.
Hace nuevas proposiciones Fritigernes, 105.
Trabase la batalla, fol. 106.
Es rota el ala derecha de los Romanos, la izquierda se defiende valerosamente, f. 107.
Son enteramente vencidos los Romanos, fol. 108.
Huye Valente, fol. 109.
Es herido, y quemado vivo en una choza. fol. 110.
Gran pérdida de los Romanos, fol. 111.
Graciano se detiene en Firmo, fol. 112.
Reflexiones de Graciano, fol. idem.

Restitucion de los Obispos desterrados, 113.
Llama Graciano á Teodosio, y ocupaciones de Teodosio en su retiro, fol. 114.
Diferentes interpresas de los Godos, fol. 116.
Son vencidos por los Sarracenos en sitio de Constantinopla, fol. 117.
San Ascolio defiende á Tesalónica con sus oraciones, fol. 118.
Horrible mortandad de los Godos en Oriente, fol. 121.
Teodosio llega á Sirmio, fol. 122.
Derrota á los Godos, fol. 123.
Sueño de Teodosio, fol. 125.
Resuelvese Graciano á hacerle su Colega, fol. 127.
Ausonio es creado Cónsul, fol. 129.
Reconocese, y se declara la victoria de Teodosio, fol. 131.

LIBRO SEGUNDO.

GRaciano divide el Imperio con Teodosio, fol. 133.
Teodosio vá á Tesalónica, y recibe alli varias diputaciones, fol. 134.
Emprende la guerra contra los Godos, f. 136.
Manda á Modário que reconozca su Campo, fol. 138.

Sorprehendelos, y los deshace enteramente la Tracia, fol. 142.
Concedeles la paz, y buelve á Tesalónica, donde tiene noticia de la victoria de Graciano, fol 144.
Resuelve abatir á los Arrianos, fol. 146.
Origen, y progresos de esta secta, fol. idem.
Cae enfermo Teodosio, y se hace bautizar por Ascólio, Obispo de Tesalónica, fol. 157.
Publíca un Edicto contra los Arrianos, fol. 159.
Máxîmo el Cinico usurpa la Silla Episcopal de Constantinopla; sus delitos, y embustes, fol. 162.
Teodosio desprecia á Máxîmo, fol. 167.
Perfidia de los Godos, fol. 169.
Repara Teodosio su Egército, y recibe el socorro de las Gaulas, fol. 170.
Espanto de los Godos, fol. 180.
Diferentes pareceres sobre la paz, ó la guerra, fol. 181.
Teodosio concede la paz á los Godos, f. 183.
Diversos efectos del Edicto de Teodosio á favor de la Religion en Constantinopla, fol. 184.
Despide Teodosio las Tropas auxîliares, y pasa á esta Ciudad, fol. 186.
Recibe los cumplimientos de los Arrianos,

y murmuran los Católicos, fol. 189.
Estado de la Religion en Constantinopla, fol. 190.
Declarase Teodosio por los Católicos, f. 193.
Confiere con Gregorio de Nazianzo, f. 194.
Hace restituír á los Católicos todas las Iglesias de la Ciudad, fol. 197.
Reprime á los Arrianos, y vá en persona, á poner en la Silla á Gregorio de Nazianzo, fol. 200.
Política de Teodosio, fol. 203.
Diferencia de Fravitas, y de Eriulfo, fol. 204.
Malignidad del Historiador Zozimo, f. 207.
Conspiracion de los Arrianos contra Gregorio de Nazianzo, fol. 209.
Apacibilidad de Gregorio, fol. 210.
Nuevo Edicto de Teodosio contra los Arrianos, fol. 212.
Orgullo de Atanarico Rei de los Godos; su odio contra Valente, y contra el Imperio, fol. 213.
Fritigernes se coliga con los Grotungas, y despues de muchas correrías echan á Atanarico de sus Estados, fol. 215.
Implora éste la proteccion del Emperador, fol. 217.
Admitéle en su Corte, fol. 219.
Enseñale por sí mismo las grandezas de Constantinopla, fol. 220.

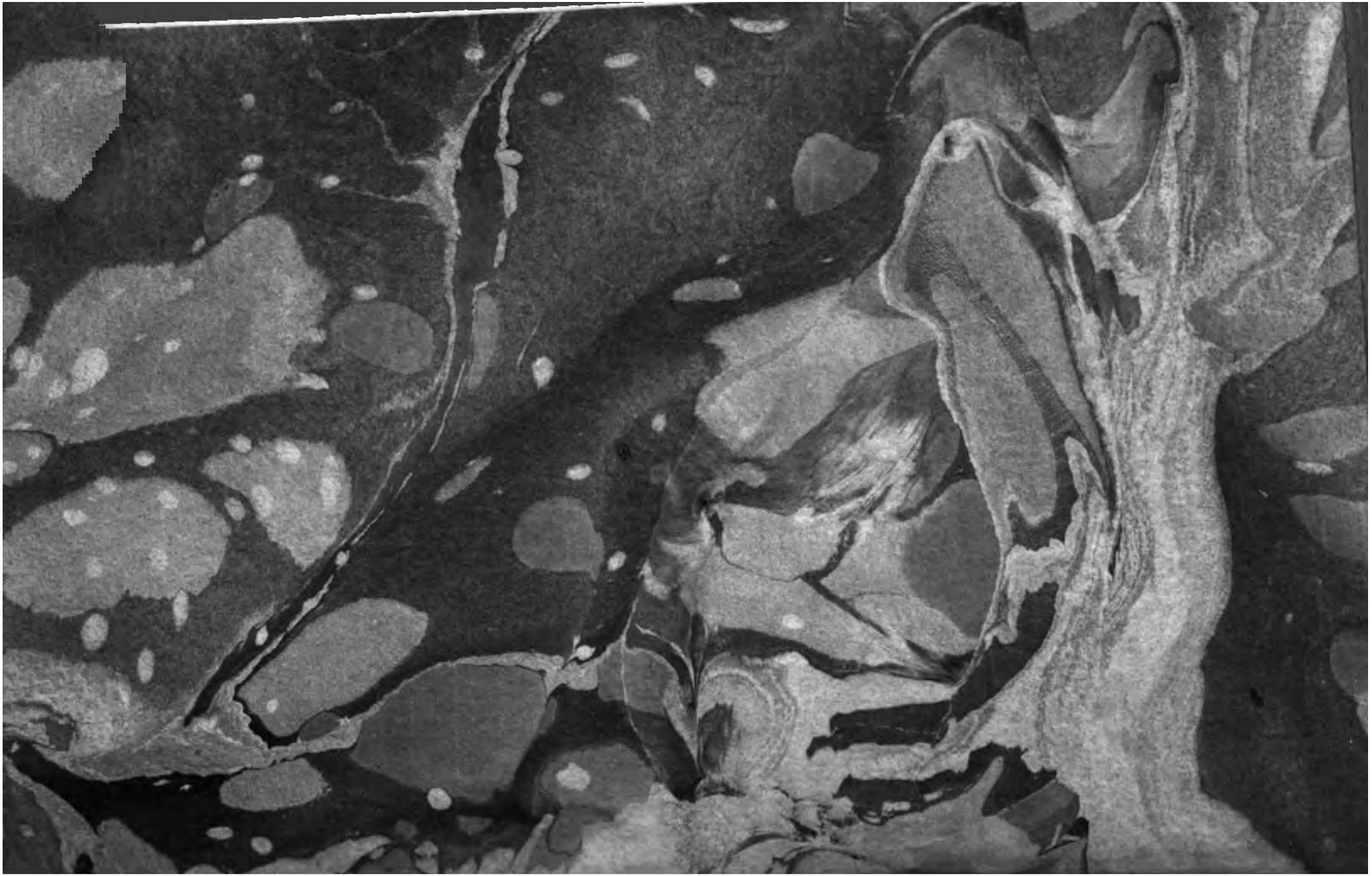
Ori-

Origen de esta Ciudad, idem.
Muerte de Atanarico, fol. 224.
Efectos de la bondad de Teodosio, 225.
Convoca el Concilio de Constantinopla, fol. 226.
Llama á él á los Macedonianos, fol. 228.
Respeto de Teodosio á Melecio, Presidente del Concilio, fol. 230.
Eleccion del Arzobispo de Constantinopla, fol. 232
Es electo Gregorio de Nazianzo, rehusa la dignidad; aceptala por fuerza, fol. idem.
Puntos de Fé que se definieron, fol. 235.
Puntos de disciplina que se arreglaron, folio 236.
Letras Sinodales dirigidas á Teodosio, folio 237.
Muere Melecio, Obispo de Antioquia; honras que hace Teodosio á su memoria, folio 238.
Responde Teodosio á los Obispos, y confirma las Ordenanzas del Concilio, f. 240.
Cisma de Antioquia, su origen, y progresos, fol. 241.
Proponese elegir succesor de Melecio; division de los Padres sobre este punto, folio 246.
Llama Teodosio al Concilio á los Obispos de Macedonia, y de Egipto, fol. 247.

Pro-

Protestá contra la eleccion de Gregorio, idem.
Renuncia éste el Obispado, y sale del Concilio, fol. 250.
Pide á Teodosio licencia para retirarse, folio 255.
Quexase Teodosio de las contestaciones de los Obispos, fol. 258.
Dá orden para la eleccion del nuevo Arzobispo, fol. 259.
Elige á Nectario, fol. 261.
Representacion de los Obispos á Teodosio, fol. 262.
Consagracion de Nectario, y conclusion del Concilio, fol. 263.
Translacion de las reliquias de San Pablo Arzobispo de Constantinopla, fol. 264.
Victoria que alcanzó Teodosio de los Hunos, Siros, y Carpodaques, fol. 265.
Pretende el Rei Sapór la amistad de Teodosio, fol 267.
Coligase con él, fol. 277.
Deputacion del Concilio de Aquileya á Teodosio, fol. 279.
No quiere éste consentir en un Concilio General en Roma, fol. 281.
Nuevas manipulaciones de Máximo el Cinico, fol 282.
Convoca Teodosio los Obispos de Oriente en

en Constantinopla, fol. 284.
Nieganse á ir á Roma, fol. 286.
Los Godos que siguieron á Atanarico alaban la bondad, y grandeza de Teodosio, f. 287.
Pretende Fritigernes su amistad, fol. 288.
Nuevas instancias de los Obispos de Italia para la convocacion de un Concilio General en Roma, fol. 290.

FIN.

51626737